Seix Barral

Tove Ditlevsen

Felicidad perversa

Seix Barral

Tove Ditlevsen

Felicidad perversa

Sinopsis

Una mujer recién casada anhela, irracionalmente, un paraguas de seda; un esposo parece sentir celos del apego que tiene su esposa hacia un gato e intenta desprenderse de él; una madre traicionada despide impulsivamente a su empleada doméstica. Bajo la superficie de estos cuentos que observan con precisión el amor, el matrimonio y la vida familiar en la Copenhague de mediados del siglo XX, laten corrientes de deseo, violencia y desesperación, mientras mujeres y hombres sueñan con escapar de sus roles convencionales sin entender realmente qué significa ese perverso anhelo al que llamamos felicidad.

En última instancia, en esta magnífica colección de cuentos Tove Ditlevsen consigue encarnar la complejidad de la vida y la lucha de las mujeres por encontrar su lugar en una sociedad que a menudo las margina. Relatos tan ácidos como conmovedores, que ofrecen una visión realista de cuestiones cotidianas como la pareja o la maternidad, pero también de temas como la soledad, el abuso, la infidelidad y la depresión.

Tove Ditlevsen

Traducción del danés por Blanca Ortiz Ostalé

EL PARAGUAS

EL PARAGUAS

Helga siempre había esperado de la vida —contra toda lógica— mucho más de lo que esta podía darle. Las personas como ella se mueven entre nosotros y no difieren demasiado por su aspecto de aquellas que, por instinto, organizan sus asuntos y encuentran el sitio exacto que, por físico, aptitudes y entorno, les corresponde en el mundo. En lo tocante a estos tres factores, Helga solo estaba mediocremente dotada. El día de su lanzamiento al mercado matrimonial era una jovencita demasiado menuda y demasiado insulsa de labios finos y nariz respingona cuyo único activo prometedor eran unos ojos grandes de mirada interrogante que un observador atento habría calificado de «soñadores». Pero Helga se habría visto en un apuro si le hubiesen preguntado qué soñaba.

Jamás había dado muestras de un talento particular para nada en especial. Se había defendido bien en la escuela elemental y los empleos domésticos le duraban mucho tiempo. No tenía nada en contra de salir a trabajar, en su familia era algo tan natural como respirar. En líneas generales, era dócil y tranquila sin resultar retraída. Tenía unas amigas con las que iba por las tardes a un salón de baile. Se tomaban un refresco cada una y oteaban el panorama en busca de una pareja. Cuando ya llevaban tiempo sin que las «sacaran», las amigas se avenían a bailar con el primero que llegara, así fuese jorobado. Helga, en cambio, se limitaba a lanzar miradas distraídas por el local y, cuando veía a algún hombre que encajaba en sus gustos —siempre eran morenos de ojos castaños—, lo observaba con tanta insistencia, descaro y seriedad que él a duras penas podía no reparar

en ella. Si alguno que no formase parte del selecto grupo se inclinaba ante ella (cosa que, por cierto, no ocurría a menudo), bajaba la vista con timidez y, algo ruborizada, se disculpaba con torpeza: «No bailo». A unas mesas de distancia, unos ojos castaños seguían con curiosidad el insólito espectáculo.

Una joven que no se vendía al primero que pasaba.

Con el tiempo fueron muchos los enamoriscamientos que turbaron la superficie de su ánimo como la brisa de primavera hace temblar las hojas nuevas sin alterar por ello su ciclo vital. El hombre la acompañaba a casa y besaba unos labios fríos y apretados que se negaban a abrirse y abandonarse a la pasión. Helga era muy convencional. No es que quisiera casarse antes de entregarse, pero se le había metido entre ceja y ceja que primero necesitaba un anillo y que sus padres conocieran formalmente al elegido.

Ellos, demasiado impacientes o con escaso interés en esperar hasta esa ceremonia, se iban más o menos decepcionados. A veces ella sentía una punzada de dolor, pero luego lo olvidaba al verse arrastrada por el ritmo de su vida: trabajo, sueño y nuevas tardes con nuevas posibilidades.

Hasta que, a la edad de veintitrés años, conoció a Egon. Él cayó rendido ante esa rareza suya, esa singularidad indefinible que pocos advertían y aún menos veían como una ventaja.

Egon era mecánico y, aparte de eso, le interesaban el fútbol, las quinielas, el billar y las chicas. Pero como los enamorados sienten el roce de un aleteo procedente de estratos superiores, resultó que aquel sujeto tan ordinario empezó a leer poesía y a expresarse en términos que, de haberlo oído, habrían dejado boquiabiertos a sus compañeros del taller. Después, al recordar aquella época, lo haría con la sensación de quien ha sufrido una grave enfermedad que ha marcado su vida. Pero mientras le duró, vio con orgullo y embeleso la inocencia que Helga había cuidado con tanto celo, y una vez puestos los anillos y superados los actos de presentación ante la familia, tomó posesión de su propiedad en la cama turca de su cuartito alquilado. Todo estaba en su sitio. Ella no lo había engañado. Satisfecho, se

abandonó al sueño, dejando sin embargo a Helga sumida en la confusión.

Lloró un rato, porque en eso, como en todo, había imaginado cosas extraordinarias. Lágrimas superfluas, pues su suerte había quedado definitivamente echada. La boda ya tenía fecha, el ajuar estaba listo, y había anunciado en la casa donde servía que iba a dejarlos porque Egon se negaba a que, una vez casados, «fregotease por ahí en casa ajena». Sus amigas sentían los celos de rigor y sus padres estaban satisfechos. Egon era un obrero cualificado, lo que lo situaba un peldaño por encima de su padre, que siempre le había inculcado que en este mundo no hay que rebajarse, pero tampoco «tener humos».

Esa noche, Helga no tuvo una sensación clara de que le hubiese ocurrido nada decisivo. Aun así, se quedó despierta un buen rato sin pensar en nada en particular. Estaba ya medio dormida cuando un extraño deseo descendió volando y se escabulló hasta el interior de su conciencia: Si tuviera un paraguas, pensó. De pronto le pareció que aquel artículo, para ciertas personas de primera necesidad, era lo que había soñado toda su vida. De niña siempre pedía por Navidad cosas razonables, asequibles: una muñeca, unas manoplas rojas, unos patines. Pero en Nochebuena, al ver los regalos debajo del árbol, era presa del éxtasis de la expectación. No podía apartar la vista de sus paquetes, como si encerraran el mismísimo sentido de la existencia, y los abría con mano temblorosa. Después lloraba por la muñeca, las manoplas y los patines que había pedido y le habían regalado.

«Mocosa desagradecida —decía su madre, furiosa—, siempre echas todo a perder.» Y era cierto, pues en el cumpleaños o la Navidad siguientes se repetía la escena. Jamás supo qué esperaba hallar dentro de aquellos paquetes tan coloridos. Quizá alguna vez pidiera en su lista un paraguas que nunca le trajeron. Habría sido absurdo regalarle un objeto tan ridículo e innecesario. Su madre no había tenido un paraguas en toda su vida. La gente se tomaba las inclemencias del tiempo como venían, y no andaba figurándose que cada quien podía, a título particular, proteger su

maravilloso pelo y su maravillosa piel de la lluvia que empapaba todo lo demás.

Después de aquello, Helga se centró en pensar en el papel de la mujer casada y, con ayuda de su madre, en cumplir los deberes de una joven comprometida. Sin embargo, a menudo se quedaba en vela junto a Egon, acariciando ese extraño sueño del paraguas.

En su mente tomó forma una imagen muy concreta. Confería a su secreto un aura de algo prohibido y casquivano que, incluso estando despierta, se traslucía en sus rasgos como un velo delicado, intangible, que a veces impulsaba a su prometido a exclamar: «Pero ¿en qué piensas?».

Molesto y celoso, como si sospechase algún tipo de infidelidad por su parte.

Un día ella le contestó: «En un paraguas». Y él replicó un contundente:

«¡Tú estás mal de la cabeza!». Pero para entonces había dejado de leer poesía y ya nunca hablaba de sus «ojos soñadores», lo que no

significaba en absoluto que se sintiese decepcionado. Era solo que Helga ya formaba parte de su vida y sus rutinas de manera definitiva. Juntos asistieron a un sinfín de partidos de fútbol sin que ella alcanzara a comprender qué tenía de especial aquel entretenimiento que hacía que todos lanzasen gritos de júbilo y se portasen como posesos.

La imagen que fue tomando forma en su recuerdo era la siguiente: ella, con unos diez o doce años, sentada en el alféizar del dormitorio familiar, contemplando el patio al débil resplandor de la farola de la escalera interior.

Estaba en camisón y tendría que haberse acostado, pero había adquirido la costumbre de sentarse allí un momento antes de dormir, a contemplar la noche sin pensar en nada mientras una dulce paz borraba de su mente los acontecimientos del día. Entonces se abría el portón y una encantadora criatura de ensueño corría a pasitos cortos por los adoquines mojados del patio, que la lluvia salpicaba a un ritmo furioso. Un largo vestido amarillo pasaba casi rozando el suelo y por encima de una cascada de rizos de seda flotaba un paraguas. No como el que llevaba la abuela de la niña, redondo,

negro, abombado y con un sólido mango, sino una cosita plana y traslúcida de color claro que parecía formar parte de quien lo llevaba como unas alas radiantes de mariposa. Fue apenas un destello y después el patio volvió a quedar como antes, pero el corazón de Helga se aceleró presa de una extraña agitación. Entró corriendo en el salón, donde estaban sus padres:

«Ha pasado una señora por el patio —dijo en voz baja; luego, entre el asombro y la veneración, añadió—: ¡Llevaba un paraguas precioso!».

Iba descalza, pestañeando a causa de la luz. Sin contar con base alguna de comparación, de repente aquel salón que tan bien conocía se le antojó pequeño y pobre. Su madre la miró perpleja: «¿Una señora?», preguntó.

Luego curvó los labios hacia abajo como tenía por costumbre cuando algo la desagradaba o la indignaba: «Ah, la golfa esa de al lado —dijo con brusquedad—, no tiene vergüenza». El padre se volvió hacia la niña con una ira repentina: «¿Y tú qué cojones hacías mirando por la ventana cuando tenías que estar en la cama? ¡Anda a dormir!», gritó.

Había visto algo que no estaba permitido. Había entrado en su mundo algo que no estaba antes. A partir de entonces —aunque por lo general

era una niña obediente— se escabullía todas las noches hasta el alféizar de la ventana para ver deslizarse por el patio el vestido amarillo, hiciera el tiempo que hiciera, siempre envuelto en un halo indescriptible de dulzura y de misterio y siempre acompañado por el singular paraguas, visible o invisible según lloviese o no. Aquella visión poco o nada tenía que ver con la cara soñolienta que asomaba por la puerta de la vecina cuando Helga llamaba para pedir un poco de margarina o harina por encargo de su madre, que cada vez que iba a hacer una salsa echaba en falta lo principal. Las cosas no cambiaron mucho el día que esta criatura dejó la casa. Mucho tiempo después, la niña seguía sentándose en el alféizar de la ventana a esperar a que pasaran el largo vestido amarillo y el paraguas traslúcido flotante. Una vez concluidos los paseos nocturnos por la penumbra del patio, se limitaba

a cerrar los ojos y oír el salpicar de la lluvia contra una tela tensa y sedosa, cada vez más lejano como todos los sonidos y aromas de la infancia.

Helga y Egon se instalaron en un apartamento de un dormitorio muy parecido al de los padres de ella y no muy lejos de él. Pero el suyo era un bajo exterior y Helga vio cumplido un viejo sueño cuando pudo sentarse en su propio salón a contemplar el tráfico. Por vez primera en la vida le sobraba el tiempo, y como la ociosidad es la madre de todos los vicios (le gustaba recurrir a ese tipo de refranes), tenía ciertos remordimientos. No por el marido que la mantenía, sino en general. Adquirió un carácter manso y humilde, hacía una montaña de sus contados deberes y concedía mucha importancia a visitar a sus padres a menudo y recibir sus visitas. A sus suegros, que vivían en provincias, les escribía con frecuencia a pesar de que tan solo los había visto en la boda. Esas cartas, que contenían detalladas descripciones de sus días entre quehaceres domésticos y desvelos para estirar al máximo el sueldo de Egon por el bien común, acababan casi siempre con la misma monótona despedida: «Nosotros nos encontramos bien de salud y esperamos lo mismo para ustedes. Con los mejores sentimientos de su nuera, Helga».

Por las mañanas salía a comprar con su madre, las dos con un pañuelo en la cabeza y un sólido bolso colgando del brazo. Su madre siempre elegía las mejores piezas en el carnicero: «Los hombres que trabajan duro necesitan buenos alimentos», explicaba. Todas las tardes, a las seis en punto, Helga le servía a su marido «buenos alimentos». Pero

desde que se iba por las mañanas hasta ese momento, no solía pensar demasiado en él. Una vez hechas la compra y la limpieza, se sentaba junto a la ventana a zurcir algo que la distrajese del hecho de estar allí, mano sobre mano, mientras en la calle todo el mundo iba con unas prisas terribles. Al amparo del escondite invisible de las cortinas, observaba a la gente con el mismo aire grave y

atento con que había observado a los hombres morenos de ojos castaños antes de Egon. Sentía una leve curiosidad. ¿Adónde irían? ¿A qué se debía tanto ajetreo? Sin saberlo, era una persona solitaria. Pensaba mucho en su madre, porque a sus ojos era la única que seguía siendo la misma de siempre. Sentía una especie de tregua cuando estaban juntas. Madre e hija.

Seguridad. Era agradable pensar en la infancia. Le gustaba escuchar a su madre contando hechos concretos de su niñez. Su madre era muy habladora.

Las frases salían de su boca y componían sólidos marcos que encuadraban paisajes remotos e imprecisos. «Qué bien te ha ido, deberías apreciarlo un poco más, pero siempre has sido una ingrata», solía decir. «¿Cómo que ingrata?», le tiraba Helga de la lengua. Y entonces le contaba la historia de cómo lloraba cada vez que le hacían un regalo. «Al final, hasta nos daba miedo comprarte cosas», aseguraba la madre, y las dos se quedaban en la penumbra, indignadas al pensar en esa niña malcriada que lloraba si le hacían regalos que habrían entusiasmado a cualquier niño. Hablaban de aquel misterio en el mismo tono y de la misma forma en que se habla de una escarlatina ya superada: «Cielo santo, estabas tan enferma que creíamos que no saldrías adelante».

Lo que más le gustaba a Helga era que le hablara de todo lo que iba más allá de los borrones aislados de su memoria. De las primeras palabras que había dicho, de cuando dejó de llevar pañales, etcétera, cosas que en nada diferían de lo que cualquier madre del mundo contaría de sus hijos.

Acostumbraba a terminar tales historias levantándose a recoger mientras hacía comentarios como: «Ay, esos tiempos se fueron para no volver», y otras banalidades por el estilo que, aunque dichas sin el menor asomo de pena, iban dejando rasgones en el velo que envolvía el corazón de Helga como envuelve el corion a un bebé que aún no ha nacido.

Cuando la madre se iba (siempre poco antes de la hora a la que

llegaba Egon), Helga despedía con la mano su figura compacta y familiar mientras la miraba y volvía a sentarse junto a la ventana sin encender la luz. La

tristeza iba creciendo en su interior y a su alrededor. Pensaba: Ojalá que Egon no tarde mucho. Pero cuando al fin llegaba y saturaba los cuartitos de la casa con su ruidosa presencia, rompiendo el hechizo, resultaba no ser él lo que tanto había anhelado. Cumplía con sus deberes domésticos en silencio, comía como un pajarito y contestaba sí o no cuando los comentarios de su marido requerían una respuesta. A veces él la miraba con aire inquisitorial: «Deberías tener un crío, no entiendo por qué carajo aún no ha pasado nada», decía. A ella la ruborizaban sus deficiencias en ese aspecto, pero más aún el hecho de no echar en falta un hijo. La cercanía de su madre había revivido en ella a la Helga niña y no parecía quedar espacio para nadie más. En ocasiones le mentía cuando él le preguntaba si había ido su madre, porque por algún motivo no le hacían mucha gracia sus repetidas visitas cuando él no estaba en casa.

Así pasaban los días, no muy distintos unos de otros.

Una noche, Helga esperó una hora con la cena en la mesa. Cuando Egon llegó estaba borracho y se tiró en el diván, desde donde siguió todos sus movimientos por la sala de estar con una mirada malévola y acechante. «¿Y

a ti qué te pasa, que tienes toda la cara verde?», soltó de repente. Ella corrió asustada a ponerse colorete en las mejillas, pero no tardó en habituarse a que le hablara en ese tono. También se acostumbró a cocinar platos fáciles de recalentar, porque llegó un momento en que nunca sabía a qué hora se presentaría en casa. Se lo contó a su madre. «Egon ha empezado a beber.»

La madre pareció inquietarse más que ella misma. «Cuando un hombre bebe es porque está insatisfecho con su mujer», sentenció, y como era de las que pensaban que, en general, cualquier cosa tiene arreglo, aconsejó a su hija que «hablase claro» con Egon y averiguase qué sucedía. Pero Helga jamás había intentado ponerse en la piel de nadie, hasta entonces nunca había sido necesario. Toda ella consistía en un cúmulo de recuerdos sin un patrón, sin un plan. Había unos cuantos pares de ojos castaños, una puesta de sol, una inmensa expectación sin meta fija, un vestido amarillo y un

paraguas. Había lágrimas y decepciones y otras muchas cosas, también pequeñas alegrías de cuando en cuando. Y había un hombre que había

entreabierto sus labios finos y pálidos y por unos instantes le había hecho sentir un vértigo maravilloso y desconocido. Había una voz que le había dicho extrañas palabras dulces y, por encima de todo, estaba el paraguas de su infancia y de sus sueños, que desplegaba su delicado velamen de seda.

No tenía nada que ver con el marido que ahora había empezado a beber.

Creía haberle dado cuanto él podía exigirle dentro de lo razonable, y su leve sensación de insuficiencia se refería solo al hecho de que no se quedaba embarazada como correspondía a una mujer casada. Pero hasta en eso le parecía que, como siempre, esperaba más, un beneficio que solo les tocaba en suerte a otras. No es que le reprochase nada a nadie, no lo había hecho jamás; demasiado bien sabía de su propia insensatez. En la lista de deseos de su vida solamente había escrito cosas factibles: un poquito de tiempo para soñar, un marido de ojos castaños... y un hijo, esto último por puro convencionalismo. Su conducta de cara al exterior siempre se había regido por cosas tangibles, y por eso suponía que lo que impulsaba a Egon a beber y a tratarla con dureza era algo muy concreto. Pensativa, asintió a lo que su madre le decía mientras tomaban el té y prometió que «hablaría claro» con su marido. Pero ya había decidido que el problema era aquel niño que no llegaba, y de cosas sin remedio no se habla. Ni siquiera con la propia madre.

Esa noche Egon no llegó hasta las doce. Tiró el mono sucio en plena sala de estar y llamó a Helga, que estaba en la cocina calentando la cena.

—Ya está bien —dijo muy despacio, oscilando como un marinero.

Ella se asomó a la puerta y lo miró con unos ojos tristes y asombrados.

—¿De qué? —preguntó angustiada.

—De todo —contestó él echándole a la cara su aliento alcohólico—. ¿Es que me tomas por idiota?

Ella no respondió, pero se apartó un poco. Su mente funcionaba muy despacio, nunca seguía del todo una situación y mucho menos una inusual, solo despertaba cuando recordaba.

—Se está quemando la cena —apuntó con timidez.

Él soltó una risa desprovista de alegría.

—No quiero nada —replicó arrastrando las palabras—, ya he cenado.

—¿Dónde has cenado? —preguntó ella con calma mientras se desataba el delantal. Le temblaban un poco las manos.

Al ver que se sentía herida o asustada, él soltó otra risotada.

—En casa de una chica guapa del carajo, por si te interesa —gritó triunfante. Después le eructó en plena cara, se fue al dormitorio y se acostó en la cama vestido de pies a cabeza.

Helga fue detrás de él. Lo miró confusa y, sin ninguna idea o sentimiento claro, buscó a ciegas un apoyo en los tiempos de su infancia y susurró:

«Pienso contárselo a mi madre». Pero él ya estaba dormido.

En realidad, si se sentía ofendida ante la idea de que, al parecer, él la hubiese engañado era porque sabía que era su *deber*. Mal está que un marido beba, pero una infidelidad es mucho peor. Su escasa imaginación le ahorró el mal trago de imaginárselo con otra mujer, aunque tampoco habría cambiado mucho las cosas. Solo era una amenaza para su vida de cara al exterior. Ella no había cambiado, su cuerpo era el de siempre, con la única salvedad de que había perdido valor para otros hombres. El concepto de

«otros hombres» no se le había pasado por la cabeza desde que estaba casada. Ahora, mientras se desvestía lentamente, solo lo pensaba porque sabía que su madre también lo haría. Su razonamiento sería el siguiente: si este hombre eludía sus deberes para con su hija, habría que reiniciar el peregrinaje entre hombres de ojos castaños para ganarse el pan. Por cierto, que la idea de que tuvieran que ser castaños era también de la madre. Un comentario casual al que se había aferrado con uñas y dientes: los hombres morenos son la bondad en persona.

Egon dormía como un tronco y Helga lo contemplaba. A pesar de que era tarde, no estaba cansada. Se le había caído el mentón, le había salido barba y roncaba. Esas cosas no se piensan de un marido, solo de un extraño.

Tal vez fuese hacía ya tiempo un extraño para ella; desde el día que había ido a su encuentro llena de expectación para volver a alejarse muy decepcionada. A su manera discreta y sin admitirlo como una gran desgracia. ¿Qué significa una persona para otra más allá de que la fuerza a reaccionar?

La reacción de Helga fue singular. Sin objetivo determinado, había ido sisando dinero de la casa y lo tenía escondido en una cajita, un joyero que le habían regalado al confirmarse. Quizá hubiera tratado de convencerse a sí misma de que era para regalos de Navidad o para otros caprichos que, de otro modo, difícilmente habrían podido permitirse. Pero ahora sabía muy bien para qué lo había ahorrado. De repente sonrió en la oscuridad, se levantó de la cama sin hacer ruido y fue hasta el cajón donde guardaba el joyero. La luz de la luna iluminaba el cuartito con el resplandor de un falso amanecer. Con la destreza muda de un ladrón, Helga contó el dinero. Había casi cuarenta coronas. Las sostuvo entre las manos sin dejar de sonreír, tierna, liberada y sola, como sonríen los niños en sueños. Lo único que tenía en el pensamiento era un paraguas traslúcido abierto, de una forma y un color muy determinados. Tanto era su deseo de que llegase la mañana que el corazón se le aceleró como se acelera el corazón de una mujer que va a encontrarse con su amado. Vio la calle lluviosa y se vio a sí misma paseando bajo un tejado de seda. Un sinfín de pensamientos vagos y luminosos recubrieron su conciencia como hebras de vilano: una casa donde había entrado a servir, la señora en traje de noche: «Oh, Helga, tráeme el paraguas». Había tenido en sus manos muchos paraguas sin sentir nada en absoluto, objetos que quedaban fuera de su mundo, que no eran de su incumbencia. Hasta ahora. Ahora que iba a reaccionar.

Volvió a acostarse y el marido buscó en sueños su cuerpo con la mano, murmurando unas palabras que ella no llegó a entender. Con cuidado, metió de nuevo la mano inerte debajo del edredón mientras la recorría el destello de una ternura lejana. Por un segundo ardió en ella la llamarada de todo el sentimiento que era capaz de inspirarle otra persona, más allá del vínculo que la unía a su madre. Cuántas veces le había gritado Egon que quería el divorcio, que no deseaba seguir casado con un palo de escoba, pero cuando le escupían palabras de aquel modo, se escurrían por ella como por un colador. Así gritaban siempre sus padres cuando discutían. No tenía importancia, se había habituado a ello. Lo principal era que los vecinos no oyeran nada. Ella nunca había servido para discutir. Se figuraba que unos eran así y ella asá. Su defensa era distinta. No se sabía cuándo saltaba. A lo mejor Egon no la había engañado, pero ya qué más daba.

A la mañana siguiente ambos se comportaron como si nada hubiese pasado. Eso también formaba parte de su vida. Helga le preparó la fiambrera, hizo café y le dio un beso en la mejilla antes de que se fuese.

Exactamente igual que siempre. Luego bajó a hacer la compra llena de

ideas animosas, expectante. No había nadie que le dijera lo bonita que estaba esa mañana, como puede estarlo a veces la gente corriente cuando se siente colmada de dicha. Resplandecía en el día de noviembre como un lucero de la mañana pálido y frágil que titila con dulzura y con entrega antes de apagarse. No era la misma del día anterior. Era una mujer que iba de tiendas, a ver paraguas. Tardó mucho en encontrar el adecuado. Y lo llevó a casa con la torpeza con que los hombres que no tienen costumbre llevan un ramo de rosas.

Nada más entrar por la puerta, abrió el paraguas y correteó con él por toda la casa. Su alegría aún era pura y nueva. Se movía exactamente igual que la mujer del vestido amarillo de su infancia, entre pilas de cacharros sin fregar, por salas grandes y luminosas con palmeras en los rincones y cuadros por las paredes, entró en un salón iluminado y recordó su primer

baile. Se recogió la falda de un vestido invisible y dio unos pasos de danza.

El paraguas tenía un mango fresco, esbelto y fuerte, era algo a lo que aferrarse, algo que apreciar, en que creer y reconocerse. Le habría encantado decirles a sus amigas: «Me he comprado un paraguas». Y a su vez reservar ese secreto para ella sola. Lo cerró y examinó el mecanismo con detenimiento, las relucientes varillas, los adorables pompones de seda y la tela recia pero transparente en la que la lluvia tamborilearía un día su cántico de horas olvidadas y perdidas.

La embriaguez le duró casi todo el día. No se acordó de su madre, no fregó, ni siquiera limpió el polvo de los muebles. A Egon tampoco le dedicó un solo pensamiento.

Cuando, en contra de su costumbre, volvió directamente desde el trabajo, la encontró en la ventana, como siempre, delante de la cesta de costura, que, por cierto, estaba vacía. Ella le sonrió y se puso en pie.

—No he hecho la cena —anunció con dejadez. Y luego, con una sorna que no era propia de ella, añadió—: Pensaba que volverías a cenar fuera.

Él no dijo nada. Helga pudo comprobar que estaba sobrio y que evitaba su mirada. ¿Por qué? Ardía en deseos de hablarle del paraguas y confesar su pequeña fechoría, necesitaba compartir con alguien su felicidad. Pero él, con un aspecto terriblemente solemne, se sentó a la mesa y se aclaró la voz.

—Siento lo de ayer —se disculpó con desmaña—. Nada de lo que dije era cierto, estaba borracho.

—Ya —dijo ella en tono apagado.

No se había acordado en todo el día. Incluso en ese momento, le resultaba extrañamente difícil pensar en cualquier cosa que no fuese el paraguas, pero la situación exigía que dijera algo. Con tanta timidez como él, bajó la vista y se miró las manos.

—No pasa nada —aseguró con sinceridad—, ya se me había olvidado.

No vio la sombra que a él le recorría el semblante ni percibió con cuánta desesperación todo su ser la buscaba. Helga era una persona que no acudía

si la llamaban; si le hacía falta algo, llamaba ella con un hilillo de voz que muchas veces quedaba ahogado en la tormenta. Además, no es fácil que dos personas se llamen y se respondan al mismo tiempo. Había hallado el equilibrio, tenía incluso de sobra para compartir, pero el marido llevaba tiempo buscándola como una bestia grande y torpe, y ella, ligera y ágil como una gacela atemorizada, había corrido a ocultarse en un claro secreto del bosque.

Allí sentada frente a él, menuda y erguida, la volvió a ver incitante y enigmática. Como mucho tiempo atrás, preguntó celoso y asustado:

—¿En qué piensas?

Y, como entonces, ella lo miró con sus ojos claros y soñadores y contestó:

—En un paraguas. —Y con un ardor repentino, añadió—: Lo he comprado, Egon, ¿quieres verlo? —Ya a punto de lanzarse hacia la entrada, sin aliento de pura excitación.

Pero él la siguió y, presa de una furia súbita y terrible, le arrancó de las manos aquel delicado objeto y lo partió en dos mitades contra su fuerte rodilla.

—¡Mira lo que hago con tu paraguas! —gritó.

Ella observó con pasmo por un instante los dos pedazos, las ingeniosas varillas y la seda desgarrada.

Después pasó a su lado sin decir nada y regresó a la salita, a lo

manejable, lo soportable, lo establecido. Se sentó junto a la ventana como antes y entendió al fin que ese era su sitio y que todo era como tenía que ser. Los colores que teñían su recuerdo se diluyeron unos en otros, conformando el principio de una suerte de patrón. Comprendió que ya jamás sería dueña de un paraguas. Era lo lógico y lo natural que hubiese acabado roto. Se había rebelado contra esa ley secreta que gobernaba su vida interior, pues son muy pocos los que, aunque solo sea una vez en su existencia, osan hacer realidad lo inconfesable.

Helga sonrió a su marido desde muy lejos. Fue como si de repente Egon hubiese hecho vibrar débilmente una cuerda dentro de ella, tal vez porque le había hecho ver los límites que podía alcanzar su ser antes de diluirse en la aniquilación. No lo pensó así exactamente. Ella solo pensó: Es como si yo le hubiese sido infiel y él me hubiese perdonado. Y asintió, seria y con aire ausente, como quien sonríe a un niño que pretende alcanzar una estrella del cielo y regalársela a alguien, cuando él, ocupado en cambiarle la bombilla a la lámpara del techo, le dijo por encima del hombro:

—Ya tendrás otro paraguas.

EL GATO

Iban en el vagón, sentados frente a frente, y ninguno de los dos tenía nada de especial; no eran de esas personas que uno se queda mirando, harto ya de contemplar cómo el paisaje de siempre sale al encuentro del tren desde la distancia y se detiene un segundo para componer una imagen apacible de suaves curvas verdes y casitas con jardines de follaje tembloroso y agrisado por el humo que ondea tras los vagones como un largo estandarte vaporoso. Nadie mataba el tiempo intentando adivinar si estaban o no casados, si tendrían hijos, cuál sería su edad, a qué se dedicarían, etcétera. En su mirada inexpresiva se leían las palabras *matrimonio* y *oficina*. Él ocultaba la cara tras el periódico y ella parecía dormida. Así iban cada mañana y cada tarde a las horas en que oficinistas y comerciantes salen de casa y vuelven a ella. A menudo en el mismo asiento del último vagón. Aunque en los últimos tiempos ella había faltado algunos días, tal vez hubiese estado enferma. Él había ido solo y, a ojos de los demás, no había habido grandes diferencias. Había abierto el periódico, lo había leído con atención, había vuelto a doblarlo con mucho cuidado y lo había dejado en el asiento al apearse. Un oficinista de treinta y tantos años corriente y moliente. Ya había llegado el frío, así que la mujer quizá tuviese la gripe.

Le tocó la rodilla con suavidad.

—Ya llegamos —anunció.

No hacía ninguna falta, porque ella, en realidad, no estaba dormida. Se levantó, cogió el bolso de la red portaequipajes, se colocó bien el sombrero

y bajó del tren delante de él. Él la observó de perfil cuando iban camino de casa. Se la veía cansada, como de costumbre. No tenía problema alguno ni más faena que otras mujeres que cuidaban de su casa y trabajaban; si acaso menos, porque ellos no tenían hijos. Pero había adoptado la expresión de quien lleva a cuestas todas las cargas del mundo. Al menos así lo veía él, y eso le molestaba. De un tiempo a esta parte se molestaba con facilidad.

Apretó los labios en una fina línea y se aclaró la voz:

—¿Sigue el gato en casa? —preguntó.

—Supongo que sí —contestó ella—, no he querido echarlo con este frío.

Él frunció el ceño y guardó silencio. El animal había ido infiltrándose en sus vidas lentamente. Una tarde, al volver a casa juntos, se lo encontraron maullando junto a la puerta. Ella le dio un poco de leche y lo dejó ir. A la mañana siguiente, el animal se presentó allí de nuevo y él le tiró una piedra cuando se marchaban, pero por la noche ella lo dejó pasar, porque estaba helando y al parecer el minino no tenía adónde ir. Por la mañana, la casa entera apestaba a porquería de gato, ni siquiera era un bicho medianamente limpio. Se restregó por sus piernas ronroneando a modo de disculpa y ella corrió por la casa limpiándolo todo y tratando de quitar el olor con amoniaco.

Así comenzó el conflicto del gato. Él lo echaba a la calle y ella otra vez lo dejaba entrar. Cuando estaban en la cama por las noches, oían su débil maullido al otro lado de la puerta y ella se levantaba a darle algo de comer, y mientras tanto, dentro del hombre iba creciendo y creciendo un resentimiento difícil de comprender. «¡No dejes que entre!», gritaba. Pero por la mañana el gato volvía a amanecer en el salón y se subía a las rodillas de su mujer con un salto elegante. Ella lo mimaba: «Ay, gatito, ojalá fueses más limpio». Hasta ella palidecía cuando tomaban café en medio de aquella peste. Mientras estuvo ingresada en el hospital, el marido logró deshacerse del gato. Cada vez que lo veía rondando la casa le arrojaba piedras y se lamentaba de no acertar nunca. Pero cuando ella volvió fue lo primero que

hizo; preguntar por el gato. Se quedó junto a la puerta y lo llamó:

«Ven, gatito; mamá está otra vez en casa». Y él acudió a su llamada como si nunca se hubiese alejado por esperarla. Retiró la nieve del escalón de la entrada y metió al animal en el cálido salón. Con la mejilla apoyada contra su pelaje, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. «Cosita preciosa», susurró. Él odiaba los sentimentalismos y también odiaba la suciedad y el desorden. Que malgastara energías y cuidados en otras cosas si quería. En el fondo se alegraba de que hubiese tenido un aborto. Ese niño habría dado al traste con una vida que en sus seis años de matrimonio no había hecho sino progresar. Tenían una casa en propiedad y un mobiliario precioso, amistades adecuadas y el jefe iba a cenar con ellos una vez al mes. Un niño habría supuesto que su mujer dejase de trabajar, habría empeorado su nivel de vida, habría arruinado su posición social. Él lo entendía como una desgracia y quería que ella también entrase en razón, pero iba por ahí envuelta en una dulce expectación y vivía en un mundo de ensueños donde no tenían cabida los áridos números y las cuentas. «Un niño de carne y hueso, un niño nuestro —decía extasiada—. ¿La casa? Si solo es una cosa muerta.»

Él tenía la sensación de que ella traicionaba el esfuerzo de ambos, que se alejaba de él para quedarse a solas con aquel cuerpo extraño y desconocido.

La encontraba cada vez más joven y más guapa por su culpa y sentía algo cercano a los celos por no ser capaz de participar de su dicha. En el hogar de su infancia habían sido seis hermanos y él lo recordaba como un eterno lloriquear y pelearse por la falta de dinero. Los hijos empobrecen a la gente.

¿Cuándo había llegado el gato? Debió de ser al poco de descubrir que ella estaba embarazada, aunque esa era toda la relación que guardaban ambos hechos. Una mañana, amaneció indispuesta y la llevaron al hospital a toda prisa, solamente fue cosa de unos días y él enseguida se sintió aliviado. Al fin y al cabo, no había sido culpa suya; también habrían salido adelante si hubiese nacido el niño, pero era mejor así. Fue al hospital a

buscarla con unas flores compradas con la vaga sensación de que había que consolarla. Pero ella ignoró el ramo y lo llevó en un abrazo convulsivo y desmañado todo el camino en el coche. Permitió que le diera unas palmaditas en la mano, que descansaba en la de él como algo extraño, muerto. «No irás a decirme que has echado al gato», le soltó, y a él le pareció una frase rara, aunque ya se sabía que las mujeres no tienen ningún sentido de la proporción. Por espacio de unos días fue muy considerado y aguantó carros y carretas. La ayudó

con los cacharros por las noches y soportó la presencia del gato. En una ocasión, incluso llegó a limpiar él mismo los excrementos. Pero en vista de que su mujer no parecía reparar en todos sus desvelos, lo dejó y volvió a comportarse como antes. Solo una vez, sentada con el gato en las rodillas, le dijo: «Qué, estarás contento,

¿no?». Se defendió, muy ofendido, y no tardó en convencerse de que en realidad era él el que había querido el niño y el único que lamentaba que se hubiese malogrado. Claro, como se había malogrado, podía permitirse lamentarlo. Ella con tener su gato ya estaba feliz. Pero ya se encargaría él de acabar con todo eso. Con su eterna porquería.

El olor salió a su encuentro en cuanto entraron por la puerta. Abrió de par en par todas las ventanas con muchos aspavientos, decidido a echar de allí a ese bicho. Aprovechando que su mujer estaba en la cocina, lo sacó de una patada de debajo del sillón, y el animal salió disparado en busca de ella.

La oyó parlotear y ponerle un poco de leche en un plato. Estaba tumbado en el diván cuando su mujer entró con el cubo, el amoniaco y el pelo recogido con un pañuelo. Fregona, pensó furioso.

Pero al verla allí agachada, la flexible espalda doblada, lo invadió un calor repentino que hasta a él lo sorprendió. Hacía ya mucho tiempo.

—Grete —la llamó.

—¿Qué pasa? —Ella no se dio la vuelta.

—Ven aquí un momento.

Se levantó del diván y se quedó en silencio, avergonzado ante la mirada clara e interrogante de ella. Qué demonios, pensó perplejo, si estamos casados. Pero ella pasó de largo sobre sus sensatos tacones bajos y de pronto le resultó tan irracionalmente extraña como si nunca la hubiese tenido entre sus brazos. Si no ha sido culpa mía, pensó con una rabia sorda, impotente, ¿qué podía hacer yo para que no se fuese al garete?

Se quedó mirando la puerta cerrada y reparó entonces en el gato, que lo seguía con ojos de fiera desde debajo del escritorio. Aguardaba en la postura en que se acecha a un ratón, en una tensión inmóvil y paciente. Él estaba muy quieto en el centro de la sala con la misma alerta acechante en todos los sentidos. Avanzó un solo paso hacia el animal, que arqueó el lomo y bufó con suavidad. Buscó con la mirada

algo que arrojarle, pero en el instante en que apartó la vista, el gato saltó por una de las ventanas abiertas.

Las cerró una tras otra en las tres habitaciones y luego fue a comprobar si la puerta principal y la de atrás también estaban bien cerradas. Apoyado en la encimera, observó a su mujer. Ponía un poco de carne en la picadora, la atrapaba con los dedos al salir y la llevaba hacia un cuenco a medida que caía por los pequeños agujeros reptando como gusanos largos y claros.

—¿Dónde se ha metido el gato? —No apartó la vista de la carne.

Él se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Ella se apresuró a levantar la vista.

—Lo has echado a la calle —dijo. La ira hacía que le temblara un poco la voz.

—Ah, ese gato te tiene medio loca —replicó él intentando reír.

Ella se lavó las manos y se las secó a conciencia, dedo por dedo, con un gesto parecido al de ponerse unos guantes.

—Encuéntralo —ordenó con calma.

Él apartó la mirada. Quería hablar. Tenía un nudo en la garganta, como si fuese a llorar. Pero ¿qué es lo que pasa? Me mira casi con odio, pensó. Con

aire desvalido, pasó a su lado y salió de la cocina.

—Gatito —llamó—; ven, gatito.

Si vuelve, se dijo, aún podría arreglarse todo. Pero el gato no aparecía por ninguna parte. Mientras lo buscaba por el jardín, toda su rabia desapareció, para dar paso a algo desconocido y abrumador a lo que no sabía dar nombre. Rebuscó entre los árboles y por la hierba cubierta de nieve, trataba de encontrar a un gatito que no traía más que disgustos, nunca alegrías; no tenía ningún sentido. Era un hombre que siempre se había dejado guiar por la razón y a causa de esa razón había ido progresando en la vida. Jamás había sentido la necesidad de hacer algo absurdo. Se había casado con una chica bonita de buena familia, en apenas unos años le darían un ascenso y tal vez pudieran

permitirse tener un hijo. Grete podría dejar de trabajar.

—Gatito, minino... —suplicaba como si le fuese la vida en ello sin saber por qué.

Tenía miedo. Se adentraba en un terreno ignoto, ya no sabía quién era esa mujer de la cocina que le exigía que volviese con un gato sucio y roñoso. La quería como antes, quería poder hablarle de cosas normales, quería cogerla en sus brazos y volver a sentir el gozo de la posesión. Quizá pudiera comprarla con ese gato.

El animal estaba en una esquina del cobertizo y le bufó al verle acercarse.

—Gatito —susurró con dulzura—, no tengas miedo, vamos con mamá, ven.

El animal se escabulló entre sus piernas y se coló de un salto por la puerta abierta de la cocina. Cuando él entró, la encontró con el gato en brazos. Le había bañado el pelaje en lágrimas. Lo besaba en la cabeza, lo besaba por las patas, le succionaba con los labios por detrás de las orejas.

Advirtió que le temblaba todo el cuerpo.

—Grete —la llamó asustado.

Ella soltó al gato con tanta brusquedad como si despertase de un profundo sueño. Después se observó largo rato las manos que lo habían acariciado con tanta pasión. Levantó la vista, dio un paso inseguro hacia su marido y luego se detuvo y se restregó la frente con el dorso de la mano.

—Bueno —dijo—, voy a ver si termino de hacer la cena.

Él sintió que la ternura brotaba en su ánimo y quiso acercarse y aferrarla por los hombros, hacer algún tipo de aproximación, tal vez ella lo esperase, tal vez lo necesitase. Pero entonces, de repente, se preguntó si los vecinos lo habrían visto reptar entre los arbustos dando maullidos.

Se colocó la corbata y volvió al salón. El gato lo siguió sin perderlo de vista. Y aunque él fingió ignorarlo, fue consciente de su presencia todo el tiempo.

MI MUJER NO BAILA

Iba ya hacia la puerta a contestar al teléfono cuando oyó la voz de su marido —ella lo creía dormido en el diván, pero tal vez el teléfono lo hubiera despertado— y volvió a meterse en la cocina. A través de la puerta de cristal, las palabras le llegaron como dichas a una gran distancia: Gracias, sois muy amables, pero mi mujer no baila.

Las oyó inmóvil mientras la sangre le arrebataba las mejillas y el corazón le martilleaba como si hubiese un peligro cerca. ¿Qué ocurre?, pensó asustada, si tampoco es nada del otro mundo; por supuesto que sabe que yo no bailo, todo el mundo debe de estar al tanto de que no puedo. Si alguien nos invita a ir a bailar, lo más natural es advertírselo.

Continuó atareada en la cocina, ausente y agarrotada por una extraña tensión. Ella jamás había pretendido ocultárselo; además, habría sido imposible. Debía de saberlo desde el día que la besó por vez primera, sí, incluso desde antes de conocerla. Era algo que la gente comentaba si su nombre salía a colación: «De niña pasó la polio, ¡la pobrecita!». Para su marido no había tenido la menor importancia, en apariencia. ¿Se habría enamorado de él por eso, en realidad? Jamás había visto en sus ojos esa compasión terrible y considerada.

Empezó a pelar patatas con gestos rápidos y mecánicos, intentando tranquilizarse a cada momento: No ha ocurrido nada, lo he oído por casualidad (pero ¿lo habría dicho también de haberme encontrado yo en la sala de estar?). ¿Quién sería el que llamaba? Tal vez algún antiguo compañero de estudios que no la conocía. Una pena sorda la invadió como

algo oscuro y despiadado de lo que no podía zafarse. Algo había cambiado de repente, aunque no sabía decir con exactitud de qué se trataba.

Si estaba a la vista de todos, ¿en qué cambiaba las cosas que ellos dos nunca lo hubiesen hablado? La perseguía siempre, cada día, cada minuto: en el autobús, en el tranvía, en las tiendas y por las largas, larguísimas calles con amplios espacios abiertos donde era casi imposible pasar desapercibida, o —peor aún— junto a esos grupos de jóvenes que se reunían en las esquinas al salir de trabajar y le lanzaban miradas reveladoras y atentas a todo, que la atormentaban más que cualquier otra cosa; aunque no tanto ahora que estaba casada y el mundo la reconocía como una mujer deseable a la que amar y con la que vivir, igual que cualquier otra.

¿Pensaría él en ello cuando salían juntos? ¿Siempre, tal vez? ¿No se

estaría engañando a sí misma con la falsa sensación de seguridad que le proporcionaban las paredes del hogar que habían levantado entre ambos? El sueño de toda su infancia y su juventud —ser como las otras o no tener más que un defecto físico cualquiera, algo que no saltase a la vista: un mal cutis, las piernas demasiado flacas, las manos feas— regresaba ahora. Algo que se pudiese ocultar durante algún tiempo, incluso ante el hombre amado. Y un buen día enterarse de que él siempre lo ha sabido, puede que durante una pelea. Y sentirse descubierta y llorar como si la vida y la dicha se hubiesen arruinado para siempre, por más que pueda esconderse a los ojos de esa gente con quien se tiene un contacto casual y pasajero. Pero una chica que cojea nunca se expone a ese tipo de «descubrimientos». No cojea más o menos por el hecho de que alguien hable de ello. Está expuesto a la vista de todo el mundo, como el pelo rojo o un labio leporino. En ese aspecto no engaña a nadie. Y si alguien la invita a ir a bailar, es natural que su marido le advierta que ella no baila. A lo mejor de un modo objetivo y sin tomar partido, igual que diría: Hemos pintado las paredes al temple, el dormitorio es azul, llevamos casados cerca de medio año. Eso no cambia los hechos.

Los únicos que te gritan «cojitranca» son los niños, y solo mientras tú misma eres niña.

Ya se había liberado del tormento de la infancia y había entrado a formar parte del atento y cortés mundo de los adultos. Había logrado dejar de pensar en lo que andarían diciendo a sus espaldas. Había sido capaz, además, de destacar en otros campos. Podía hablar de literatura, de política, de arte y de otros países tan bien como cualquier hombre de su círculo.

Había pasado dos años en Francia, pintando un poco y dibujando. Había aprendido a conversar con todo tipo de personas y a desenvolverse en cualquier ambiente. Pero ¿le interesaba todo eso como algo más que un medio para desviar la atención de las piernas bien formadas y los andares naturales de otras chicas?

Al acabar con las patatas, permaneció un rato con una mano en el grifo mientras con la otra removía el puchero. De repente se sentía sin energías para enjuagar las patatas y ponerlas al fuego. Se sentó en la silla, se secó las manos en el delantal y se quedó inmóvil, con la mirada perdida, como si fuese una máquina que por alguna razón funciona aún un instante cuando cortan la corriente y de pronto se detiene con una sacudida y se convierte en algo muerto, indiferente a los flecos de trabajo por hacer que se enredan en sus ingeniosas ruedas y engranajes.

Sí, lo sabía todo el mundo. Con sus amigas más íntimas lo hablaba a veces, y después en casa, por supuesto, donde con el tiempo había pasado a ser algo tan rutinario como el reuma de su madre y las eternas jaquecas de su padre.

Pero delante de *él* jamás lo había nombrado. A veces, sobre todo al poco de conocerse, si veía que él lo tenía en la punta de la lengua, quizá para ayudarla, se levantaba y le daba un beso o le preguntaba algo que desviaba su atención por otros derroteros. Con el tiempo, quizá entendiese que era mejor no sacar el tema si no quería acabar con su ilusión de que al menos para una persona en el mundo era perfecta, la chica más guapa, lo que más

quería. Y así había ido logrando apartar aquella maldición de su matrimonio, de los ojos y la mente del marido, y con ello, de sus propios pensamientos; siquiera durante el tiempo que pasaba allí, en la cocina y en las otras dependencias de la casa, el primer hogar de una joven y feliz pareja de recién casados. Había dejado la gran desgracia de su vida al otro lado de la puerta y solo al salir de casa volvía a envolverla su negra capa.

Porque fuera, en el mundo, no había cambiado nada, ni las miradas observadoras e impersonales de los desconocidos ni las faltas de recato de los niños.

Pero alguien acababa de abrir esa puerta y un viento invisible y gélido salió a su encuentro, solo a su encuentro y sin que nadie más lo sintiera. No sabía qué hacer ni por qué era necesario que hiciese algo. Pero lo era. Las palabras resonaban aún en sus oídos: Mi mujer no baila. Sentía una amargura impotente, como si él le hubiese mentido, como si le hubiese sido infiel con otra. Solo que ese tipo de cosas le habría costado menos sobrellevarlas porque podían pasarle a cualquiera; los demás —e incluso ella— podían entenderlas, discutirlas y tomar partido. Esto, en cambio, no lo podía compartir con nadie, y menos aún con el hombre que estaba en la sala esperando la cena mientras leía el periódico.

Un odio frío le caló los huesos. Ignorante de todo, él aguardaba su dosis nocturna de hogar. Nada que reprocharle. Pero si alguien se siente traicionado, le han traicionado.

Se levantó y volvió a ponerse en marcha con la cena. Cortó las chuletas, preparó la salsa. El odio prendió en su ánimo como una llama nítida y clara y desvió tanto sus pensamientos de su curso acostumbrado que no parecía la misma mujer que menos de media

hora antes se dirigía a la sala a contestar al teléfono. A esa luz hiriente y fría vio a un hombrecillo desconocido e insignificante que admiraba su inteligencia, apreciaba su comida y adulaba a los de su clase, que no era la de él. Con qué reverencia se había acercado a los grandes y sólidos salones de sus padres, él, el estudiante que trabajaba,

el arribista que se esforzaba por irrumpir en el entorno donde ella había nacido, del que había surgido. ¿Habría sido para él algo más que el medio del que se había valido para dejar atrás de una vez por todas su clase social?

¡Pues ahí tenía la pierna, de propina! Al parecer no había sido capaz de conquistar a una chica cultivada y bien hecha.

Pero el odio es tan insensato como el amor. Aunque su fuego es frío, su quemadura duele lo mismo. Había otro hombre, una sombra que ahora se veía abocada a hacer resurgir en su imaginación, uno que con su voz suave y sus manos cálidas la había elevado a la luz, la había amparado, la había hecho olvidar. Era imprescindible que él no se diese cuenta de nada, quizá poco a poco (con una minúscula llamita de esperanza desahuciada) las cosas pudieran volver a ser como antes. Le llevaría la cena y con el tono de siempre le preguntaría quién había llamado. No hacerlo sería extraño, despertaría sospechas. ¿Sospechas de qué? Podía comentar con una sonrisa: Te he oído decir que yo no bailaba, pero en realidad sí bailo, hasta con la pierna mala. Quizá, quizá las cosas sean incluso mejor cuando ya no quede nada entre nosotros de lo que nunca podamos hablar.

Y se repetía a sí misma que él no la querría ni más ni menos que antes, porque se había casado con ella —y eso lo sabía todo el mundo — *a pesar de todo*. Poco a poco se fueron esfumando el odio y su falsa y penosa perspicacia. ¿Y si lo había dicho en una voz tan alta precisamente para ayudarla? Pero la idea de que él siempre hubiese sabido de su miedo a hablar del tema la llenó de una vergüenza sin explicación aún más insoportable.

Se entretuvo lo indecible con la cena, presa de la sensación de que en la acogedora sala la aguardaba un enemigo muy superior a sus fuerzas. No tenía más remedio que entrar a poner la mesa, pero ¿cómo mirarlo a los ojos y conducirse con naturalidad?

Aterrorizada, puso la carne en la fuente, colocó los platos sobre la bandeja, se olvidó de la sal y la pimienta y recorrió el largo pasillo oyendo

sus propios pasos, esos pasos renqueantes que ahora él también oía acercarse exactamente igual que cualquier otra noche y, sin embargo, como ninguna.

Él dejó el periódico y sonrió.

—Qué bien huele —dijo.

Ella puso la mesa sin mirarlo. Compuso la frase para sus adentros, aquella frase difícil y trascendental: He oído el teléfono, ¿quién llamaba?

Dejó que pasara el tiempo. Durante la cena, pensó, cuando esté concentrado en la comida, así no me mirará.

Fue a buscar los vasos sintiendo que la mirada del marido la recorría de arriba abajo sin compasión y volvía sus movimientos tan torpes y limitados que la pierna más corta y más delgada cojeaba más que nunca a lo largo del pasillo. Las lágrimas le ardían tras los párpados, lágrimas de odio y vergüenza que el llanto jamás sería capaz de liberar.

Ya sentados frente a frente, él carraspeó como si fuese a decir algo y la miró con aire inquisitivo y asombrado. Sin pensar, presa del pánico, ella volcó la jarra de un empujón y el agua empezó a extenderse por el mantel.

—Pero ¿qué haces? Espera, que te ayudo. —Su voz era amable, algo perpleja.

Lo dejó ir a la cocina en busca de un trapo y se quedó viendo cómo recogía todo con mucho cuidado mientras a ella se le encogía el corazón hasta quedar reducido a un pedacito duro: No entiende nada de nada, no tiene ni idea de lo que estoy pasando. Y de repente lo vio como a un perfecto desconocido, una persona con la que estaba en la habitación por pura casualidad, y una vez libre de él, de su amor por él, de su solidaridad con él, en su honda soledad volvió a decidirse a preguntar quién había llamado. Ya había entreabierto los labios cuando los ojos de ambos se encontraron. Se observaron en silencio unos instantes. La mirada del marido era bondadosa, triste y consciente. Se afanaba en buscar algo, tal

vez una simple confirmación. ¿De qué? Las palabras se atascaron en sus labios. Jamás las pronunciaría.

Le sonrió con tristeza, desde muy lejos. Se acabó, pensó, no ahora, no

mañana, puede que él nunca llegue a saber que esto se ha acabado.

—Hoy estoy algo cansada —se disculpó, y los dos empezaron a comer poniendo mucho cuidado en no mirarse a los ojos.

LA MADRE DE ÉL

La anciana señora esperaba visita. Aunque, en realidad, no es del todo acertado llamarla «señora», a pesar de que por cuna le corresponde sin duda el título. Y es que al oír la expresión «anciana señora», uno imagina de forma automática algo adorable, dulce y canoso o, en su defecto, al menos regio. Pero adorable no es la palabra justa, dulce tampoco puede llamársela, y es demasiado baja, encorvada y desastrada para que pueda decirse que es regia. Sin estos salones tapizados y recargados con los que ya ha llegado a fundirse y sin sus sólidos muebles, que dentro de poco estarán —fuera de lugar— en los hogares juveniles y luminosos de sus hijos y serán casi los únicos en echarla en falta, al verla uno pensaría simple y llanamente «ahí va una vieja», y puede que hasta «ahí va una pobre vieja», porque lleva años sin gastar nada en sí misma más allá del sombrero con forma de cazuela que le compró a un ropavejero en primavera por tres coronas y el peculiar vestido que una costurera añosa le confeccionó por otras cinco, con el paño de un abrigo de su marido de hacía al menos veinte años (le sobra talento para procurarse mano de obra barata), y aún quedó tela en el forro para una especie de bata a la que añadieron mangas con unas cortinas apolilladas. Y

con eso espera no comprar más ropa en esta vida, que hoy en día los dineros no dan nada de sí y, además, para quién iba a arreglarse...

Era domingo y aguardaba a su hijo pequeño, que era estudiante y, aunque en realidad aún vivía con ella, entre semana dormía casi siempre con compañeros de clase. Tenía veintisiete años y andaba algo rezagado con los estudios, pues el padre había muerto de manera inesperada, dejando solo

lo necesario para el sustento de la viuda, pero nada para el hijo. Por eso trabajaba de día y estudiaba por las noches. En pedir un anticipo de su herencia no había ni que pensar. Pese a ser muy religiosa, la madre odiaba todo lo que le recordara que algún día moriría y relacionaba la palabra *herencia* con visiones de hijos ingratos, velatorios indecentes, impotencia y oscuridad. Le vendrá bien valerse por sí mismo, a los jóvenes no les conviene andar muy sobrados de tiempo, pensaba.

Pero tiempo para chicas no parecía faltarle, vaya usted a saber cómo.

Pasó el plumero con delicadeza por el retrato de su marido, sobre el que colgaba una corona de florecitas azules y amarillas trenzadas con hojas de haya alborotadas y brillantes. Al detenerse frente a la imagen se fundió por unos instantes con cuanto la rodeaba de un modo tan silencioso y tan natural que estuvo más cerca de la muerte que cuando dormía. Después la realidad volvió a hacerse con su cuerpo resistente y al tiempo frágil; se sacudió suavemente y buscó ayuda en los ojos tranquilos, casi alegres, que la miraban por encima del alzacuellos.

—Estos jóvenes carecen de seriedad —dijo con aire grave—, carecen de humildad ante la vida, carecen de sentido de la responsabilidad.

Pero esperaba de todo corazón que no tuvieran relaciones hasta estar casados. Jamás olvidaría el aciago día que tropezó con algo en el bolsillo interior de la cartera del hijo, algo cuya finalidad no dejaba lugar a dudas, aunque había estado casada con un pastor de la Iglesia y había aceptado los hijos que el Señor había querido darles. Deshecha en lágrimas, había aguardado su llegada por la noche con el sobrecito esterilizado crujiendo entre dos dedos. Pero, Asger, ¿cómo has podido caer tan bajo? ¿Es que ya no confías en tu madre?

La ira ensombreció sus ojos al recordarlo mientras paseaba el plumero por los bibelots de porcelana del secreter. Después arrastró una silla entre muchos jadeos hasta debajo de la araña de cristal, se levantó el vestido, dejando a la vista unas piernas cortas, gruesas y torcidas enfundadas en

unas medias negras, y se encaramó a la silla, desde donde, haciendo gala de una habilidad para estirarse de la que nadie la habría creído capaz, alzó un trapo enrollado en el extremo de una escoba en dirección a la araña tintineante, con lo que consiguió que al fin cayera algo de polvo en el tapete de ganchillo que había colocado para la ocasión en la gran mesa redonda de caoba.

Él y la joven tendrían que haber llegado a las tres. Ya eran casi las cuatro.

Bajó de la silla y contempló la sala de estar apoyada en el palo de la escoba en un intento de descubrir alguna mota de polvo visible a sus fatigados ojos. Se topó con el semblante severo y rígido de su hermana, que estudiaba la habitación desde todos los ángulos a distintas edades y en diferentes obras fotográficas. Dejó escapar un hondo suspiro al pensar en el trato que estaría recibiendo aquella

desdichada en el hospital psiquiátrico sin que nadie llegase a saberlo jamás, pues ya no estaba en condiciones de liberar un solo pensamiento del cenagal insondable de su tristeza. «¡Mi pobrecita Agnes!» De ahí su mente saltó a la numerosa prole de su hermana, cuyo hijo mayor, al que no había vuelto a ver desde que era muy pequeño, en esos momentos estaba aquejado de una fea pulmonía, y aunque hoy en día se disponía de medios para curarla, nunca se sabía. Los caminos del Señor son inescrutables.

La vida de la anciana estaba llena de desgracias, y la última siempre le parecía la más grave. Las husmeaba y las absorbía con auténtico talento.

Tenía muchos parientes, si contaba a los sobrinos y a sus familias políticas.

Y en casa de unos u otros siempre había un niño que nacía muerto, un hijo descarriado o una hija que traía una criatura al mundo sin estar casada. Y

ella, misteriosamente, siempre se enteraba de todo al instante, y una y otra vez le suponía un golpe del que solo con esfuerzo conseguía reponerse. ¡Ay, qué cosas hay que ver en esta vida! ¡Es una suerte que papá ya no viva! Su resistencia era increíble, hasta las penas de los vecinos y las desgracias más

periféricas que detectaba en conversaciones con comerciantes y con conocidos de las otras casas hacían mella en su ánimo con dureza. Pero, al final, todo acababa confundiéndose, y en lo hondo de su ser no sentía más la pérdida de contacto con el mundo de su hermana en su locura que el hecho de que el hijo de una pariente (al que no había visto en su vida) se cayera de la bicicleta y se rompiera una pierna.

Al oír la llave en la cerradura, se llevó la mano al corazón como si aguardase la noticia de la muerte de un ser querido. Ay, Dios mío, murmuró echando a correr a pasitos diminutos que la hacían bambolearse de un lado a otro sobre sus cortas piernas. Se dirigía a la cocina a apagar el hervidor, que había puesto al fuego hacía una hora y estaba casi sin agua. La cocina estaba envuelta en vapor. Lamentándose como si se hubiese incendiado la casa, se subió a una silla y levantó el palo de la escoba para abrir la ventana, aun a sabiendas de que no llegaba al pasador y ya había roto varios cristales de esa manera.

Ella lo precedió en la oscuridad expectante de la habitación y, con sus ojos claros y frescos, ahuyentó cualquier asomo de penumbra y melancolía.

Trastos viejos, anotaron mentalmente ambos, a excepción de un bonito sofá rinconera en tono verde botella y un costurero tallado. Sabe Dios si accederá a desprenderse de algo si nos casamos, pensó la joven, ¿para qué querrá tantos muebles alguien tan viejo?

De repente, la madre de él se le echó encima como una ráfaga de viento gélido. Con una cordialidad de lo más embarazosa, tiró de ella hacia abajo y le dio un beso fugaz en las mejillas: Buenos días, bienvenida; espero que se sienta a gusto en esta casa. Pero hablaba con voz triste y quejumbrosa, como si hubiese previsto ya no solo que aquella persona iba a sentirse fatal en las próximas horas, sino también que su visita podía ser fuente de nuevas desgracias de alcance insospechado.

La muchacha, que no solía ser tímida, se vio de pronto extrañamente desmañada, varias cabezas más alta que aquella abuelita de serios ojos castaños que trepaban con pesadez, como dos bichos sin alas, por su figura lozana y le restaban parte de su lozanía a medida que ascendían. Cuando los dos pares de ojos se encontraron, a la joven la asaltó un leve temor mientras los rasgos plomizos de la madre se deshacían en una singular tentativa de sonrisa. Bueno, suspiró, supongo que será mejor que nos tuteemos; tú siéntate, que voy a hacer un poco de té (aunque no hay duda de que habremos muerto antes de llegar tan lejos).

Cuando la invitada se sentó en el asiento del piano, de espaldas al instrumento, Asger le hizo un gesto de ánimo y él ocupó la mecedora que había junto a la ventana. Aquella anciana era su madre. Lo había amamantado en tiempos. Hasta había sido joven, por imposible que resultara imaginarlo. Él tenía los ojos azules y la sonrisa siempre asomándole a los labios. La muchacha lo amaba. No se parecía en nada a aquella persona triste, en nada. De niño había gateado entre esos mismos muebles. Su forma de verlo todo era muy distinta de la de ella. Era lo más natural. En la pared, entre las ventanas, colgaba un retrato suyo de cuando era niño. Ella lo señaló:

—Eras un niño precioso.

—Me parezco a mi padre —aclaró él, volviéndose hacia el retrato y la corona que había sobre el secreter—, ¿no crees?

Ella fue a observar de cerca aquellos ojos claros y afables y recobró el buen humor, porque era cierto, había salido al padre. Se aproximó y le pasó los dedos por el espeso pelo castaño. No podía estar lejos de él por mucho tiempo.

—¿Y tu madre está siempre tan... tan triste? —preguntó con cautela.

Él se quedó pensativo. Después le contó:

—Es de otra época, tienes que entender que casi podría ser mi abuela.

Mi hermano mayor ya va a cumplir los cincuenta. —Se echó a reír

señalando hacia el retrato del padre—. El viejo no andaba corto de pólvora.

Ella también rio mientras consultaba el reloj. En la calle hacía sol, mucho sol, pero era como si sus rayos chocaran en vano contra los cristales y, tras darse por vencidos, se escurriesen por el muro y volvieran a alejarse.

Tal vez entrase el sol en la casa por las mañanas.

El hijo de un viejo, pensó ella de pronto al recordar un verso que había leído en algún poema: Nacido de unos lomos fatigados. Asustada de sus propios pensamientos, se agachó a sostenerle la cabeza entre las manos y observó su hermosa boca, sus ojos fatigados de mirada ausente y sus largas manos, tan incapaces de quedarse quietas que andaban siempre enredando con la pipa o los cigarrillos, o recorriendo los bolsillos en busca de tabaco o calderilla. Era despistado e indeciso como quien no sabe a ciencia cierta dónde se encuentra en ese momento.

No la besó. Miró hacia la puerta con nerviosismo.

—Cuidado —se apresuró a advertir—, está al llegar.

Se levantó como una flecha y retiró la bandeja de las manos de su madre.

Era tan grande y pesaba tanto que parecía un milagro que hubiese sido capaz de llevarla hasta tan lejos.

La joven también se incorporó con las mejillas encendidas y empezó a distribuir las tazas mientras la madre se sentaba entre resoplidos.

—Asger —se lamentó—, ¿me haces el favor de enganchar el pasador

de la ventana de la cocina?

Cuando salió de la sala, se percibía en su espalda que se sentía observado, y ella se sintió invadida por una súbita ternura ante su torpeza tan encantadora, su visión soñadora e irreal del mundo y su prodigiosa capacidad de alegrarse por las cosas más nimias; las arruguitas que le salían alrededor de los ojos al sonreír, que habría heredado del padre, porque al parecer la madre no sabía hacerlo, no, señor, ¿se habría reído alguna vez en la vida?

Con una sonrisa insegura miró a la anciana, que se la devolvió con un cabeceo lento y triste.

—Esperemos que esta vez todo sea para bien —gimoteó.

—Sí —respondió la chica con un hilo de voz.

Una sombra cruzó por su ánimo impresionable, un reflejo de esos ojos rebosantes de desgracia alcanzó su mirada franca e interrogante. Un polvo invisible se depositó sobre su semblante, como si por un instante se hubiese fundido con la legión de retratos que llevaban allí su vida fantasmal, sobre los muebles y en los alféizares de las ventanas, donde al parecer no había flor que saliese adelante.

Cuando Asger volvió, su madre sirvió el té; tenía las uñas sucias, igual que él. En el caso del hijo era por tanto trajín con la pipa o tal vez por descuido, la cuestión era que no importaba. Pero una anciana lo menos que puede hacer es ir limpia, pensó ella.

Estaban los tres sentados alrededor de la enorme mesa redonda, tan lejos unos de otros que tenían que levantarse para llegar a la fuente de las pastas o al bonito azucarero azul. La joven tenía heladas las piernas, desnudas y veraniegas, y parecía muy pálida al lado de la piel morena agitanada de la vieja. Asger se sirvió dos cucharaditas de azúcar y pasó largo rato removiendo la taza hasta que las disolvió. Había que decirle las cosas varias veces para lograr que apartase la mirada del punto distante en que se demoraba, que moviese la juvenil cabeza y mirase a quien le hablaba: Perdona, ¿qué me habías preguntado? Ella solía encontrarlo encantador y a veces, jugando, le pasaba la mano por delante de la cara de arriba abajo como se hace para ver si una persona está o no consciente, pero no siempre bastaba para devolverlo a este mundo. ¿Devolverlo de dónde?

Se aburría en casa de su madre. Por supuesto. Era un sitio infinitamente triste. La mujer le puso al tanto de las últimas desgracias en tono oscuro y monótono: la niña que el otro día se había caído por

las escaleras, la hermana con la que ya no era posible comunicarse...

—Pero que conste que loca no está, se ve a las claras que me conoce,

¡aunque así se sentirá aún más desgraciada en un sitio tan horrible como ese!

Asger sonrió con dulzura.

—La tía Agnes siempre fue un poquito rara —dijo.

Él comía con apetito, pero la joven pasó un mal rato con el té. Tenía náuseas. Le sucedía de cuando en cuando, con el olor a hospital, por ejemplo. Pidió un cigarrillo a Asger y aspiró el humo con ansia, como si fuese aire fresco.

—¡Ah, usted también fuma! —se horrorizó la madre. De pronto la chica le lanzó una mirada dura mientras pensaba: No me lo vas a quitar.

Ella misma fue la primera sorprendida ante aquella idea, pues era evidente que nada podría hacer que dejase de querer a su Asger ni que Asger dejase de pensar en ella.

Las fotografías contemplaban la sala de estar con mucha atención.

Hombres amarillentos y desvaídos con barbas y marquesotas e imágenes de niños, artísticas y modernas, con bonitos efectos de luz y sombra. Ojos oscuros y claros, rostros graves y risueños, algunos con la mirada seria y rumiante de la madre de Asger, otros vacíos, sin expresión, como si observaran desde ultratumba los muebles que habían tocado y donde se habían sentado. No tardaría en ser una más de ellos, conocerlos y tratarlos.

Sus hijos pertenecerían a aquella estirpe por toda la eternidad y tendrían rasgos en común con ella.

De repente, la madre se levanta y presenta a la familia, tanto la viva como la muerta. Encima del bonito costurero están sus tres nueras, sonrientes y algo apartadas de los demás, como si desaprobaran a toda esa legión polvorienta. Una de ellas tiene la cara redonda y bonachona y lleva gafas. Seguramente irán por allí muchos domingos con los hijos y los niños.

Estarán habituadas a la mesa redonda, a los besos y lamentos de la vieja, puede que hasta se burlen de ella al recordar su primera visita,

jóvenes y

enamoradas, y cómo las espantó. Aún hay hueco para una foto más en el costurero y para un par de nietos encima del piano.

Asger está sentado en la mecedora, cargando la pipa, mientras su madre corretea de acá para allá mostrando fotos. Está deseando marcharse, pero se domina, como toca hacer siempre con los padres. «Como soy su último hijo, me ve como si aún fuese un niño pequeño», solía decir.

—Y aquí está la tía Agnete, que murió el año pasado entre muchos sufrimientos al final. Y este de aquí es mi hijo mayor, que trabaja de médico en Holstebro.

El médico tiene una boca blanda y desdibujada y los ojos tan claros que en la fotografía parecen carentes por completo de expresión. ¿Habrá salido al padre o a la madre? El siguiente, que es maestro en una escuela popular, es desde luego clavadito a la madre, aunque en una versión más refinada, afligida, poco apta para la vida. Los ojos castaños observan a la joven con aire inquisitivo.

—No se parece a Asger —dice ella, a punto de llorar de alegría al comprobarlo, aunque sin saber por qué.

Contempla al hombre que ama. Está leyendo el periódico con las piernas cruzadas sobre la mesa de sus tres cuñadas, y por detrás del papel asciende el humo azulado de la pipa. Su barbilla dibuja un ángulo muy acusado en el punto donde se funde con el cuello. Una señal de carácter y firmeza. Por la barbilla, sí.

La galería es interminable. En la calle brilla el sol. Le gustaría proponerle a Asger ir después al bosque a dar un paseo y tumbarse en su abrigo a admirar el hermoso verdor de lo alto hasta que el fresco del anochecer tardío los obligue a estrecharse uno contra otro para que él la caliente con su cuerpo joven y sano, ahuyentando el extraño miedo que la posee, y le prometa que no volverá a llevarla a casa de su madre si no es por los cumpleaños y cosas así, cuando haya más gente. Por cierto, ya podía echarle una mano en lugar de quedarse ahí dormitando. De pronto se siente

muy molesta al ver lo a gusto que él siempre se encuentra allá donde vaya, y no porque le agrade estar allí, sino por algo que forma parte de su carácter, algo que los demás no alcanzan a comprender y que siempre lo acompaña. Al principio la joven pensaba que solamente le costaba separarse de ella, pero incluso en un cine se le hace cuesta

arriba levantarse e irse una vez acabada la película. Él es más que consciente. Es una especie de inercia, dice.

—Y esta es la tía Agnes, de la que os he hablado antes; se la hicieron poco antes de que la ingresaran por primera vez.

La chica mira de la madre a la foto y de nuevo a la madre. No ve diferencia alguna.

—¡Hay que ver cómo se parece a usted! —exclama estupefacta.

La vieja asiente con solemnidad.

—Sí, ahora nos parecemos mucho, por dentro y por fuera, pero no siempre fue así.

Se bambolea hasta el secreter y revuelve en un cajón hasta encontrar una fotografía antigua y descolorida en la que aparece una jovencita. Una jovencita muy guapa con el cabello recogido y una fina cinta de terciopelo alrededor del cuello desnudo. Tiene la frente alta y ancha, los ojos castaños oblicuos, la boca a punto de esbozar una enigmática sonrisa.

—Esta es Agnes a los veintidós años.

La joven titubea antes de coger la foto y observarla largo rato. Después piensa en voz alta:

—Increíble, me recuerda a... Bueno, tiene cierto parecido con...

De pronto un frío glacial le sube por las piernas y las dos mujeres se vuelven hacia Asger, que está limpiando la pipa y no ve nada, no oye nada.

Entonces la vieja asiente:

—Sí, es la boca —dice con una nota de triunfo en la voz, o tal vez no sea más que esa satisfacción que sienten todos los padres al ver sus propios rasgos replicados en sus hijos. Observa con atención a la muchacha y repite

levantando un poco el tono—: Hay un parecido muy llamativo en la zona de la boca.

Y su amada no lo entiende y no sabe por qué es algo tan terrible. Ni siquiera sabe si realmente lo es o lo será una vez que salga de ese salón y esa atmósfera, pero un miedo como no lo ha conocido en toda

su vida la envuelve sin compasión mientras reconoce que la joven de la foto —la que más tarde se volvió loca— tiene una boca pequeña y blanda con arruguitas que, cuando sonríe, le suben por la mejilla, igualito que Asger.

Al salir a la calle, él respiró hondo.

—Bueno, ¿ha sido muy espantoso? —preguntó en tono de guasa; y, en vista de que ella no respondía, añadió—: Ya sabes que había que hacerlo.

¿Y ahora qué? ¿Es tarde para ir al bosque?

Está del mejor humor. Ha dejado atrás una tarea fastidiosa. Pero la chica le mira de reojo con los ojos llenos de lágrimas porque la boca que amaba ha quedado destruida para ella. De momento solo eso.

Entonces dice:

—¿Sabes? Estoy un poco cansada, creo que es mejor que me vaya.

No ve la hora de encerrarse en su casa y quedarse a solas antes de que el llanto estalle de veras, el llanto por algo que tal vez no esté del todo roto, pero que ya no volverá a ser como antes.

Arriba, tras las cortinas, está la madre mirándolos, inmóvil e invisible, con una triste pasión colmando sus ojos y el retrato de la hermana enferma aún en la mano.

LA REINA DE LA NOCHE 1

Grete sostenía el espejo frente a su madre mientras esta se empolvaba y se encasquetaba la peluca blanca de pelo de ángel.

Arrodillada en una silla y un poco inclinada sobre la mesa, lo miraba todo desde detrás del espejo con la boca abierta y los ojos redondos y brillantes de embeleso.

—Uy, ¡qué elegante! —exclamó.

—Chist, vas a despertar a papá —susurró nerviosa la madre con la frente arrugada mientras se oscurecía las cejas con un lápiz gordo y graso.

Ladeó la cabeza y se miró en el espejo con el rabillo del ojo para comprobar hasta qué punto de la sien debía trazar la raya. Junto a la peluca blanca, su piel parecía de color café. Grete extendió la mano.

—¿Me dejas tocarla? —susurró.

—Sujeta ese espejo como Dios manda.

Grete retiró la mano.

—¡Ay! —exclamó perpleja.

Se había pinchado en los dedos con aquel cabello sedoso.

El padre rebulló en el sofá por detrás de ambas y las dos se quedaron paralizadas hasta que volvió a dormirse.

La niña se sentó a la mesa porque le dolía la tripa de tanto tenerla apoyada en el borde. A su lado había una barra de carmín del color de las naranjas —iba muy bien con el pelo blanco— y una cajita de sombra de ojos negra mojada de saliva por el centro. Negro, rojo, blanco y plata.

Cuando se movía su madre, se oía un suave tintineo. Olía muy bien. Detrás

dormía su padre. Hacía el turno de noche y mamá tendría que estar de vuelta temprano, antes de que él regresara de trabajar. Un carnaval como ese bien podía durar toda la noche, pero esas cosas un hombre no las entiende. Los hombres no iban de carnaval. Es verdad que había algunos en el *Familiejournal*, de donde mamá había sacado los patrones del disfraz, pero parecían memos. Los hombres iban a trabajar y cuando estaban en casa, dormían. El carnaval era cosa de señoras.

Grete se alegraba de no ser un chico.

Por fin pudo dejar el pesado espejo y admirar a su madre, que estaba frente al aparador levantando la tarlatana negra con las dos manos para demostrar que la falda le llegaba a la cabeza. Grete se sonrojó desde los pies hasta la coronilla al ver lo guapa que estaba. Nada en el cuello ni por los hombros, y lo demás envuelto en una profusión de once metros de exuberante tarlatana, a corona el metro (aunque a papá le habían dicho que costaba la mitad), salpicada de brillantes lentejuelas plateadas. Estaban todas y cada una cosidas a mano y relucían a la luz de la bombilla monda y lironda del techo cada vez que se giraba, lenta y tintineante, fragante e irreal, por la pequeña salita.

Sonrió a su hija con cuidado de no estropear el maquillaje.

—¿Voy bien? —preguntó alegre.

Grete asintió entusiasmada.

«La reina de la noche», se llamaba el traje. Era el más bonito de todo el *Familiejournal*. El año anterior, mamá había sido un «Cochero del siglo XVIII» en satén azul y amarillo con un sombrero de copa negro de cartón y unos pantalones cortos de niño. La ropa para hacerlo solo le había costado dos coronas, pero aun así papá, como siempre, había estado calculando cuántos paquetes de copos de avena y cuántas zanahorias podrían haberse comprado con ese dinero. Pamplinas. Avena y zanahorias tenían de todas formas y mamá en cambio no gozaba de apenas

distracciones. Ni que fuera culpa suya que papá estuviese en paro la mitad del año y ella tuviese que ir por ahí a fregar en casa de otras personas.

Grete estaba firmemente convencida de que lo habrían pasado de miedo de no haber estado allí papá, porque era el único que ponía de mal humor a mamá; aparte de las demás vecinas de la casa, con sus chismes sobre ella.

No veían la hora de darle a la lengua. Mamá decía que le tenían envidia porque era muy juvenil y no tenía intención de perderse ni una sola diversión solo porque a su marido no le gustara bailar. Cuando Grete cumpliese catorce años la llevaría al carnaval. Faltaban cuatro. Entonces ella también sería «La reina del carnaval». Con un lunar en la mejilla y el pelo blanco y sedoso. Y a lo mejor un abanico negro. Grete había recorrido toda la calle buscando uno el día anterior, pero en las tiendas ya solo quedaban de colorines. En realidad, era parte del disfraz de «Carmen» que aparecía en el *Familiejournal*, pero a mamá le encantaba añadir pequeños detalles a los trajes. Ahora tendría que conformarse con un bolsito negro de seda que le habían regalado en una casa donde había servido y el antifaz de rigor, con flecos hasta la boca.

El padre abrió los ojos; al parecer no dormía, porque solía tener unos despertares muy escandalosos. Pero al notar que estaba observándolas desde el sofá, la sonrisa de la madre se esfumó y la niña se sentó y empezó a hacer girar en el dedo una sortija que le había tocado en una bolsa sorpresa. El corazón, asustado, le latía con fuerza.

—Uf —dijo el padre con voz pastosa—, estás hecha un adefesio, se van a reír de ti, vaya espantapájaros.

A Grete le dolió la espalda como si acabaran de darle un golpe. Los ojos le echaban chispas de odio a su padre. Apretó la cabeza puntiaguda de metal de la sortija contra el dedo corazón hasta que le salió una marca blanca que poco a poco se volvió roja. No se atrevía a moverse por miedo a que su madre no saliera por la puerta de una pieza. La oía respirar entrecortadamente a su espalda.

El padre se incorporó en el sofá y tanteó con los pies por debajo en busca de sus zapatillas. Tenía sucios los dos surcos que le corrían de la nariz a la boca. No apartaba la mirada de la madre.

—Deberías presentarte en el trabajo con esa facha mañana —dijo con desdén—, puedes ir en taxi, si encuentras algún chalado que te lo pague.

Ella no contestó. Grete la oyó salir al recibidor y ponerse el abrigo. El antifaz estaba sobre la mesa, pero la niña no se atrevía a llevárselo para no llamar la atención del padre. Ojalá se cayera de un andamio y se matase, o se ahogase en un pozo. Así las cosas se arreglarían.

Las lágrimas fueron cayendo muy despacio en el tablero desnudo y sucio de la mesa. Se mordió los nudillos y trató de pensar en el carnaval. En «La reina de la noche» en medio de un mar de luz con todos los amorcillos, las bailarinas y las Cármenes como graciosas sombras a su alrededor. Un suelo reluciente de parqué y el temblor melancólico de los violines. «La reina de la noche» se desliza soñadora por la pista con la mirada dulce y ausente.

Deja un reguero de lentejuelas como una luna de plata. Toma a Grete de la mano y la lleva hacia la luz...

La puerta de la calle se cerró de golpe y unos pasos presurosos huyeron escaleras abajo.

Grete volvió la cabeza con cautela y vio a su padre sentado en el sofá con la mirada perdida. Empezó a recoger el caos que había sembrado la madre. Ya no había nada que temer. Nunca lo había cuando se quedaba sola con su padre. A veces hasta intentaba pasar un buen rato con ella, aunque él de vestidos, barras de labios y bailes no sabía gran cosa. Pretendía que la niña se leyese los cuentos de los hermanos Grimm, pero eran aburridos a más no poder y para niños pequeños. Ella prefería la novela por entregas que publicaba *Hjemmet*. Trataba de una joven rica que no sabía si los hombres la querían solo por su dinero; y había uno que al parecer le ponía veneno en la comida, aunque todo se aclaraba en el número siguiente.

Mamá también las leía. Menuda diferencia con todo eso de los duendes y los ogros, ¡que ni siquiera existían!

Al amparo del espejo, se deslizó por los labios el carmín naranja, arqueó las cejas y sonrió, mimosa, a su reflejo ladeando un poquito la cabeza. Se recogió el pelo liso y se preguntó cómo quedaría cuando le hicieran la permanente. Su madre se lo había prometido para el mes próximo, en cuanto cobrara, pero a papá, por supuesto, ni media palabra. Iba a ser algo difícil explicar por qué de repente le habían salido rizos. Solo de pensarlo soltó una risita y se tapó la boca. Luego miró a su padre de reojo. Seguía en la misma postura, inclinado hacia delante, las enormes manos entrelazadas como si se diera a sí mismo los buenos días.

Grete bajó de la silla y se acercó a él.

—Papá —dijo vacilante.

Él la miró. De una manera muy rara. Casi como si no recordase quién era. Tenía los ojos muy tristes. Pues entonces que dejase de portarse tan horrible con mamá. ¡Y que no la llamara espantapájaros!

A la niña le encogieron el alma aquellos ojos. Dio media vuelta y empezó a recoger del suelo prendas de ropa y lentejuelas. Se quedó una en la mano; no era más que un pedacito de metal abombado.

El padre se levantó y consultó el reloj. Se aclaró la garganta.

—Bueno, habrá que marcharse —dijo con una voz de lo más corriente.

Grete respiró algo más aliviada y se arrepintió de haber pensado lo del pozo. Pero ¿por qué las tenía siempre tan asustadas? No se le podía preguntar nada ni hablar con él como con mamá, que le contaba todo a Grete.

El padre comenzó a ponerse las botas.

—¿No te da miedo dormir solita? —preguntó con la misma voz extraña y vergonzosa que empleaba cuando intentaba ser amable con ella pese a estar furioso con mamá.

Grete se echó el pelo hacia atrás con un cabeceo y le sonrió con gesto valiente. Un poco de miedo sí que le daba, aunque era una estupidez.

—Qué va —dijo con desenvoltura—, dormido no se puede tener miedo.

El padre soltó una risa grave y ronca, y en el interior de Grete se encendió una luz: ojalá pudiera ser siempre así de agradable y estar de tan buen humor.

Luego él se guardó el almuerzo en el bolsillo y pasó una mano torpe por el pelo de la niña.

—¿Qué vas a ser de mayor? —preguntó.

—La reina de la noche —gritó ella entusiasmada, y enseguida se agachó como para esquivar una bofetada al ver que al padre le cambiaba el semblante.

No le pegó, solo se apartó de ella y salió por la puerta sin decirle adiós.

La niña se quedó confusa mirando la puerta cerrada. Al sentir frío, se acercó a echar un vistazo a la estufa tibia. Había caído ceniza de por la mañana. Lo mejor sería acostarse, pero alguien tendría que recoger. ¿Por qué se habría enfadado papá de repente? Ojalá que mamá volviese pronto a casa.

Se agachó a hacer un montoncito de porquería con la mano. Podía ir a la cocina a buscar una escoba para barrerla, aunque no le gustaba hacer ruido cuando estaba sola. Tiró el montón al rincón de las cenizas y permaneció en cuclillas, mirándolo. Después extendió la mano, cogió un rizo caído de la peluca de pelo de ángel y lo apretó entre los dedos. Aunque era como coger un puñado de ortigas, apretó aún con más fuerza.

Deben de hacerlo con vidrio, pensó mientras sentía que algo cálido le resbalaba por la cara. Menuda estupidez llorar por una cosa así.

Si ya sabía de antemano cuánto pinchaba.

UNA MAÑANA EN UN BARRIO RESIDENCIAL

Era otoño, aunque la niña estaba empeñada en que era invierno, porque tenía frío y llevaba su abrigo marrón nuevo por primera vez. «Hansen» la despertó a primera hora de la mañana, a pesar de que su hermano mayor aún estaba en la cama. Un resplandor inusual y festivo lo envolvía todo, pero ella tenía tanto sueño que así, a bote pronto, no recordaba lo que iba a pasar.

Hansen le hablaba con una voz extraña y pastosa, y acariciaba cada prenda como si estuviese viva antes de ponérsela a la pequeña. La

niña se espabiló y estudió con atención a aquella persona que había conocido toda su corta vida.

—¿Por qué lloras? —preguntó asombrada.

Pero Hansen estaba enfurruñada y se limitó a murmurar que se había resfriado y por eso tenía los ojos rojos. Pues claro que no lloraba.

De repente, la niña recordó qué día era y, con la carita redonda iluminada por una sonrisa, empezó a parlotear:

—Me voy de viaje con papá, Hansen, ¿lo sabías? ¿Puedo despedirme de Ole? ¿Ya se han levantado papá y mamá?

Hansen la mandó callar y, bajando la voz, la regañó con dulzura: No hay que despertar a Ole, papá ya debe de estar levantado, pero mamá todavía duerme.

Luego la sacó de la cálida oscuridad del cuarto de los niños, que estaba envuelto en el intenso aroma dulzón del sueño infantil.

La niña llevaba puesto su vestido de cumpleaños y quiso mirarse en el espejo. La criada la levantó. Suerte tienes de ser tú la que se va con papá, no sabes las ganas que tenía Ole y lo triste que está, le dijo. Desde la tersa superficie del espejo, dos ojos curiosos y vivaces observaban los de la niña, pero por detrás de ellos asomaba un rostro adulto, húmedo y pálido. De repente, la pequeña le echó los brazos al cuello a la criada.

—¿Cuándo volveré a casa? —le preguntó.

En su tono vibraba un miedo diminuto y fugaz. Hansen no contestó; la dejó en el suelo con mucho cuidado y empezó a peinarle los largos cabellos claros con mano algo temblorosa. Al cabo de un rato consiguió decir con una voz que ella creyó alentadora:

—No será mucho.

En ese instante le vinieron a la cabeza las numerosas normas de conducta de la señora. Una era: A los niños siempre hay que decirles la verdad. En esos momentos, antes se habría dejado despellejar viva. Sintió que la recorría una oleada de rabia contra la madre de aquella criatura, la que más quería de todos los niños que había cuidado en su vida. Se reparten los hijos como si fuesen muebles, se dijo, y al oír los pasos plomizos del padre en el piso de arriba, pensó: Pobre hombre, toda su vida se está rompiendo en pedazos. Olvidó el cariño abnegado

que le inspiraba la señora cuando estaba enferma y había que apartar a los niños de ella, y cuando volvía a estar bien y cantaba en la ducha por las mañanas, despreocupada e infantil, siempre el centro de todo. Ese tipo de personas, pensó vagamente, pero no fue más allá porque la pena volvió a abrumarla. Sus lágrimas cayeron en silencio sobre el pelo de la niña, que como un halo luminoso rodeaba esa carita que tanto amaba.

El padre bajó por las escaleras y ella se dio cuenta de inmediato de que no había dormido apenas. Tenía ojeras y la joven criada no se atrevió a mirarlo a los ojos. Fue a la cocina a hacer el café y la niña echó a correr hacia su padre, que la cogió en brazos haciendo esfuerzos por sonreír:

—Bueno, Kirsten, ¿vas a hacer un viaje con papá?

La pequeña se bajó de un salto como una pelota, loca de contento, y corrió escaleras arriba, porque las cosas no serían perfectas del todo hasta que no estuviese también mamá. El padre intentó detenerla y habló en voz baja, igual que Hansen:

—Creo que mamá aún está en la cama.

Se quedó a los pies de la escalera pasándose una mano por el pelo en un gesto desesperado mientras la niña corría al dormitorio de la madre, donde la recibió el familiar aroma a perfume, a noche y a mamá. Al acurrucarse junto a aquel cuerpo cálido y protector se le humedeció la cara, y el mismo miedo impreciso y tenue regresó por un instante:

—Pero, mamá, ¿por qué lloras? Si voy a volver.

La madre no respondió, solo estrechó a la niña con fuerza entre sus brazos. Se quedaron así, tumbadas sin decir nada, la niña sorprendida e impaciente y la madre tan devastada por el dolor y la culpa que todo el cuerpo le temblaba como un árbol joven en medio de una tormenta.

Temblaba, pero resistía. Entre ella y la pequeña se interponía una figura invisible, un poder implacable. En el plazo de unas horas, unos brazos fuertes reemplazarían el abrazo tierno y puro de la niña. Una voz amada consolaría y explicaría. El sutil aire otoñal en el jardín, el perfume de las flores y los largos días de felicidad mitigarían la pérdida, y al saberlo se sentía débil y ruin. Dios mío, que esta despedida sea la última de mi vida, rogaba.

El inquieto cuerpecillo se escabulló entre sus brazos. Queriendo

hacerla partícipe de su alegría, la niña tiró de ella para sacarla de la cama como muchas otras veces y que todo fuese como debía ser.

—Levanta, mamá —gritó—. Tienes que venir a ver el camión de las mudanzas, tienes que bajar a decirnos adiós, tengo que ponerme el abrigo nuevo; es invierno, mamá, ¿te acuerdas de aquella vez que también era invierno y montaste en trineo con papá, conmigo y con Ole?

Se quedó en el piso de arriba mientras la madre se vestía. El olor a café subió hasta la habitación y, con él, cierto desasosiego. El hermano de la niña ya se había despertado. No tardaría en subir corriendo a dar los buenos días, probablemente malhumorado porque él no iba con el padre. ¡Había encontrado trabajo en otra ciudad! Qué fácilmente se dejan engañar los niños para esquivar las verdades que no quieren oír.

La pequeña aguardó en pie sin ninguna compasión mientras su madre se peinaba frente al tocador. Los de la mudanza no tardarían en entrar dando zapatazos para llevarse los muebles que quería el padre. Ella le había suplicado que se lo quedara todo, que se quedase la casa y la echase de allí a ella, pero que le permitiera quedarse con los niños. Al fin y al cabo, los hombres siempre olvidan a sus hijos cuando llevan sin verlos lo suficiente.

Pero ¿qué sabía ella en realidad? De haber estado segura, se habría acogido a la ley, que en contadas ocasiones arranca una criatura de los brazos de su madre. Sin embargo, ya no estaba segura de nada y no tenía costumbre de tomar grandes decisiones por sí misma. Dos hombres le exigían este sacrificio. «No puedes quitarle todo.» Se lo debía a dos hombres. Aunque

¿acaso se puede sacrificar un hijo? Sí, ella lo estaba haciendo. Ella solita.

Suya era la culpa, pero iba a pagarlo el menos culpable de todos los seres.

Allí, en esa habitación, con la niña al lado, estaba completamente sola.

Hasta los muebles parecían apartarse de ella, todos los objetos que tan bien conocía quedaron por un instante disueltos en niebla. ¡Ah, si todo pudiese volver a ser como antes! Solo que las cosas nunca son como antes. La vida es cambio: pasión, indiferencia, muerte. Tenía miedo por la niña, por toda la vida que le aguardaba en el piso de abajo: los ojos hinchados, llenos de reproches, incomprensivos de la señorita Hansen, las preguntas de Ole y el rostro atormentado de su marido.

¡Ah, Dios, esta niña! Si hubiese sido algo más pequeña o algo mayor... Y a nuestros seres queridos, pensó mientras se empolvaba la cara pálida, ¿qué les voy a decir? ¿Cómo poner fin a todo esto? Amor mío, ven a ayudarme, puede que cuando llegues sea demasiado

tarde. El dolor de esta mañana será solamente mío para siempre, tú sentirás celos si llego a mencionarlo. Pero estamos todos solos. En esta casa hemos vivido tres personas adultas todos estos años. Queremos a los niños y los niños nos quieren, y no queda más remedio que mentirles. ¿Cómo vivir una vida de total pureza cuando los pasos y la voz de un hombre apartan mi corazón de todo lo que antes me hacía sentir segura? ¿Por qué me casé?,

¿por qué tuve hijos? No hay nada tan despiadado como el amor.

Al toparse en el espejo con los ojos atentos de la niña, les sonrió. La pequeña se lanzó al regazo de su madre y acercó a la suya una mejilla cálida.

—Mamá, hoy desayunas con nosotros, ¿verdad? —preguntó con una vocecilla lisonjera a la que recurría (y últimamente había tenido que hacerlo mucho) cuando quería zanjar un desencuentro entre los mayores.

La madre bajó con la niña en brazos; estaba puesta la mesa en el comedor para toda la familia. Normalmente los niños comían solos. El marido ocupaba su sitio de costumbre y ella pensó al instante lo mismo que la criada: ¡Esta noche no ha dormido! Sentía hacia él el rencor que sentimos hacia aquellos a quienes hemos lastimado. Ahí estaba, embutido en la pena y el ultraje como en un abrigo andrajoso, a la vista de todos para despertar su compasión. Y aquí estoy yo con mi sacrificio, pensó, y para soportarlo tenía que blandir los rasgos de su amado como un escudo invisible delante de ella. Aun así, los tres pares de ojos mudos que se habían vuelto a mirarla la hicieron vacilar. Se despreciaba a sí misma: ¿Es todo en la vida, entonces, una opereta? Le entraron ganas de cantar: Adiós, adiós, me voy de aquí y me busco a otro en lugar de ti.

Se sentó, terca y erguida, a la cabecera de la mesa y sonrió a sus hijos con valentía. Sin embargo, no se atrevió a mirar a la señorita Hansen. ¿Para qué habrá organizado esta ridícula comedia?, pensó furiosa. Solo nos faltan velas en la mesa. El niño tenía sueño y estaba de mal humor, como era de esperar. De repente lo miró con frialdad, como si no le importase, mientras

acomodaba en la silla a su niñita y le anudaba el babero. Por un instante, todo le pareció una larga escena sentimental de una de esas películas americanas de una tristeza tan afectada que el público reacciona con carcajadas: los niños adorables, el padre ultrajado, la criada fiel y la madre casquivana. ¿Qué le importaban a ella todas esas personas? ¿Por qué se aprovechaban de su amor por la niña? A ella solo le importaba una persona en el mundo y no estaba allí. Pero su sombra planeaba sobre sus rasgos como una tenue defensa frente a algo terrible. Y más allá de él: millones de niños desdichados, criadas fieles a montones y un ingente ejército de amantes, esposos abandonados, mujeres engañadas y casquivanas, todo tipo de gente, todo tipo de vidas y todas ellas igual de solas. Y, por encima de todo, alguna clase de ley, guerra, miseria infinita, el pan de cada día, miedo a los titulares de los periódicos, un mundo en tensión y una calma paciente sin esperanzas: un látigo se alza sobre nuestras cabezas, ¿dónde y sobre quién caerá?

Se comió el huevo en silencio y dejó que la criada se ocupase de los niños. Aún no había cruzado una mirada con su marido. Tienes que actuar, le había dicho su amante, es urgente, la vida va a pasar de largo a tu lado si sigues siendo lánguida y débil. Tienes que mirarlo todo con más perspectiva.

El camión de la mudanza estaba al llegar y tenían el deber de convertir aquello en una experiencia festiva, por la niña. En eso estaban de acuerdo.

Sacó fuerzas de flaqueza y se dispuso a decir algo, pero Ole, que pronto cumpliría ocho años, los observó a uno y a otro con una mirada extraña y preguntó:

—¿Cuándo vuelve a casa Kirsten?

Nadie fue capaz de responderle. Tan pronto como la pequeña saliera de la casa habría que explicarle las cosas tal y como eran. Ya tenía edad para comprenderlo y era importante que se diese cuenta de que ahora comenzaba una etapa nueva y emocionante.

De pronto se sintió terriblemente cansada y odió a la joven criada que sorbía por la nariz sin disimulo, los odió a todos por no entenderla, y más que a nadie, se odió a sí misma por no saber si se estaba equivocando. La asaltó una imperiosa necesidad de llorar entre los brazos de su amado.

Ahora las lágrimas le escocían detrás de los ojos secos. ¿Cómo percibe

algo así una criatura de cinco años? ¿Cuándo empieza a sentirse traicionada y cómo sale a la luz la verdad?

Al fin llegó el camión, rojo, festivo y escandaloso, y los niños corrieron a la calle para ver a aquellos hombres que tenían que cargar con tantas cosas. La criada se levantó y se fue a su cuarto como una exhalación, dejándolos a los dos solos por un instante. No tenían nada que decirse, pero en sus ojos había una extraña sensación de dolor compartido cuando por fin se encontraron. Él pestañeó varias veces; parecía un muchachito, y ella volvió a descubrir en sus rasgos lo que un día había amado.

A él le era imposible odiarla. Por algún motivo se había acostumbrado a no hacerla responsable de sus actos. Su propia vida le daba igual, solo una idea lo obsesionaba: no morirse. Uno no puede morirse teniendo una niña que cuidar y proteger. Además, ella podría verla de vez en cuando si le apetecía y él también vería al niño. Sin embargo, en esos momentos sentía por él la misma leve indiferencia que ella. Era como si solo hubiesen tenido a la niña juntos. Un día había plantado en su seno una semilla y ahora se la llevaba. Ella tenía que pagar. Aunque seguro que no tardaría mucho en olvidar. Una mujer cuando se enamora...

Durante veinte minutos la casa fue todo bullicio y agitación. Después la niña se sentó al lado del conductor con su bonito abrigo marrón y su sombrero de terciopelo cubriéndole los rizos claros. Miró a su madre un poco angustiada; luego le echó los brazos al cuello y susurró para consolarla:

—En verano volveré, ¿verdad?

La madre asintió, sonrió y les dijo adiós hasta que perdió de vista el camión. Acto seguido, la sonrisa se le borró del rostro como si hubiese pasado una mano brusca. Cogió al niño de la mano y echó a andar hacia la casa muy despacio.

UN CHICO DISPUESTO

El chico del guardabosques se apretujó entre los demás clientes de la panadería. Se puso de puntillas para que lo vieran y vigiló atentamente cuántos llegaban después que él. Tenía prisa. Como casi siempre. Quería una botella de leche para su hermano pequeño, su madre ya no podía amamantarlo porque le había salido un bulto en el pecho y tenía fiebre.

Estiró el cuello en un intento de atraer la atención del panadero, que

se tomaba el asunto con una calma espantosa. La madre de uno de sus compañeros entró en la tienda y él se arrancó el gorro de la cabeza a la velocidad de un recluta frente a un superior.

—Buenos días —saludó en voz alta.

La mujer luchaba con una bolsa de la compra de la que asomaba un manojo de puerros que a él le hizo cosquillas en la nuca.

—Buenos días, John, y enhorabuena. ¿Estás contento con el hermanito?

—Claro —contestó rojo como la grana por el esfuerzo de expresar una alegría abrumadora.

De repente, todos le miraron. ¿De verdad estaba contento?

—Ya nadie se lo esperaba —le dijo el panadero entre risas a una clienta

—, como que ha sido *in extremis*. —Se volvió hacia el chico—. ¿Qué te pongo hoy?

John subió la cesta al mostrador y sacó la lista que había escrito su madre. Si no, luego se te olvida la mitad, había dicho. Nunca se le había olvidado nada, pero su madre siempre decía esas cosas. Le devolvieron la cesta llena con las vueltas metidas dentro de la lista.

—¿Es bueno? —preguntó el panadero frotándose la barba.

El chico asintió.

—Sí, pero chilla mucho.

Todos se echaron a reír, como hacían los mayores en cuanto no se contestaba simplemente sí o no. Le pareció que intercambiaban miradas y se guiñaban el ojo; no veía la hora de salir de allí.

En la calle, el frío le jugó una mala pasada y empezó a estornudar. El bosque se alzaba ante él como una enorme montaña, y a sus pies la casa no era más que un puntito diminuto. Si atajaba corriendo por los sembrados, llegaría en un cuarto de hora, por la carretera se tardaba media. Pero había mucha luz para ir por rutas prohibidas.

La cesta pesaba, se la cambió de brazo y siguió avanzando a medio camino entre el trote y la carrera. Quería sorprender a su madre estando de vuelta a la velocidad del rayo; siempre lo hacía, pero ese

día quería ser aún más rápido, porque estaba enferma y el hermanito tenía que tomar su leche lo antes posible. Los coches pasaban volando y la ventisca le impedía verles la matrícula. Normalmente las coleccionaba. Echados sobre el manillar, algunos ciclistas aislados se abrían paso a duras penas, con las orejeras puestas y la cara roja y empapada. Pero los que iban en dirección contraria tenían el viento a favor, y los conocía a todos. Buenas, John, gritaban. Él saludaba con brío. Nadie iba a acusarlo de maleducado. Era el chico más dispuesto de toda la comarca a la hora de ir al pueblo a hacer recados, cortar leña, lavar pañales o cualquier otra cosa que ayudase a salir adelante en la vida. Lo único que no se le daba bien eran los deberes. Eso qué más da, lo principal es que seas un chico dispuesto, decía su madre. Ah, qué amable era, y qué buena. El padre le daba un poco de miedo; no hablaba mucho con él y tenía una voz ruda y áspera. Como las manos cuando se quitaba la escopeta del hombro y dejaba caer una ardilla muerta en la mesa de la cocina. Eran alimañas y el propietario de la finca le pagaba por cada una que mataba, pero eran tan graciosas cuando subían por los troncos, siempre

a la fuga... A John le habría gustado tener una ardillita viva entre las manos algún día. No había que tenerles miedo. En una ocasión tocó la escopeta de su padre y aún recordaba la azotaina que le costó. Podría dispararse y herirte a ti o a alguno de nosotros, le había explicado su madre. Y si le daba al hermanito, no quería ni imaginarse lo que ocurriría en casa. Seguro que papá y mamá se arrepentían de haberlo «recogido».

Solo de pensarlo corrió como un loco. Sabía que estaba en deuda con la humanidad, porque él no había venido al mundo como Dios manda como el hermanito, sino que había ido a parar a casa de papá y mamá por un golpe de suerte inusitado. Era adoptado, y sus padres verdaderos eran personas horribles de Copenhague que ni siquiera estaban casadas. Quiera Dios que no tengas que verlos jamás, le dijo su madre cuando se lo contó. Después de aquello, pasó algún tiempo en que le dio por mirar fijamente a los forasteros que pasaban por el pueblo e imaginar que habían venido de Copenhague para raptarlo. ¡Cómo se resistiría y llamaría a su madre! De acuerdo que era bajito para tener siete años, pero era fuerte. Sacaba agua del pozo y acarreaba dos cubos de una sola vez. Quién sabe si el hermanito lo lograría algún día. Ese enclenque. Se pasaba el día enganchado al pecho grande y blanco de la madre, y tanto chupaba que había acabado por ponerla enferma. Un día John preguntó si a él alguna vez le habían dado la comida de aquella manera, pero la madre rompió a reír: Pobrecito mío, no; tú fuiste un niño de botella. Aunque entendió la expresión, le gustaba imaginar que lo habían fabricado dentro de

una botella, como un barquito. Sonaba raro ser diferente de los demás. Y en general le gustaba, pero solo en cosas buenas. Corría más que ningún niño de su clase.

El aliento le salía de la boca como el humo de la larga pipa de papá. Se sorbió los mocos y volvió a cambiarse la cesta de brazo. Luego se tomó su tiempo para limpiarse la nariz con la manga del jersey. El bosque ya no era una montaña y se divisaba el humo de la chimenea de casa. También oyó hachazos; era su padre talando árboles. El propietario había ido a marcar en

persona los condenados y allí se quedaban ellos, sin saber nada, hasta que sentían el hacha hendirles el tronco. Hasta ese instante eran como los demás árboles y creían que seguirían allí plantados a perpetuidad, murmurando con el viento, echando nuevas ramitas por primavera y perdiendo todo al llegar el frío, dejando a la vista a las pobres ardillas a mucha distancia. Le daban pena esos árboles, aunque su madre decía que los árboles ni sienten ni padecen. Las ardillitas tampoco sabían que las iban a matar, y no les dolía nada que les entrase una bala en el corazón. Los únicos malos eran los furtivos, que muchas veces erraban el tiro y dejaban sufrir a los animales hasta que su padre los encontraba. A su padre le encantaban los animales; tenían tres perros de caza y un pequeño fox terrier que iban a matar porque soltaba mucho pelo y hacía toser al hermanito. Lo había dicho el doctor. Y

eso que John adoraba a ese perro.

El bebé había trastocado un montón de cosas. En plena noche los despertaba con sus chillidos, e incluso cuando John batía su propio récord yendo de la panadería al colegio, a la madre a veces se le olvidaba elogiarlo. Decepcionado, se lo señalaba: Hoy solo he tardado diez minutos, mamá. Entonces ella le echaba una mirada fugaz y exclamaba: ¡Madre mía, no hay cosa en el mundo más dispuesta que este niño, ¿qué haríamos sin ti?

Pero ya no le hacía las fiestas de antaño.

Sin reparar en ello, el chico comenzó a remolonear en el último trecho.

La leche chapoteaba dentro de la botella. ¡Parece mentira todo lo que come este tragoncete!, exclamaba la madre al darle el pecho al niño. En un tono bien distinto que cuando decían (sobre todo el padre): Hay que ver cómo devora este chaval, nos va a dejar en la ruina. Pero hablaban de John, claro.

Y a él se le atragantaba la comida y le subía el color a las mejillas. La madre, riendo, le daba palmaditas en el pelo. Si por lo menos creciese un poco, decía en tono afable. Tampoco el padre lo decía con mala intención.

¡Y aun así...!

Subió de un salto a un montón de nieve que había en la cuneta, se deslizó por el otro lado y volvió a subir al siguiente. Riendo con el jueguecito, se olvidó de que tenía una prisa terrible. En casa estaba la madre enferma, en cama, por culpa del hermanito; el padre no tardaría en volver del bosque y empezar a hacer la cena mientras John ponía la mesa. Era muy raro comer a solas con él. Cuando estaba de buenas, chinchaba al chico. Bueno, John Piños, decía, ¿has tenido un buen día? Se le habían caído dos incisivos y el padre sostenía que no le volverían a salir. Qué bobadas, se enfadaba la madre, ¡a ver si el crío iba a pensarse que era verdad! Ay, su madre. Tan gorda, tan cariñosa, tan buena.

El último trecho lo hizo otra vez corriendo, por delante de la bomba de agua, que parecía un viejo acatarrado, con trapos por todas partes para que no se helase, y por el patio, donde una pila de leña aguardaba a que la echaran a la estufa. Él había ayudado a reunir el montón durante el verano.

Jugando a que los maderos eran soldados; le habría gustado colocarlos todos de pie, en formación, pero habrían ocupado demasiado. El trabajo era su juego y su juego era el trabajo. Y las cosas iban bien hasta que llegó el hermanito. Es verdad que los pañales pasaron a ser banderas piratas, pero él era un pirata muy cansado y con demasiados enemigos de que ocuparse. Y

el hermanito era un príncipe que estaba llamado a heredar un reino. John era su esclavo, al que siempre recurría en busca de consejo en los asuntos importantes. Preguntad a mi esclavo, diría, él me ha criado y es quien decide todo.

Levantó el pestillo de la puerta y entró en la cocina. Dejó la cesta sobre los fogones y se quedó escuchando los sonidos que venían de la sala.

Aparte de la de su madre, había otra voz. No le habían oído llegar.

Reconoció a la vecina, la señora Petersen, que iba muy a menudo a tomar café.

—Estarán encantados de haberlo conseguido al fin.

¿Qué habrían conseguido? Estaba feo espiar, pero era tan interesante...

—Ya se imaginará usted, después de tantísimos años.

—¡De haberlo ustedes sabido antes de traerse a John...!

Sonaba como un lamento y el chico se puso en guardia al oír su nombre.

—Bueno —vaciló la madre—, nunca nos hemos arrepentido, es un chico muy dispuesto, y muy listo.

—Sí, provecho le sacan.

Algo en su tono hizo que una punzada de dolor empezase a escarbar en lo más hondo del chico.

—Bueno, señora Petersen, que tampoco es que lo matemos a trabajar.

Además, a él no hay cosa que le haga más feliz que echar una mano.

Mamá se había ofendido y John sintió la tentación de entrar corriendo en la sala y ponerse de su parte. Pero prefirió seguir escuchando cómo lo elogiaba un ratito más.

—No, por supuesto —dijo la otra voz con mucha efusividad—, y sabe Dios qué habría sido de esa pobre criatura sin ustedes, hicieron una auténtica buena acción. ¿Les está muy agradecido? Porque lo sabe,

¿verdad?

—Claro que está agradecido —dijo mamá sin entrar en más detalles mientras John seguía en la puerta, solidario y rebosante de gratitud— y, por supuesto, se lo hemos contado; los niños tarde o temprano acaban enterándose de esas cosas y a mi marido le pareció que era lo mejor.

Se quitó las manoplas y no quiso saber más. El corazón le latía con violencia. Lo que había corrido no bastaba, su gratitud no bastaba. Él no era como los niños de verdad. A él lo habían «recogido». Los remordimientos fueron creciendo en su interior como una sustancia densa y viscosa.

Encendería el fogón antes de que el padre volviese a casa. Prepararía

el biberón para el hermanito y mezclaría una yema de huevo con azúcar para su madre. Se levantaría por la noche cuando llorase el bebé para que mamá se quedase en la cama, haría...

—¡Dios mío, si estabas ahí, John!

La señora Petersen se anudó el pañuelo a la cabeza y le miró con suspicacia, ¿las habría oído? No era tan mono como el bebé, comprobó, estos niños no traen tantas satisfacciones, pero lo cierto es que se pasaba el día bregando como una mula mientras los demás jugaban. Todo el mundo lo decía y estaban escandalizados, aunque en el fondo les parecía lo más razonable.

El chico agachó la cabeza, le asustaba que pudiese cogerlo de la mano.

Las manos de la vecina eran flácidas y siempre olían a fregadero o a cualquier otra asquerosidad. Le recordaban a los animales muertos de la mesa de la cocina, ardillas y ratoncitos que su padre cobraba por matar, y a veces también un corzo de ojos dulces e inertes y patas rígidas, como si no lograse reponerse de la sorpresa de que de repente todo se hubiese ido para siempre. Que te disparen es como dormirte, decía su madre, que en su día también había sentido pena de aquellos animalillos.

Se fue la señora Petersen y el chico se apresuró a entrar en la sala. La madre estaba echada en el sofá con los ojos cerrados, parecía rendida. El bebé dormía en la cuna, junto a la estufa.

—¿A que no he tardado? —preguntó con cautela.

Ella abrió los ojos lentamente.

—Ah, eres tú —dijo—. Hay que ver, qué chico tan dispuesto.

Después volvió a quedarse dormida. Fuera se oyó al padre quitándose los zuecos con estrépito y a los perros corriendo hacia la puerta entre ladridos.

El chico observó a su madre con la boca abierta. Sería aún más dispuesto y correría aún más rápido. Sabía que estaba en deuda con la humanidad, pero la iba pagando a pequeños plazos con sus escasas habilidades. Si no tardase mucho en crecer..., pensó amodorrado por el calor de la sala.

Angustiado, cruzó el recibidor sin hacer ruido por delante de su padre y fue a la cocina. El padre no le saludó, tal vez no le había visto.

—¿Cómo está el niño? —gritó.

—Chist —susurró la madre con suavidad—, está dormido.

El chico empezó a encender el fogón. Los fríos anillos de hierro ardían como fuego contra sus manos entumecidas.

LA TERCA VIDA

La sala de espera estaba atestada de mujeres que no soportaban mirarse a la cara. Tenían la vista clavada en el suelo polvoriento, en las puntas de sus zapatos, en la pared sucia de un color indefinible (¿por qué ese tipo de médicos, que ganan un dineral, atienden siempre en consultas tan cuidadamente sórdidas? Tal vez ni siquiera llevase bata y seguro que tenía las uñas sucias). Iban todas vestidas con tanta modestia y discreción que podrían haber ido a cualquier sitio sin que nadie las mirase. Quizá hubiesen recibido la misma consigna que ella: Ese hombre decide el precio según la vestimenta. Aunque ¿qué le importaban a ella, Alice, las demás? ¿Es que ni siquiera aquí podía renunciar a su manía de reflexionar sobre todo y todos?

No. No acababa de asumir la gravedad de la situación. ¿De verdad era tan grave? En cualquier caso, no más para ella que para cualquiera de las otras.

Detrás de cada una de esas mujeres acechaba la sombra de un hombre; un marido cansado que se desriñonaba por una prole numerosa y tenía unos ingresos que no podrían soportar la carga de otra boca que alimentar; un tipo infiel de pelo engominado que había puesto pies en polvorosa mucho tiempo atrás; una relación pasajera, apresurada, que poco o nada tenía que ver con el amor; un estudiante enamorado, pero demasiado joven, que ahora paseaba de un lado a otro abajo, en la calle, a caballo entre el miedo y la esperanza; un ser despreocupado y superficial que con «agenciarse» la dirección ya había cumplido con su parte en esta desgracia que le había tocado; uno que se había marchado de la ciudad dejando atrás su pesada carga como un objeto perdido; pero en cada caso un hombre, una

borrachera, una experiencia frívola —tal vez la primera— que había salido cara.

Nadie tenía prisa por traspasar el umbral de aquella puerta cerrada que, de cuando en cuando, abría desde dentro una joven para luego, con rapidez y sin mirar a nadie, abandonar la triste sala de espera y, aliviada o no, volver a fundirse con el ruidoso tráfico de la hora punta que discurría al otro lado de las ventanas opacas.

Qué silencioso estaba todo. Alice pensó en Bent. Había algo decididamente cómico en el hecho de tener un hijo suyo y nada heroico en ocultárselo. ¿Un hijo? Un chisme pequeño y todo arrugado envuelto en puntillas celestes observando el mundo con la mirada inconscientemente sabia del recién nacido. Un lazo que une a dos personas que se aman; pero su amor no soportaba lazos. Los dos estuvieron de acuerdo desde el principio. Ya tenía cargas de sobra con una mujer que lo aguantaba todo con tal de que los mantuviese a ella y al niño y siguiera intacta la fachada de bienestar burgués y vida familiar. ¿Por qué iba Alice a irrumpir en aquella situación idílica? Veía su relación con Bent con total claridad y sensatez. Él solo se enamoraba cuando era una cosa fácil y pasajera que acababa pronto.

Y ella había ido estirándolo durante ya casi un año, y como no había habido ningún accidente, se habían vuelto más temerarios. La culpa era sobre todo suya. Uno no va por ahí eternamente pensando que puede romperse una pierna cada vez que cruza la calle. Además, no era propio de ella reprochar a los demás las contrariedades a las que se enfrentaba. Sabía que, de haber sido el cuerpo del hombre el que arrostrase las consecuencias, Bent tampoco habría ido a molestarla con esos temas, igual que no la molestaba con su tedio conyugal, que, por supuesto, no era tan tedioso como él, con mucho tacto, se lo pintaba. Seguro que cuando volvía del trabajo el niño corría a su encuentro y Bent lo cogía en brazos y jugaba con él. Luego besaría a su mujer, feliz con su agradable aire de ama de casa, la mesa bien puesta, el olor a comida que salía de la cocina, y su escritorio, única huella

en su hogar de su espíritu caótico, de la gran agilidad de su cerebro y de esa capacidad de razonar con claridad y frialdad que tanto apreciaba ella. Sin embargo, no eran más que conjeturas. Él rara vez hablaba de esas cosas y ella no era curiosa. Detestaba el clásico «mi mujer no me entiende, bla, bla, bla». Pacientemente, lo había compartido con aquella desconocida a la que no había visto jamás. Quien nada exige es quien más saca. Y con rozarle la frente, borraba por unas horas el recuerdo de su vida lejos de ella. Así retenía su amor y él no hacía daño a ninguna de las dos. A ninguna, precisaba ella, severa, para sus adentros. Por alguna razón le parecía necesario insistir en ello.

Inquieta, volvió la mirada hacia la puerta cerrada y se acobardó un poco.

Una tarea repugnante, pensó, nada de asesinatos ni «sagradas maternidades», clichés que atildados médicos cumplidores de la ley y

ataviados con pulcras batas le habían repetido hasta la saciedad desde detrás de sus pulcros escritorios. Tenía veinticinco años y era dueña de su cuerpo, no de acuerdo con la ley, que le traía sin cuidado, sino porque quería serlo.

Cero sentimentalismos de puntillitas celestes y sonrisas desdentadas. Ya había críos de sobra en el mundo. Y este pequeño parásito le había traído náuseas y malestar y había corrido un velo viscoso y gris sobre todo lo que antes había sido agradable: la primera luz del día colándose por debajo de la persiana; el café que había tenido que cambiar por té, que ahora tampoco le gustaba, y la palpitante añoranza de Bent por las noches, que se había convertido en un cansancio cuajado de bostezos difíciles de disimular.

Además, últimamente solo iba a verla un par de veces a la semana. Como tenía que ser. No la enloquecía la idea de estar con un hombre que se le dormía en brazos justo cuando iban a pasar un buen rato. Aún recordaba su enfado el día que él se presentó con un flemón y la cara tan hinchada que no pudieron salir. Hacía el mismo efecto en el rostro fino y atractivo de su amante que una tripa inflada hasta proporciones grotescas en la cinturita de la que tan orgullosa estaba. Había que salvar su relación de todo lo que un

matrimonio debe aceptar con resignación. Estaría bonito que ahora le llamase con voz de mujer llorosa: ¡Necesito hablar contigo urgentemente!

Para bien o para mal, ella no era una persona fuerte. No podía tratar de convencerlo de que dejase a la mujer y al hijo a causa de este accidente. Le daba miedo herir a alguien y tenía la arraigada convicción de que amor y matrimonio rara vez tienen que ver.

Ya le iba a tocar. Repitió para sí su nombre falso y sus «circunstancias desesperadas». ¿Por qué no quiere tener el niño?, le preguntaría él, hipócrita y por pura formalidad. De antemano, detestaba a esa persona como se siente antipatía hacia un extraño de cuya merced se depende. Como es natural, debía... sí, ¿qué debía hacer en realidad? Se conocía al dedillo. No era una mujer orgullosa y heroica, capaz de ser «una madre soltera independiente»

y pasarse por el arco del triunfo todos los prejuicios. Lo de soltera e independiente tenía un pase, pero lo de madre no. Al menos no de ese modo. ¡Un estorbo para un hombre, una obligación! Siempre había imaginado que un día terminarían sin lágrimas ni tristezas, algo así como un

«gracias por todo este tiempo que hemos pasado juntos». Pero tarde, tarde, mucho más tarde. ¿Las noches sin él? ¿Las luces y fiestas de la ciudad sin él?

Se levantó y se quedó titubeando, con su gabardina sucia, llena de náuseas y nervios, y de algo más que no sabía cómo llamar y en lo que estaba sola, muy sola. Pero ¿acaso no lo había dejado solo a él con su flemón? Las cataplasmas y, ya puestos, también los embarazos formaban parte del matrimonio, y ya que no disfrutaba de sus alegrías, tampoco quería sufrir sus inconvenientes. Bent jamás había hablado de su hijo en su presencia, aunque ella sabía por otras fuentes cuánto lo quería y que, a su manera, era un padre y esposo ejemplar. Pero era una faceta suya que no era asunto de ella (aunque a buen seguro contribuía a mantenerla). Con una chispa diminuta de amargura, pensó en lo agradable que debía de ser volver a un hogar bien organizado tras los abrazos de una querida.

¡Siguiente!

Entró vacilante en la penumbra de la habitación. Esbelta y erguida pero ojerosa, y con el corazón, que debería haber continuado juicioso y frío, desbocado de miedo y rebeldía.

Él apenas la miró. Sentado tras un escritorio parcialmente envuelto en sombras, sin bata, como temía, con gesto indolente la invitó a tomar asiento en una silla vacía. Ella tenía los labios resecos, y por espacio de unos minutos ninguno de los dos habló; el hombre miraba por la ventana mientras daba golpecitos con un lápiz en la mesa. Tenía las cejas juntas y oscuras, pero Alice no era capaz de apartar la vista de sus manos, grandes y peludas, horrorizada ante la perspectiva de que fuesen a tocarla.

Cuando acabó con sus cálculos, el médico soltó el lápiz y se volvió hacia ella. Se mordió el labio inferior con mucha fuerza y por fin le preguntó:

—Bueno, ¿y qué le ocurre?

Alice se humedeció los labios con la lengua y carraspeó.

—Yo... voy a tener un hijo —murmuró, y luego, sin tiempo para pensarlo, añadió—: Lo sabe perfectamente.

Él se quitó las gafas despacio y volvió a mirar hacia la ventana.

—¿Cómo iba yo a saberlo? —preguntó con voz de disco rayado.

La invadió una sensación de desamparo. Le habían dicho que tenía que

«andarse con pies de plomo» y antes de ir lo veía todo muy claro, acertado y natural, pero el aspecto y las maneras de aquel hombre la hacían sentirse culpable, sucia, terrible. No entendía nada. Y, menos aún, su propia respuesta:

—¿No es así como se gana usted la vida?

Acababa de cortar el mísero dedo que le habían tendido. Era algo irreparable, algo cuyas consecuencias era incapaz de prever. La había abandonado el sentido común.

Con la mirada vacía y aire de no comprender, el hombre sacó un pañuelo sucio sin mirarla y empezó a limpiar con brío los cristales de sus gafas.

—No entiendo a qué se refiere —dijo con frialdad.

Entonces las palabras salieron solas, como si siempre hubiesen estado en algún rincón del mundo, esperándola, como si toda la situación estuviese planeada y concebida de antemano —tal vez desde el inicio de su existencia

— y alterarla ahora fuese tan imposible como cambiar el tiempo que haría al día siguiente mediante un conjuro.

Se acomodó mejor en la silla y se alisó el abrigo con las manos, por la zona de la tripa, que no tardaría en hincharse sin misericordia.

—Me refiero —contestó con calma— a que es la primera vez,

¿comprende?, y... y... supongo que habrá que examinarme y todas esas cosas, ¿no?

Él se puso en pie con una agilidad que nadie habría esperado de tan pesado corpachón y Alice creyó adivinar en sus movimientos una especie de fastidio o impaciencia casi cómica cuando lo vio pasar frente a ella en dirección a un cubículo diminuto donde había una camilla con ruedas.

—Si hace el favor de desnudarse, la examinaré. Adelante.

Lo siguió con las rodillas temblorosas, muy derecha y muy pálida. Me hará falta recordar muy a menudo este momento de triunfo, pensó.

Pasados cinco minutos, volvían a estar sentados frente a frente. La miró de reojo por encima de las gafas con una media sonrisa asomándole a los labios. Ella concentró en su mirada todo el desprecio que era capaz de sentir, pero no logró borrar la sonrisa de aquel rostro.

Acto seguido, despacio y con una leve reverencia irónica, él anunció:

—Está usted de casi tres meses; enhorabuena, señora.

Los dos se levantaron y él le tendió la mano. En un arranque infantil, ella fingió no verla, abrió el bolso y sacó el monedero.

—¿Qué le debo?

—Son veinte coronas, por favor.

Le sujetó la puerta mientras salía de la consulta.

—¡Siguiente! —gritó.

Solo cuando estuvo ya en la calle, donde la gente la apartaba con impaciencia para ir a casa a cenar, volvió en sí, y su alma horrorizada se bamboleó como un borracho en busca de apoyo. Recordó algo que había oído decir a Bent: Lo que revela nuestro carácter no son las palabras, sino las acciones que emprendemos más allá de toda razón. ¿Cómo sería el hijo de Bent? Jamás se había parado a pensarlo. Un dolor que nunca había sentido antes la penetraba y la abrasaba. Las acciones que emprendemos...

Paso a paso, con las manos en los bolsillos y el cabello liso al viento, echó a andar hacia su solitario cuarto alquilado.

NOCHE

Hanne tenía solo siete años, pero ya iba por el mundo llena de un miedo grande e informe. Siempre quería estar en cualquier lugar distinto a donde se hallaba en ese instante. Cuando estaba en el cuarto de los niños con su hermanito, apasionadamente enfrascado en sus juegos, escuchaba los pasos de sus padres en el piso inferior y hacía cuanto podía para seguir sus extrañas conversaciones. No hablaban igual cuando estaban solos que cuando ella estaba delante. La voz de mamá se volvía tan dulce y tan suave que al mismo tiempo le hacía cosquillas y daño en la tripa, sobre todo daño, y papá se reía casi todo el rato de lo que ella decía. Pero si Hanne bajaba las escaleras dando saltitos o de puntillas, se quedaban completamente mudos.

Luego mamá decía cosas como: ¿Por qué no sales a jugar, cielo? Y si Hanne se acercaba, no se la sentaba encima ni le contaba cuentos, sino que se ponía un poquito rígida y la niña se sentía incapaz de moverse, con la mirada del padre envolviéndolas a ambas como un abrigo oscuro de miedo.

Luego mamá decía sin mirarla: Sube a jugar con el hermanito, papá está cansado. Pero no era verdad, porque entonces podría haberse echado a descansar, como hacía todo el mundo cuando se cansaba; además, nunca era él quien lo decía. No hablaba mucho con Hanne, y si lo hacía era solo para preguntarle cuánto eran dos por diez o si ya sabía leer, pero no siempre escuchaba lo que ella respondía.

De todas formas, era un papá muy agradable, porque nunca le pegaba ni la regañaba, y ella sabía que iba al trabajo todos los días a ganar dinero para que todos comiesen y tuviesen ropa, y si los abandonaba sería un auténtico

desbarajuste. Eso se lo explicó mamá un día que la oyó decir: Uf, qué tonto es papá, al verlo entrar por la cancela del jardín justo cuando ella y mamá lo estaban pasando en grande las dos solas.

Había muchísimas cosas que daban miedo y con las que había que tener cuidado. Para empezar, por supuesto, había que tener cuidado con el hermanito, que podía ahogarse con la correa o coger unas cerillas y prenderse fuego a sí mismo y a toda la casa. Hanne no se quedaba tranquila hasta que no lo veía dormido por las noches, un miedo menos. Y no es que fuese a sentir mucho que se muriera, pero seguro que mamá se pondría tristísima y se pasaría un montón de días llorando, como cuando el verdadero padre de Hanne los abandonó y todo fue muy triste hasta que llegó uno nuevo.

Cuando tenían visita, mamá siempre contaba muerta de risa la historia de que Hanne iba por ahí corriendo detrás de los limpiacristales y de cualquier hombre que veía para preguntarles si querían casarse con su madre. Hanne no le veía la gracia, porque sin un papá en la casa se morirían de hambre. Y

ella no tenía la menor gana de morirse de hambre y de que la enterrasen sin mantita por encima por las noches. Vale que te convertías en ángel y subías volando con Dios nuestro Señor, pero ¿y si se retrasaba con lo de las alas?

¿Y si había demasiados que morían al mismo tiempo y tenía que hacerlo todo Él solo, como mamá, ahora que ya no podían permitirse

tener criada?

El hermanito dormía y Hanne estaba rascando la pintura azul de los barrotes de la cama. Nunca conciliaba el sueño hasta que no oía subir a mamá y a papá, y a veces hasta que no dejaban de hablar en el dormitorio y estaba segura de que ellos también estaban dormidos y ya no habría ningún cambio en el curso de la noche.

Seguían hablando abajo, en la sala de estar. Sus voces suaves de cuando estaban a solas, acompañadas de las risas de papá y largas pausas entre medias, le daban dolor de cabeza, como cuando el hermanito estrellaba todos los bloques de construcciones contra el suelo de una vez. A lo mejor

se estaban besando, porque eso es lo que hay que hacer si se está casado, pero nunca delante de los niños, que no les conviene. Espera a que estemos solos, no hay que pecar de imprudentes, oyó decir un día a mamá. ¿Pecar, por qué? Los pecados eran algo que tenía que ver con Dios y con la oración que se rezaba por las noches.

Hanne se dio media vuelta y se quedó boca arriba con las manos juntas encima del edredón. Así estaba Dios en la habitación, pero no se le veía aunque encendieras la luz. Lo imaginaba muy parecido a su verdadero padre, que era el hombre más grande y más fuerte del mundo entero. Cerró los ojos y susurró la mejor de todas las oraciones: *Ángel de la guarda, dulce compañía,*

no me des más padres ni de noche ni de día,

no me dejes sola, que me perdería.

Luego suspiró, soñolienta y liberada, hasta que los pensamientos volvieron a asaltarla como pájaros hambrientos en un macizo de flores de primavera.

Ojalá subieran pronto. A Hanne empezaban a escocerle los ojos.

Faltaban dos días para el domingo, el día que iba a casa de su papá verdadero y de su nueva mujer, que era mucho más guapa que mamá, pero aun así era asquerosa. Gracias a Dios, papá no la quería en serio, porque no tenían hijos, que solo nacen cuando la gente se quiere tanto como mamá quería a su nuevo padre cuando trajeron al hermanito. Por suerte ya se les había pasado, porque después no habían tenido más niños que pudieran ahogarse con la correa o pegar fuego a la casa. Lo de querer no era algo que dependiera de uno. Venía y luego pasaba, igual que la tosferina. Pero no servía de nada que quisiera solo

uno de los dos, y eso estaba muy bien, porque Hanne quería mucho a su profesora de matemáticas, a su papá de verdad y también, claro, a mamá, y de los tres solamente estaba segura de que su padre la correspondía, y con él, que era viejísimo, no podría casarse

cuando creciera y le salieran los pechos y lo demás, y sin eso no te podías casar. Le habría gustado ser tan mayor como la nueva mujer de papá, a la que tenía que llamar mamá Grete cuando vivía con ellos. Pero papá la llamaba Grete a secas. Uf, qué tonta era. Y qué de vestidos bonitos tenía, muchos más que mamá. No te preocupes por eso, decía mamá, los que piensan todo el día en arreglarse son unos tontos. ¡Y pensar que a papá, que era tan listo, le gustaba besuquear y hacer carantoñas a una mujer tan estúpida! Aunque tenía esos rizos tan largos y los ojos siempre húmedos, como si hubiese llorado. Y siempre riéndose de todo, hasta cuando Hanne se portaba mal adrede. La última vez que fue a verlos, llevaba puesto un vestido de seda largo sin nada por arriba y había empezado a dar vueltas delante de Hanne diciendo: ¿No crees que estoy guapísima? Hanne recurrió a un chiste del precario repertorio que había adquirido en el colegio: ¡Sí, a oscuras y por detrás! Sin embargo, a los dos les dio tal ataque de risa que ella se echó a llorar y tuvo que buscar consuelo en el regazo de su padre, como un bebé, y siguió hasta que mamá Grete dejó de reírse. ¡Pues que la zurcieran!

La niña se sorbió los mocos, sacó el pañuelo de debajo de la almohada, se sonó la nariz y luego la aplastó hacia arriba, cosa que le habían prohibido hacer si no quería acabar teniendo unos agujeros tan grandes que se llenarían de lluvia y no podría respirar. Al cuerno, dijo en voz alta, como cuando se daba un golpe y no quería llorar. Y se refería a un montón de cosas. ¡Valía para tantas! Al cuerno mamá Grete, al cuerno el hermanito si se ahoga, y al cuerno el nuevo papá que no nos tiene que abandonar. Y al cuerno si nos abandona, y al cuerno si tienen otro...

De pronto se sentó en la cama con el corazón latiéndole como un loco.

Había otra voz en la sala. Una voz fuerte, alegre, cariñosa y familiar que hablaba igual cuando estabas delante que cuando no estabas. No podía ser verdad. ¿Qué iba a hacer allí? Escuchó. Pues sí, era él. Había venido a echar al nuevo papá y a casarse de nuevo con mamá. Seguro que mamá Grete se

había muerto y ahora mamá heredaría sus preciosos vestidos. La recorrió una oleada de felicidad. Bajó de la cama de un salto, se recogió las faldas del camisón y corrió escaleras abajo. ¡Papá!, chilló.

Y, cegada por la luz y sin ver a nadie que no fuera él, se abalanzó sobre la alta figura y se dejó engullir por su aroma y por todo su ser en un celestial abrazo que le hizo olvidar el resto del mundo. Pasados unos instantes pestañeó y observó a su padre y a su madre, que poco a poco fueron dibujándose como dos muñecos rígidos y distantes, ajenos a ella.

—Tu padre quiere que vayas con él ahora —anunció la madre con un temblorcillo desconocido en la voz—, sube a vestirte, Hanne, pero procura no despertar al hermanito.

Había tres tazas de café sobre la mesa y la sala parecía más pequeña de lo habitual.

Papá se incorporó sin apartar la mano de la nuca de la niña. Ella introdujo el dedo en uno de sus ojales y le dio vueltas. Le ardía el cuerpo como si se acabara de bañar.

—¿No vas a quedarte aquí, papá? —susurró asustada, levantando la vista hacia sus grandes ojos brillantes.

Entonces el nuevo padre se levantó y apartó la silla de un empujón.

—¿Y esto no podía esperar hasta mañana? —preguntó con una vocecilla cortante—, no me parecen formas, sacar a la niña de la cama a estas horas de la noche.

Papá no contestó, solo se agachó de nuevo y la atrajo con fuerza hacia su cuerpo.

—¿No quieres venir de viaje con mamá Grete y conmigo? —preguntó

—. Está esperando en el coche.

Entonces Hanne se quedó tan rígida como su madre.

—¿Es que no se ha muerto? —preguntó con la boca seca.

—¡Pero Hanne! —exclamó mamá—. ¿Qué manera de hablar es esa? No hace falta que vayas si no quieres.

Papá la soltó con tanta brusquedad como si quemase. Por un momento se quedó sola sin saber qué hacer con las manos ni con los ojos. Entonces el nuevo papá la cogió de la mano y empezó a subir las escaleras con ella. El silencio a sus espaldas era tan doloroso como aquel contacto rudo y desacostumbrado. No lloraría hasta no estar en

la cama, no, no lloraría, no se iría a la cama. Se iría de viaje, sentada en las rodillas de papá todo el camino.

—¡Suéltame! —gritó retorciendo la mano hasta liberarla de la de aquel hombre.

Volvió corriendo hacia aquella luz hiriente donde se había quedado mamá, dando mucha pena, y donde irremediablemente sobraba un padre.

Algo despiadado, un miedo que no había sentido nunca le impedía acudir en busca del refugio más seguro que conocía. Se quedó cabizbaja frente a su padre, que se había puesto el sombrero como si ya no tuviese nada que hacer allí. Muerta de frío, encogió los hombros menudos y se pisó con fuerza un pie con el otro mientras lanzaba miradas interrogantes y desvalidas a su madre, que a su vez observaba al hombre que estaba en el rellano con ojos angustiados y suplicantes, como si fuese ella quien había dicho algo inconveniente.

Él bajó con paso firme y veloz.

—Acabemos de una vez con todo esto —dijo sin más—, ¿quieres ir o no, Hanne?

Ella bajó la vista hacia los zapatos de su padre. Detrás de la frente sentía arder la confusión, la vergüenza y la rebeldía. Dio el difícil paso que la separaba de él, pero él no la tocó. La ropa le olía a cosas lejanas, perdidas.

Podía ir todo el camino durmiendo con la nariz enterrada en ese olor, de espaldas a mamá Grete.

—Yo... sí quiero ir —suplicó sumisa y vencida.

Cuando la niña subió a vestirse, tres personas siguieron con la mirada su figurita solitaria. Ninguna de las tres podía ayudarla y no se atrevían a

mirarse.

DEPRESIÓN

Lulu sumergió los platos sucios unos sobre otros en el agua casi hirviendo hasta que ramas de perejil y hojas flácidas de lechuga y rábano se despegaron y quedaron flotando en un revoltijo triste y grasiento que observó unos segundos antes de decidirse a hundir las

manos en él y volver a sacar la vajilla. Primero los platos, después tenedores, cuchillos y vasos.

Empleó un montón de agua. Detrás de ella cocía en seco el hervidor abollado, porque siempre se olvidaba de llenarlo.

Escuchó el ruido y las risas que salían de la sala. La velada estaba siendo un éxito y sabía que el hecho de que ella, la anfitriona, hubiese salido corriendo a fregar los cacharros en plena animación aguaba un poco la fiesta. Pero en esos momentos no soportaba la idea de levantarse por la mañana y encontrarse la cocina hecha un desastre. Kai tendría que aguantarse. Oía su voz entre las demás, apresurada, nerviosa, eufórica.

Estaba bebiendo y fumando como un poseso y si ella no estaba delante, no se acordaba de ofrecer nada a los invitados.

Sería maravilloso que hubiese superado por fin la depresión, que dio comienzo en el instante en que supieron con certeza que ella estaba embarazada por segunda vez en su matrimonio. El pequeño Bent solo tenía año y medio. Había sido un accidente, claro, pero a Lulu tampoco le parecía el fin del mundo. Y menos para él. Al fin y al cabo, era ella la que cargaba con la mayor parte del peso. Pero, como Kai decía, era una mujer tan sana y equilibrada... Porque las náuseas, la fatiga y todo lo demás pasarían pronto,

pero la carga económica sería para Kai (o más bien para sus padres), y esa no acabaría al nacer el niño, como la suya.

Faltaba un año para que él terminase la carrera, pero llevaba tres meses tumbado en el diván todo el santo día sin dormir y sin moverse. Si Lulu pasaba de puntillas por la sala, él le lanzaba una mirada triste y atormentada que la llenaba de remordimientos, porque jamás sabía cuándo tocaba echarse a su lado y acariciarle la frente y cuándo lo molestaba.

Kai iba al psicoanalista, aunque ella no veía que sirviera de gran cosa. Al contrario, les costaba un dineral, y aquel desconocido (el analista) al que no había visto en su vida despertaba en ella muchas dudas y algo muy parecido a los celos. Había propuesto que lo ingresaran, pero Kai se negaba por sus padres, que vivían en Jutlandia, en su casa parroquial, y los mantenían; por nada en el mundo había que inquietarlos con malas noticias de Copenhague.

Era su único hijo y querían ver los resultados de sus inversiones en forma de flamante hijo médico.

Cada vez que Kai iba a psicoanalizarse, se mostraba muy hostil con ella y con Bent y más irritable de lo habitual. De no haber sabido cómo estaban las cosas, Lulu habría creído que venía de ver a otra mujer. A veces habría deseado que fuese algo así. Eso al menos era algo palpable, una batalla que perder o que ganar. Así, en cambio, era como tener un enemigo poderoso e invisible que poco a poco le iba minando las fuerzas, aunque no podía permitirse ver las cosas de ese modo. De vez en cuando Kai intentaba hablarlo con ella. Es importante tener una persona en la vida que entienda perfectamente las reacciones de uno, le explicaba.

Durante la primera depresión, él mismo había empezado a estudiar los

«mecanismos mentales» y cosas por el estilo, y cuando se reanimaba un poco, se rodeaba solo de personas que de alguna forma estaban implicadas en esos asuntos. Querían sacarse un título (ella desconocía el nombre de la carrera) o ya lo tenían. A menudo (en realidad casi única y exclusivamente) hablaban con gesto ofendido de la desconfianza que inspiraban a los

médicos e instaban a Kai a «hacer algo por la causa» en su calidad de estudiante de Medicina. Tenía la vaga sensación de que pretendían seducirlo para algo misterioso de lo que ella jamás podría formar parte, pues, de acuerdo con su «doctrina», no podía ni entenderle ni ayudarle por ser demasiado cercana a él. Pero cuando el humor le cambiaba y de pronto quería «ver gente a su alrededor», se volvía un hombre de alegría desbordante y muy considerado. Has estado formidable, sin ti no habría sido capaz de superarlo, decía.

Lulu se sentó un momento en la encimera de la cocina y se apartó el pelo de la frente con gesto cansado. La voz de Kai llegaba desde la sala: La diferencia esencial entre una depresión y una neurosis...

Bajó de la encimera y empezó a colocar las cosas con brusquedad, haciendo más ruido del necesario. Siempre hablaban de lo mismo.

¡Psicoanálisis, represión, hipnosis, depresión, neurosis, manías! A veces se sentía hasta culpable por tener una vida interior tan anodina, y en ese círculo encontraba un poco insatisfactorio el hecho de ser capaz de aferrarse a las pequeñas necesidades que formaban el trasfondo de su existencia en medio de un mundo enloquecido y devastado por la guerra. Pero era una mujer normal, y para eso no había cura, por más que Kai a veces insistiera en que estaba llena de inhibiciones y de complejos que sencillamente se negaba a ver. Con el mundo en que vivimos hoy en día, sorprende más que la gente sea

capaz de mantener su propio ego de una pieza que el que se rinda, decía. La miraba con un asombro frío en los ojos, como se mira a un gatito que juguetea entre un montón de escombros humeantes. Lulu se preguntaba cómo llevaría su marido que un día «se rindiera» ella.

Se quitó el delantal y fue al cuarto de baño a arreglarse un poco antes de volver con los demás. A saber si se irían antes de medianoche. A pesar de los somníferos y los sedantes, Kai dormía fatal, aunque a veces daba igual que no durmiese. La despertaba temprano con una alegría y un dinamismo infantiles, la besaba con cariño, jugaba con Bent y hacía los planes más

locos para el futuro. Ella se había habituado a oírlos como quien oye el balbuceo torpe y frenético de los niños. Tendrían un chalé, o una casita en el campo con los postigos azules y el tejado de paja, y por lo menos un cachorro; se podía aprender mucho de los animales: volverlos neuróticos, crearles reflejos condicionados y demás. Era un error encerrarse así entre cuatro paredes y no ver jamás a nadie. No era sano para ella, ahora que...

Así había amanecido esa mañana y se había lanzado a hacer invitaciones por teléfono a diestro y siniestro. Se había pasado el día ayudándola con los preparativos para la fiesta. Habían comprado a cuenta, siempre lo pagaban todo en el último momento. Lulu tuvo que ir dando un rodeo para esquivar las tiendas donde ya debían dinero. A Kai no le incomodaba tener deudas, él, que para otras cosas era tan mirado. En cambio, para ella era una auténtica tortura. Invitar a gente y atiborrarla de una comida y un vino que estaban sin pagar le quitaba la mitad de la alegría. Y había estado muy alegre casi todo el día, porque Kai también lo estaba. Abriendo latas, atemperando el vino y aconsejándole las especias y las guarniciones que llenarían de vida la mesa.

En plenos preparativos, se sentó a Bent en las rodillas y le hizo diversas pruebas para determinar su cociente intelectual. Esta vez el niño tenía un buen día y lo celebraba después de cada acierto: ¡Papá contento!, gritaba, y Kai, conmovido y pensativo, volvió a dejarlo en el corralito: Es terrible que el hecho de estar así acabe afectando a otros, dijo. Con una mirada llena de ternura, ella le puso las manos alrededor de la cara fina y delgada, que ya llevaba la huella indeleble de ese secreto dolor interno que ella no podía curarle. Los días como hoy nos compensan a los tres de todo este periodo tan triste y tan largo, dijo con suavidad.

Pero era complicado estar siempre a su nivel. Kai sacó un libro de la

estantería y le leyó en voz alta mientras ella manipulaba un puchero de huevos revueltos. Uno de sus manuales lleno de subrayados en color rojo.

Por su tono de voz ella adivinaba cuándo había que sonreír o asentir con

cara de estar entendiendo. Se sentía como una idiota. Aquellas palabras no le decían nada, ella lo único que oía era el ardor y el entusiasmo que había en su voz, y mientras tanto pensaba en un millón de cosas: ¿cómo hacer sitio en la mesa para nueve personas? Faltaban dos copas y una estaba mellada, podía quedársela ella. En el diván, con un poco de buena voluntad, cabían tres.

Kai volvió a coger al niño, quería probar una cosa con unos dibujos que había en el libro. Una cabeza fea y una cabeza bonita.

—¿Cuál de estas dos cabezas te parece fea y cuál te parece bonita?

Ella esperó el resultado llena de angustia. La figura menuda y encorvada de Kai apareció en la puerta de la cocina; traía el ceño fruncido.

—No lo entiendo, un niño de dos años debería ser capaz, ¡y Bent, que tiene tanto talento! A lo mejor esa prueba es defectuosa —dijo.

Pero al cabo de un rato ya se le había olvidado y bajaba dando saltos a comprar un manojo de apio. ¡Cómo iban a servir queso sin apio!

Aún no habían llegado los invitados y ella era incapaz de disimular el cansancio. El vapor de la cocina le había aplastado el peinado, su único vestido medianamente decente le apretaba en la cintura. Las chicas frescas de maquillaje perfecto (las chicas de ese grupo jamás se enfrascaban en sus estudios hasta el punto de comprometer con ello su buen aspecto) a quienes abrió la puerta la hicieron sentirse fea y desmañada. Cuando por fin estuvieron todos, se pasaron una hora fumando y parloteando, y cada vez que Lulu salía, Kai le gritaba:

—¿Adónde vas ahora? Siéntate un rato tranquila con los demás.

—Cuando tú no estás delante va la pobre como pollo sin cabeza —dijo una de las chicas mirando a Kai con ojos claros y radiantes.

Él estaba irreconocible. Camisa blanca planchada en el último momento y ese raro destello de humor en la mirada que Lulu solamente recordaba haberle visto durante el noviazgo. Ese que ya

jamás malgastaba con ella.

¿Por qué no? La quería, dependía de ella, pero también le gustaba la admiración de los demás. Era como un niño vanidoso, un niño difícil.

Cuando regresó a la sala, la luz la hizo parpadear y sus ojos buscaron los de Kai. Ahora estaba en la cresta de la ola, feliz, era el centro de atención de todo el mundo. Hablaba sin descanso, sus finos dedos trazaban curvas en el aire cuando quería explicar algo. Las botellas y las copas estaban vacías. El mantel, manchado de vino y salsa; el aire, cargado y denso de humo. Lulu se sentó sin que nadie pareciera percatarse de ello, al menos no apartaron la vista de Kai, ni ellos ni ellas. De repente sintió una necesidad casi irresistible de cerrar los ojos y dormir. Una joven morena a la que conocía del verano anterior, cuando se reunían en su casa una vez a la semana a estudiar psicología, le sonrió y le hizo un sitio en el diván.

—Se te ve cansada, Lulu —le dijo afable.

Pero Lulu, asustada, se irguió en la silla y sonrió sin mirar a ningún punto en particular.

—Qué va, no estoy cansada —se apresuró a decir; y añadió—: ¿No es estupendo que Kai esté tan recuperado?

Los dos la miraron. Entonces la joven dijo con una voz arrebatada de ardor:

—Tiene mucho más talento que todos nosotros juntos, sería una lástima que no pudiese explotarlo al máximo.

Lulu no contestó. ¿Tendría ella la culpa de que no explotase al máximo todo aquel talento? ¿Lo habría arrastrado con su cuerpo amante y demasiado fecundo hasta sumirlo en el tedio de lo cotidiano? Se suponía que el psicoanalista iba a liberarlo del sentimiento de culpa, pero a ella

¿quién la liberaba? Seguía mirando a su marido. Aquel cuerpo delgado, armonioso, los ojos ardientes, las palabras que fluían entre la hermosa curva de sus labios. Sí, qué feliz está, se dijo, esta gente lo idolatra, no me necesita. Y cuando se marchen, pensó de repente, me tendrá despierta el resto de la noche hablándome de la fiesta y yo tendré que decir, sí o sí, que

sus amigos son los seres más fabulosos del mundo... todo lo que a él le importa también tiene que gustarme, aunque luego me digan que no

doy la talla... y el niño que llevo dentro solamente es cosa mía. Si llega a mencionarlo es solo como un gasto extra, la cuenta del carnicero, un acreedor insistente.

Todo el mundo habla a su alrededor, por encima de su cabeza, y toda esta amargura se derrama en su interior sin que pueda represarla y le embota los sentidos como un vapor venenoso. No lo entiende, nunca se ha sentido así.

Ella, que siempre está dispuesta a disculparlo, que lleva meses protegiéndolo del resto del mundo. Que ha mantenido a raya a su familia y a sus amigas con todo tipo de pretextos, despachado a los amigos que llamaban a su puerta con comprensión infinita: Otra vez deprimido, madre mía, ¡lo que tiene que luchar este hombre! Hasta a Bent ha traicionado si molestaba: ¡Papá necesita tranquilidad!

Había imaginado algo muy distinto cuando se casaron. No tiene muy claro el qué. Los presentó una amiga: Esta noche viene un chico inteligentísimo y de un guapo que quita el hipo, ¡lo tienes que conocer!

El «chico de un guapo que quita el hipo» estaba de vuelta. Hablando con un joven pálido que a Lulu no le hacía ninguna gracia, porque siempre insistía en preguntarle si «estaba bien», y después de una respuesta afirmativa se alejaba de ella con gesto escéptico y resabido, como si —de acuerdo con su terminología— nadie pudiese ir por ahí y «estar bien», y de ser realmente el caso, al susodicho no le interesara ni lo más mínimo. Él, por su parte, tenía cara de padecer trastornos digestivos crónicos; Kai le estaba hablando con mucho fervor, inclinado hacia delante y con los cinco sentidos puestos en él, como los niños siempre se abstraen en lo que tienen a mano en ese momento.

—Los psiquiatras se niegan a reconocer el método analítico, pero acabarán haciéndolo, no te quepa duda. No hay uno solo de ellos que entienda un pepino de su profesión —decía.

La amargura de Lulu se concentró hasta formar un nódulo duro en el lugar que solía ocupar el corazón. Se levantó de repente, muy pálida y sin mirar a ninguno de los presentes.

—¿Os importa si me acuesto? Estoy cansada —dijo con voz alta y clara.

Se hizo un silencio total en la sala. Kai la miró por fin con una expresión furiosa, fría, molesta y algo confusa.

—¿Que estás cansada? —preguntó como si fuese algo inapropiado, inaudito, casi indecente.

Luego frunció el ceño y se pasó la mano por el pelo con aire indeciso, como si buscase ayuda contra una injusticia que se había abatido sobre él sin previo aviso. Los hombres miraron a las chicas, las chicas a los hombres. Entre ellos surgió una suerte de masonería que dejó a Lulu totalmente al margen, pero ella se mantuvo firme y sin pestañear mientras los invitados se levantaban y se despedían.

Cuando se cerró la puerta al salir el último, Kai se volvió hacia ella hecho una furia:

—Pero ¿qué coño te has creído? ¿Es que no tienes la más mínima educación? —gritó.

Parecía a punto de emprenderla a golpes con ella. Entonces vio que Lulu tenía el rostro bañado en llanto y que las lágrimas le caían lentamente de las pestañas. La contempló con una mirada llena de asombro. Nunca la había visto llorar. La rodeó con los brazos con timidez y la llevó hasta el diván, donde ella se acurrucó contra su cuerpo temblando de disgusto y de cansancio como un animalillo en busca de protección. Él fue a buscar el edredón y se lo echó por encima. Luego se quedó allí mirándola, larguirucho y encorvado como un chiquillo. El brillo de sus ojos se había apagado, la fiesta había terminado. En la calle empezaban a cantar los pájaros. Se arrodilló a acariciarle el pelo con suavidad. Ella le cogió la mano, se la llevó a la mejilla y le lanzó una mirada interrogante y desvalida, pero él retiró la mano con suavidad.

—Somos dos desdichados —dijo en voz baja, más para sí mismo que a ella.

FELICIDAD PERVERSA

EL PUÑAL

Observaba a su mujer, que aún dormía, con gesto grave e intenso, como si representase un problema matemático que debía resolver antes de poder ocuparse de otras cosas. Siempre sentía por ella cierta ternura justo antes de despertarla por las mañanas. Se le pasaba enseguida y ella rara vez advertía nada. Oía al niño moverse en el cuarto de juegos procurando no hacer ruido, tosiendo, hablando solo. Tenía terminantemente prohibido despertar a sus padres.

Se volvió hacia la pared y dijo a gritos:

—¡Vamos, Ester, son las ocho!

Ese era su saludo habitual de la mañana. Uno de los deberes que, por razones desconocidas, se había impuesto era adoptar una actitud fría y levemente acusatoria frente a su familia, para así, cabía suponer, expresar su postura ante la vida en general y reforzar su visión de sí mismo como un hombre eminentemente racional que desdeñaba cualquier sentimentalismo.

No tenía un retrato de su mujer en la mesa del despacho y no iba por ahí enseñando a todas horas pequeñas fotografías de su vástago, como hacían sus colegas. A cambio, los llevaba a ambos casi siempre en el pensamiento, aunque no sabía explicar la naturaleza de su relación con ellos y también le costaba separar a uno de otro. Eran como sombras en su interior, fantasías de las que no lograba desembarazarse, productos de una debilidad que debía intentar vencer con todas sus fuerzas. Suponían un obstáculo a sus planes y venían a distraerlo e irritarlo justo en momentos en que necesitaba todas sus energías. A menudo pensaba: Mi vida habría sido muy distinta de no existir

ellos. Aún estaba estudiando cuando conoció a Ester. No sabía a ciencia cierta si se habría casado con ella de no haber sido necesario de repente. Esa era una pregunta que se repetía varias veces al día sin hallar jamás respuesta ni tratar de averiguar de qué podría valerle dicha respuesta, en vista de la situación. Pero le desagradaba la idea de que su vida estuviese en manos del azar. Cosas y personas eran algo a lo que uno recurría cuando servían para un propósito muy concreto. Se las usaba para algo, porque, en caso contrario, el utilizado acababa siendo uno.

Se incorporó en la cama y contempló en silencio a su mujer, que se peinaba en combinación frente al tocador, tan insensible a su propia semidesnudez como si ya llevaran casados más de veinticinco años. Le sonrió desde el espejo insegura, culpable; una actitud derivada de manera natural de la de él, pero que no por eso le molestaba menos.

—¿Por qué diantres no te vistes como Dios manda antes de peinarte? —

preguntó malhumorado.

Ella se apresuró a levantarse sin responderle y fue a ver al niño.

—Buenos días, mi vida —dijo hablándole en un tono que resultaba más adecuado para un bebé.

Estaba echando a perder a ese niño. Con sus mimos maternales lo estaba dejando sin una gota de independencia en el cuerpo, pero ya les enseñaría él a esos dos... y no acababa de tomar forma lo que les iba a «enseñar». Tras consultar el reloj, se levantó de un brinco y estornudó cinco o seis veces seguidas antes de empezar a ponerse la ropa. Lo aquejaba un catarro matinal que nada tenía que ver con un auténtico resfriado. Algo nervioso, según el médico. Antes de casarse nunca había tenido un solo problema de salud.

Desde el cuarto de baño la oía trajinar por la cocina. Estaba llenando el hervidor de agua. Se pasó con cuidado la navaja de afeitar por la nuez tensa.

El niño estaba tan callado que llamaba la atención. ¿Se habría vuelto a acostar? Normalmente iba pegado a las faldas de su madre, parloteando

como un loco a esas horas de la mañana. Era interesante oír lo que decían los niños cuando no sabían que había alguien escuchando. Asombrado, comprobó que casi echaba de menos ese parloteo. A todo se acostumbra uno en esta vida, pensó distraído.

Cuando entró en el comedor, la encontró sirviéndole las gachas de avena al niño. Ella le lanzó una mirada fugaz.

—Enseguida traigo el café —dijo.

Él asintió, se sentó frente a su hijo y lo estudió atentamente. El niño esquivó su mirada y comenzó a agitarse inquieto en la silla.

Algo habrá hecho, pensó el padre.

De pronto lo asaltó una sospecha y su semblante adquirió la expresión de quien tiene un sabor amargo en la boca.

—Enséñale a papá tu puñal —dijo con suavidad.

El puñal había sido un regalo de Navidad. Desde entonces, el padre le pedía que se lo mostrara a intervalos regulares. El niño no cuidaba bien de sus cosas y cuando perdía un juguete la madre trataba de reemplazarlo como podía por otro similar, para evitar problemas. Una maniobra egoísta, corta de miras y, además, bastante inútil, pues por lo general el engaño acababa descubriéndose. Salvo en algunos casos dudosos, que incluían un revólver de vaquero, una correa para la frente con plumas indias y un rompecabezas de plástico, siempre había conseguido destapar sus mañas con un cien por cien de acierto.

Tampoco había que romperse mucho la cabeza para distinguir una cosa nueva de otra usada. Los tres casos mencionados los había dejado pasar. Tenía un elevado sentido de la justicia y prefería arriesgarse a creer una mentira que acusar a alguien de algo de lo que no era culpable.

Pero esto del puñal era algo muy distinto. A él se lo había regalado su padre a los seis años de edad, y al entregárselo a su hijo la pasada Nochebuena le inculcó que ser su dueño llevaba aparejados ciertos deberes muy especiales. Era, al contrario que todo lo que el niño había tenido hasta

aquel momento, irreemplazable. Cuando le pidió que lo mirara bien, contemplaron los tres la hoja cincelada y la vaina pulida por el uso con la devoción que conllevaba saber que para aquel hombre estaba vinculado a recuerdos muy valiosos. Les explicó que de niño siempre lo llevaba en su cinturón de explorador, y que eso le hacía sentirse muy superior a los demás niños, que no tenían un puñal como ese. Madre e hijo sabían que de todos los regalos que había recibido a lo largo de su vida —que, por cierto, no eran muchos; los niños no estaban tan consentidos por aquel entonces—, ninguno lo había hecho tan feliz como aquel. Y ahora él se lo había entregado a su hijo, que acababa de cumplir cinco años, y para poder hacerlo había tenido que cuidarlo durante toda su vida. Al menos así lo veía ahora.

El pequeño enrojeció y lo miró horrorizado. Sus grandes ojos se llenaron de lágrimas de angustia.

—Se... se ha perdido —susurró.

Apretó la cuchara hasta que los pequeños nudillos se pusieron blancos.

La madre sirvió café en la taza del marido. Le temblaba la mano.

—Seguro que lo encontramos —se apresuró a decir.

Él se echó azúcar y nata y removió el café mientras ella, de pie a su lado, se estrujaba el delantal con nerviosismo entre los dedos. Levantó la vista hacia ella con los labios apretados.

—O sea, que lo sabías —dijo con frialdad—, ¿y cuánto tiempo creías que tardaría en descubrirlo?

El corazón le latía con mucha fuerza de pura furia. Esto es lo último, pensó.

Ella se sentó al lado del niño, que seguía sin comer, aferrado a la cuchara.

—Se perdió ayer —dijo con la mirada fija en el mantel—. Pensé que lo encontraríamos, no sería la primera vez. Anda, mi vida, desayuna.

Le dio unas palmaditas en la cabeza al pequeño.

El padre fue a la entrada a buscar su abrigo.

—Os aconsejo que deis con él antes de esta noche —dijo.

Luego se marchó sin decir adiós.

Pasó todo el día sin pensar en otra cosa que el puñal perdido. Era muy pequeño e iba por un sendero impenetrable del bosque que había detrás de la casa de sus padres. El puñal relucía en el aire frente a él, el sol lanzaba destellos sobre la hoja. Lo usaba para cortar mimbre. Embriagado de poder, decidía qué ramitas se salvaban y cuáles caían bajo su filo. Cortaba algunas flojas y endebles que no servían para nada y en el último segundo decidía dejar con vida una rama fuerte y recia. Las ramas de mimbre eran enemigos de un ejército vencido que él cortaba, autoritario, a su capricho. Lleno de orgullo, le mostró su tesoro a otro niño y le dejó sopesarlo. El niño se lo devolvió, mirándole como si no viese nada de especial. El cielo se cubrió de grandes nubarrones. Los demás no entendían que estaba llamado a hacer algo triunfal e ilustre. El peso del puñal contra la cadera le hacía sentirse fuerte y solitario en el paisaje desierto. Lo habían comprado en Finlandia.

Su padre lo había traído de un viaje de negocios. No había un solo puñal como ese en toda Dinamarca. Jugaba al «robaterrenos» con sus compañeros y clavaba el puñal en la tierra con tanta furia como si fuese el corazón de su peor enemigo. La hoja quedaba de pie, vibrando con una nota cantarina apenas audible. Luego dibujaba un círculo a sus pies. «Al que cruce esta raya lo mato», gritaba. Nadie lo intentaba. Charlaban amigablemente al otro lado y lo dejaban a él dentro de su círculo, blandiendo el puñal. No le gustaban sus juegos y ellos no entendían los de él. Ya antes de ir a la escuela había empezado a cogerle el gusto a la soledad. Le parecía una señal de que era distinto a los demás, un elegido por el destino para llegar lejos. Hablaba en alto consigo mismo de camino a la escuela cuando no había nadie por los alrededores. Era general y conferenciaba con soberanos

enemigos. Con astucia y disimulo componía sus palabras, sacadas de las novelas de Carit Etlar e Ingemann. Aprendió mucha historia universal.

Durante largo tiempo, su gran héroe fue Napoleón. Lo imaginaba muy

parecido a su padre, que era un hombre callado y estricto de carácter imprevisible y enigmático. La madre hablaba sin parar y de una forma embrollada. De repente, al ver al padre, enmudecía. Jamás discutían. Aun así, había un secreto entre ellos. Él tenía la sensación de que de un modo misterioso eran adversarios y tomó partido por el padre. Por las noches se sentaba entre los dos a contemplar su puñal. No era un juguete, sino un arma creada para ser usada cuando llegase el momento. Los marineros finlandeses siempre llevaban puñales de ese estilo.

Se ocupó de su trabajo como siempre y dio instrucciones a las secretarias.

Se apoderó de él una euforia extraña y oscura. Había llegado el momento de pasar a la acción de una forma decisiva, radical. No iba a permitir que ella echara a perder a su hijo. Imaginó su carita asustada y sintió el roce de algo parecido a la compasión, algo que rechazaba. El puñal fue abriendo un camino invisible a través de sus pensamientos y cortó de cuajo toda la debilidad superflua y perniciosa. Él sería la fuerza en la crianza del niño, la seriedad, la responsabilidad. Pero siempre iba corriendo a refugiarse entre las faldas de su madre. De seguir así las cosas, le iría muy mal en la vida.

Sus rasgos eran tan blandos como los de ella.

Apretó los labios y frunció el ceño. Yo se lo he advertido, pensó. Ya he aguantado más que suficiente. A medida que avanzaba el día, sentía que algo se iba liberando en su interior, algo que llevaba tiempo acumulándose en su mente hasta convertirse en una carga insoportable. Habían creado un mundo dejándole al margen a pesar de que ellos existían únicamente gracias a él. Le temían y se apartaban de su camino. Ya les enseñaría él esa noche quién era el más fuerte. El único en el mundo capaz de proteger a su hijo en

condiciones. Perder el puñal había sido la gota que colmaba el vaso. Tenía la vaga idea de haberlo visto venir al regalárselo al niño. Lo perdía todo. No valoraba nada de lo que le compraban. ¿Y quién ganaba allí el dinero? En una imagen borrosa, se vio a sí mismo, ya viejo, con un hijo fracasado y veleidoso cuyos excesos y deudas de juego tenía que sufragar él. Y su mujer mariposeaba alrededor del rufián, lo defendía, intentaba ocultar sus malos pasos, distante y abrumada por la culpa, perdida en su maternidad, desaparecida para

cualquiera que no fuese su hijo. No podían llegar a esos extremos. Él era un hombre fuerte y eminentemente racional que no dejaba las cosas en manos del azar. Él era el que utilizaba. Estaba dispuesto a aprovechar todas las oportunidades que se presentaran, hacer relaciones y saltarse sin el menor escrúpulo a gente con más antigüedad que él. Pero para ascender era necesario tener una vida privada sin mácula.

Volvieron a su mente viejos planes que llevaban largo tiempo enmoheciéndose. Planes en cuya viabilidad ahora volvía a creer.

Acababa la jornada cuando empezó a silbar en su despacho. A través de la puerta de cristal vio cómo las secretarias se volvían asombradas. No era habitual ver a su estricto jefe de tan buen humor.

En el autobús, de camino a casa, se acercaba a su familia como quien va hacia un destino inevitable. Jamás había tenido una discusión en serio con Ester, pues el más leve indicio de dureza en su tono de voz hacía que los labios de su mujer temblaran a causa del llanto. La defensa habitual de las mujeres. Algunos hombres se dejaban amilanar por las lágrimas femeninas toda la vida. Pero él no. Eso se había acabado. Iría tallando palabras en su corazón furioso sin piedad alguna hasta clavar un puñal invisible entre ella y el niño. Palabras abrasadoras, llenas de verdad. En un abrir y cerrar de ojos, el pequeño vería que su madre ya no podía protegerlo. De golpe y porrazo, el centro de gravedad de su mundo pasaría a estar del lado del más

fuerte. Preparó mentalmente la táctica que emplearía: arrancar muy tranquilo, amable, con decisión, y, de pronto, cambiar el tono de voz y elevarse a las alturas puras y liberadoras de la cólera y el poder. Cuando los dos se vinieran abajo, cesaría el estallido y sentaría al niño en sus rodillas:

«¿Le prometes a papá que ya no volverás a perder nada? Bien, ¡pues no se hable más de ese puñal!».

Levantó la vista hacia el cielo al bajar del autobús: un cielo azul de primavera. Un viento frío lo golpeó al doblar la esquina, pero él siguió bajando por la calle en dirección a su hogar. Sin apresurarse, erguido, lleno de aplomo.

Se detuvo en seco. El niño corría a su encuentro con las mejillas encendidas. Le brillaban los ojos de alegría.

—¡Papá! —gritó jadeante—. ¡Hemos encontrado el puñal! ¡Me lo había dejado en casa de Preben!

Desprevenido, miró a su hijo. Los hombros se le vencieron casi imperceptiblemente. Algo dentro de él se derrumbó como un castillo de naipes. Su mano apretó la del niño de manera automática.

—Es estupendo —dijo en un tono apagado.

El corazón le latía a un ritmo irregular, como después de una larga carrera. Le pesaban las piernas. Sus ideas, antes tan claras y nítidas, se enredaron de repente en una maraña densa e impenetrable. Algo tocó fondo en su interior a velocidad de vértigo, una esperanza tal vez. No había cambiado nada, quizá no hubiera ninguna posibilidad de cambio. Arriba, en casa, aguardaba su mujer. Le mostraría el puñal, aliviada. Como siempre, los dos se quedarían en la cocina hablando en voz baja mientras él esperaba que le sirviesen la cena, meditabundo, solo, irritable.

El niño, temeroso, levantó la vista hacia él. Tenía que ir casi corriendo para seguir las largas zancadas de su padre.

—¿Por qué no estás contento, papá? —preguntó angustiado.

No hubo respuesta.

EL MÉTODO

Casarse con una persona entera era demasiado. Era inabarcable. Era preocupante y abrumador. Ignoraba lo que hacía su marido para soportarlo y cuándo ponía en juego su método. Ella suponía que todo el mundo tenía un método propio, ya que, en general, aguantaban. Dabas con un método cuando las cosas ya estaban a punto de triturarte, justo antes de que fuese demasiado tarde. El de ella consistía en conformarse con un poco cada vez; así tardaba un buen rato en llegar al punto donde el método fallaba. Donde siempre se atascaba era en la peligrosa zona de la nariz; bueno, en la nariz en sí. Cuando llegaban los días de la nariz trataba de evitarlos, al principio con aire distraído, luego con una alegría falsa y angustiosa: No, no, amiga mía, por esta vez te saltamos. Madre mía, ¿a quién no le han castigado de cara a la pared o se ha quedado calentando banco en un baile? Forma parte de la vida, el mundo es así. Empecemos desde cero por las manos. Pero nunca funcionaba. La mano se ofendía

mortalmente y se distanciaba, en solidaridad con la nariz. ¡Qué empeño en mantenerse unido puede llegar a tener un cuerpo! Requiere mucha equidad. Dejó la mano y pasó a los ojos, que le lanzaron una mirada vidriosa y cruel, lo sabían todo. A ellos no les tocaba hasta dentro de una semana. El último recurso era abrir todos los poros y aspirar a la persona entera, un momento peligroso y asfixiante en que el olor a quemado de una infancia ajena la abrasaba y la arrugaba hasta reducirla a una bola con consistencia de ameba por puro instinto de conservación. Cuando luego, a trancas y barrancas, reptaba por el salón y poco a poco recuperaba y encajaba, más o menos en orden, todas las piezas

de su personalidad (aunque por lo general faltaban un par de clavos y tuercas que después aparecían escondidos en rendijas de los paneles de la pared o debajo del papel con que forraban los anaqueles del comedor y, sin demasiado interés, se decía que seguramente sería parte del método de su marido y que no era asunto suyo), la nariz siempre se había aplacado mucho y se dejaba saltar sin oponer demasiada resistencia. El proceso resultaba agotador y daba pie a tremendos cambios de humor que con frecuencia la empujaban a tratar de reconciliarse con la nariz. Le proponía un estado de cosas pacífico y vegetativo, una amistosa relación fraterna, unos cuidados solícitos con el pañuelo con particular atención a sus especiales intereses nasales, a menudo ignorados por su dueño; pero todo era en vano. La nariz tampoco se conformaba con menos que amor. Tan recalcitrante se ponía aquel apéndice que llegó un punto en que decidió alterar el orden y situarlo después de los días de los ojos, los mejores del mes. Adoraba aquellos ojos y se lo hacía saber sin dejarse estorbar por la voz, que iba a su ritmo y estaba muy satisfecha con la pareja formada sobre la fina capa de hielo de la superficie. Satisfecha con los días que tenía para ella sola con seguridad periódica. Adoraba aquellos ojos, se entregaba a ellos y se dejaba penetrar por su suave brillo, pues así podía olvidar unos segundos el temible promontorio del piso inferior. Para reponer fuerzas, estableció un día libre entre los ojos y la nariz. Tras adquirir un poco de práctica, el truco funcionó. El marido no advirtió que él no estaba presente. Jamás debía descubrirlo, pues eso habría hecho imposible el método de él, fuese el que fuese. Los dos respetaban siempre el método del otro, aun sin tener la menor idea de en qué consistía, algo muy común entre los seres humanos.

Sin embargo, una vez pasado el día libre, aquel estúpido pegote de carne volvía a plantear sus insoslayables demandas. Ella tenía que amarlo, tenía que reconocerlo. Asomaba del bolso cuando iba a la compra. Llenaba el ojo entero de la cerradura haciendo que la llave pareciese de otra puerta. En su perversa desilusión, era capaz de idear

incontables triquiñuelas y

perseguirla en sus sueños camuflado con los disfraces más espeluznantes.

En el curso de los años, había reunido el valor suficiente para saltárselo en contadas ocasiones. Podría haber soportado la hostilidad de las manos, la frente, los tobillos o los hombros, pero no la de los ojos. Por ellos recurría siempre al demoledor recurso del mecanismo desintegrador, y llegó a acostumbrarse a ignorar el agravio vibrante de la nariz siempre que los ojos también lo ignorasen. Pero no estaba ciega y veía el peligro que entrañaba su método. Seguro que otra mujer habría encontrado uno mejor, se decía.

Una mujer de papel secante habría devorado al marido por completo sin mayor problema, sin escupir siquiera pelos ni huesos, y luego se habría metido en un cajón secreto donde todo estaba listo y protegido por la humedad del líquido conservante. Pero para ella, tan escurridiza e hidrófuga, ese método era el único. El peligro radicaba en la insatisfacción de la nariz, y con el tiempo comprendió que iba directa a la catástrofe. Su destino se trocó en algo insoportable, había que hacer algo. Comenzó insidiosamente. Una mañana, cuando reptaba gimiendo desposeída, tanteando en busca de su ego disperso por la fuerza centrífuga, se topó con que faltaban tres clavitos y dos engranajes, en principio sin importancia, que rara vez utilizaba. Llena de angustia, los buscó en los escondrijos habituales, después por toda la casa, en el sótano, en el desván, y por último al pie de los árboles y las plantas del jardín. Todo en vano. No aparecían y no volvió a dar con ellos jamás. No es que nadie lo advirtiese. No es ese el tipo de cosas que interesan al mundo. Sí, con el miedo hormigueándole en el cuero cabelludo, descubrió lo muchísimo que puede faltarle de sí misma a una persona sin que por ello deje de funcionar. Solo cuando empezó a perder el compás una y otra vez porque le costaba oír la música —aunque para entonces ya había llovido; habían pasado muchos, muchos años—, en su despavorida soledad acudió en busca de ayuda a los ojos, sus más fieles compañeros. Ver en lo más hondo de las pupilas un destello de metal oxidado fue un jarro de agua fría en el corazón, pues comprendió que todos

los objetos desaparecidos estaban allí, dentro del marido, y que él jamás podría devolvérselos, aunque quisiera. No estaba al tanto del robo, sencillamente. Ese era el castigo simple y lógico por la imperfección del método. En ese instante surgió, poderosa dentro de ella, la egoísta columna de fuego del horror; renunció al método de un día para otro, indiferente a todo y obsesionada tan solo por conservar

las cuatro cosas de las que aún no la habían despojado. Le daba igual «salir adelante» o no. Ya no había música y ambos estaban inmóviles mientras la gente los empujaba. Buscó con la mirada la nariz, aunque aún no le tocaba. Vio que ahora era más grande, más amable, y estaba saciada, tan atiborrada de sus pertenencias y tan ocupada en digerirlas que a ella no le prestaba la menor atención. Al fin la nariz se sentía satisfecha. Cuando sus dos enormes agujeros se apartaron, vio con unos celos laxos, frígidos, que se volvían hacia una mujer de papel secante que en ese momento pasaba por allí bailando. Ella también parecía acatarrada.

«Nariz, quédate conmigo», dijeron en un susurro indistinto los restos de su voz. Y con un resuello constipado de resignación, la nariz volvió su prominencia, ahora imponente, de nuevo hacia ella a regañadientes. A partir de ese momento viviría con la esperanza inextinguible de hacerse con el esqueleto y con la piel también, lo único que le faltaba.

Pero ahora que la angustia y la felicidad la habían abandonado junto con el deseo de los ojos, eso nunca sucedió. No podía suceder, ahora que aspiraba a la persona entera sin dificultad. Ahora que era posible porque habían engullido casi todo su ser. Había transcurrido la mayor parte de la vida. La música volvía a oírse con claridad y bailaban mejor que antes y sin cansarse. Debajo del hielo estaba su método, abandonado, cubierto por el de él, ahogado.

La gente decía que eran el matrimonio más feliz del mundo.

MIEDO

La cama crujió y ella levantó la vista hacia el techo con temor. Luego dejó la taza con mucho cuidado, procurando que no tintinease al chocar con la cucharilla. La cama no crujía del mismo modo cuando estaba despierto que cuando estaba dormido. Pero a veces no crujía, ni de un modo ni de otro, y eso era casi peor. Así llevaban tres años y nunca tenía tiempo para recordar cómo eran las cosas antes. Era corrector de pruebas. Por las noches trabajaba. Cuando volvía a casa por las mañanas, nada más verle el semblante ella sabía si el periódico había salido con errores de imprenta, aunque a veces él no lo leía hasta después de levantarse. Se enfurecía con su mujer cuando había errores, y lo cierto es que era una lástima, pensaba ella, con lo bien que hacía su trabajo. Siempre se esforzaba por pensar lo mejor de él. Pero en ocasiones —como ahora, por ejemplo, que él estaba despierto y ella tomaba café— no podía evitar pensar que habría sido agradable tener a alguien con quien charlar. Al principio, algunas veces iba

Henny, como había hecho toda la vida. Henny era su hermana y vivía por la zona. Pero por más que se esforzaban por hablar bajito, la cama no paraba de crujir.

Era el crujido despierto, y Henny exclamaba: ¡En esta casa se oye todo! Y

empezaban a susurrar. Entonces él gritaba que no hacía ninguna falta, que de todas formas no podía dormir. Y ella siempre se alegraba cuando Henny se marchaba. Mejor así.

Le habría encantado tener un gato que le hiciera compañía; además, los gatos son de lo más silenciosos. Un día que él estuviese de buen humor le pediría permiso para tener un gato.

Volvió a mirar hacia el techo. Silencio total. ¿Estaría dormido? Movió un poco el pie y dobló el tobillo. No hacía casi ejercicio. En tiempos salían juntos a pasear por la noche o el domingo. Ahora él se quedaba en la cama también los domingos. Era una cama vieja. Estaba más baqueteada que la de ella, al otro lado del cuarto, junto a la otra pared. A él no le interesaba mucho lo marital.

Se agachó a recoger un hilo del suelo. Nunca limpiaba hasta que él no se marchaba. Se dio un golpe en la cabeza con la mesa y la cucharilla chocó contra la taza. Se le agolpó la sangre en la frente y el corazón empezó a latirle con violencia. Qué torpe era. Por más cuidado que pusiese, siempre ocurría algún accidente. También podía haber dejado el hilo donde estaba.

Crujió la cama.

—¿Ya estás tomando café otra vez? —gritó él.

—¡Ay! —contestó ella también a gritos—. ¿Te he despertado? Solo he calentado el culín que había sobrado de esta mañana.

—Te he oído destapar el bote —retumbó a través del techo—. Toma todo el café que te dé la gana. No hace falta que te inventes patrañas absurdas.

Se quedó allí parada con la taza en la mano. Quería llevarla a la cocina.

Permaneció atenta, por si él decía algo más. Aún resonaba dentro de ella el eco de su voz y no podría moverse hasta que no se disipara. El corazón volvió a latirle con normalidad. La cama dejó escapar varios

crujidos tremendos, triunfales.

Una vez en la cocina, dejó primero la taza, después la cucharilla y por último el plato. Él tenía razón. No le importaba que bebiese café. En realidad, era un hombre de lo más tratable. Qué culpa tenía él de tener un sueño tan ligero. Decidió ir a ver a Henny. Lo decidía a menudo, pero rara vez lo hacía. Adoraba a los hijos de su hermana, aunque armaban un barullo de mil demonios. Le costaba creer que tanto ruido pudiera ser bueno. En una especie de intento de compensarlo, ella siempre susurraba. Entonces Henny se echaba a reír y decía que se estaba volviendo muy rara. Henny

insistía en que Arthur la ponía de los nervios, todo el santo día crujiendo en la cama. Pero ¿dónde quería que se metiese? Henny era muy injusta.

Dio un par de pasos hacia la puerta con decisión.

—¿Ya te vas por ahí de pingo? —gritó él.

Se llevó la mano al corazón. De repente tenía la garganta seca. Se aclaró la voz.

—¡No! —chilló—. Solo iba a ponerme los zapatos.

—¡Los tacones hacen ruido! —rugió él.

Ella detectó en su voz que estaba a punto de perder la paciencia. Se armó de valor. Si no gritaba a pleno pulmón, su marido aseguraba que era imposible oírla. Y eso que, en general, tenía un oído estupendo.

—¡Entonces no me los pongo! —gritó desesperada.

Volvió a sentarse a la mesa. No se oía nada en el piso de arriba y pasaron diez minutos en un silencio amenazante y alerta. Luego el silencio se vio interrumpido por un grato ronquido apagado, uno de los sones más reconfortantes de su universo sonoro.

Estiró el cuerpo agarrotado hasta que le chascaron las articulaciones.

Sonrió y se frotó las manos. Tardaría por lo menos una hora en despertarse.

Le daba tiempo de sobra a ir a casa de Henny y volver. Estaba demasiado sola. Antes recibían visitas, como todo el mundo. Su madre había ocupado esa misma silla; su hermano el sofá, con su mujer.

Todo iba bien por unas horas, pero después él se mostraba cada vez más taciturno. Le hablaban y contestaba con monosílabos. Nunca sabía cómo ocurría, pero de repente a todos les costaba respirar y empezaban a hablar en voz baja, como si hubiese sucedido una desgracia, y le echaban miraditas temerosas de reojo.

Cuando se marchaban, ella se quedaba con demasiada comida para dos personas y con la sensación de haber cometido un crimen. Al regresar a su lado tras una despedida apresurada entre susurros en el recibidor, se lo encontraba siempre dormido en su sillón de orejas y una vez despertaba le sorprendía mucho que ya se hubiesen marchado. Él también había tenido

amigos, varios jóvenes solteros que se pasaban las noches escuchando con atención todo lo que él decía mientras ella traía cervezas y retiraba las botellas vacías. Ellos casi nunca abrían la boca. A decir verdad, le tenían un poco de miedo a su anfitrión. Ella no sabía por qué. Sin embargo, ahora era como si todo hubiese ocurrido en otro planeta. Solo se acordaba cuando él se dormía. Mientras se calzaba y se ponía el abrigo, con mucho cuidado y sin hacer el menor ruido, pensó también que deberían haber tenido un hijo.

Cuando aún eran jóvenes; ahora ya era demasiado vieja —casi treinta y cinco—, claro. Pero ya entonces —en un planeta más remoto si cabe —

sucedía con largos intervalos. Solo muy de vez en cuando, a oscuras y en un silencio absoluto, lograba él vencer su ojeriza a ese tipo de cosas, aunque después se comportaba como si estuviese enfadado con ella. Jamás hablaban del tema.

Descorrió el cerrojo antes de abrir la puerta. Él siempre lograba oír aquel pequeño chasquido. Una vez en la calle, miró hacia ambos lados y recorrió con pasitos apresurados y cortos, delgada como una sombra, los escasos metros que la separaban de la casa de su hermana.

Los dos niños se arrojaron en sus brazos.

—¡Hay que ver! —dijo conmovida—. La de tiempo que hace que no os veo. Y no os he traído nada.

La cogieron de la mano y dieron vueltas bailando hasta que ella, sin aliento, se sentó entre carcajadas tapándose la boca como si estuviese haciendo algo terrible. ¡Si él la viera!

—Me voy ahora mismo —le dijo a Henny, que volvía a estar

embarazada y tenía la mirada alegre y llena de ternura—. Solo he venido un momento porque se me ha ocurrido que, aprovechando que se ha dormido...

—Claro, claro —dijo Henny—. Anda, siéntate. Cálmate un poco, cielo.

Descansa un rato.

La sala estaba radiante de luz; era el sol. Había una máquina de coser y había ropa tirada por todas partes, y, sin saber muy bien por qué, de pronto

rompió a llorar. Se sonó con un tremendo resoplido y se echó a reír con tantas ganas que ya no pudo parar.

—Ay —se lamentó—, me duele la tripa de tanto reír. En serio, Henny.

Sale de la tripa. Son como burbujas.

Y Henny, que también tenía los ojos llenos de lágrimas, se acercó a abrazarla. Algo parecido a una corteza de hielo se derritió, y por un instante sintió que todo en su interior se volvía blando y lleno de luz; lo recordaría toda su vida. Jamás había sentido nada semejante. Solo iba a ver a su hermana; a su marido no lo soportaba porque a su alrededor todo era ruido y risas.

—Mira —dijo Henny—, esto no puede seguir así. Le tienes un miedo espantoso. ¿O te crees que no tenemos ojos en la cara?

—Pero... —Estaba atónita, estaba indignada, quería irse a su casa—.

Pero, Henny, cielo... ¿de qué estás hablando? Lo que pasa es que estoy un poquito nerviosa, solo eso. Él no me hace nada malo. La culpa la tiene ese trabajo nocturno. El pobrecito apenas puede dormir de día. Y si yo tuviese un gato...

No estaba diciendo más que disparates. No era buena idea involucrar a un gato en aquella acusación espeluznante. Tenía que poner a Henny en su sitio, y a pesar de todo, como si su hermana no hubiese dicho jamás aquel desatino, soltó:

—Solo un gatito, un gatito suave y cálido que ronronease bajito. Lo tendría en las rodillas ronroneando todo el día, Henny. ¿Puedes conseguirme un gato?

—¿Se lo has preguntado a él?

—No, pero pensaba hacerlo hoy mismo. Voy a casa a preguntarle. No vayas a pensar que le tengo miedo...

Guardó silencio. Sus ojos vagaron perdidos por la habitación. Se quedó escuchando para sus adentros. Estaba despierto. Lo sentía a través de paredes y muros, a través de océanos, a través de tres años de tensa alerta.

Aleteó un poco con los brazos en un intento de levantarse antes de la silla.

El sol la deslumbraba. Estaba deseando sentarse a la mesa y quedarse escuchando con la vista en el techo. Estaba deseando oír los crujidos de la cama. No soportaba alejarse de ese sonido. El corazón le latía desbocado.

—Perdona —le dijo a Henny; y «adiós, niños» a las vagas personitas que bailaban al calor de los rayos del sol.

Henny le gritó algo, pero el viento soplaba en dirección contraria.

—Vale —gritó ella—, vale.

Ojalá salga bien por una vez, que Dios me ayude, pensó; si se ha dormido otra vez, no volveré a pedir un gato en mi vida. Que no esté despierto.

Se quitó los zapatos en el felpudo de la entrada y entró de medio lado dando pasitos pequeños, como si cuanto menos se abriera la puerta menos ruido fuese a hacer. Luego se quedó clavada como una estatua de sal frente a la sala de estar. Ahí estaba, con el periódico abierto, inclinado sobre la taza de café. Levantó la cabeza infinitamente despacio y la miró de arriba abajo como si nunca la hubiese visto.

—Vaya —dijo en un tono inexpresivo—, ¿ha ocurrido una desgracia?

Cualquiera diría que sí al verte la cara.

—No.

Avanzó un paso hacia él y volvió a detenerse.

—Yo... he ido un momento a casa de Henny. He pensado que como estabas dormido... —Su voz quedó reducida a un hilillo que al final se quebró.

—Ya te he oído salir —dijo él antes de enfrascarse de nuevo en la

lectura.

Le observó la nuez. Subía y bajaba, subía y bajaba. Ojalá parase. Ojalá algo parase. Cómo le habría gustado que dejara la nuez quieta.

—Quiero... es decir... ¿no sería divertido tener un gato?

—Huelen mal —contestó molesto—. No deberías permitir que tu hermana te meta esas bobadas en la cabeza.

—No. —Colgó el abrigo en el armario.

Luego se sentó con mucho cuidado en el asiento de costumbre mientras hacía serios esfuerzos por ocupar el menor sitio posible. Él estaba leyendo los anuncios. Tenía una cara horrible. Peor que cuando encontraba alguna errata, pensó. No debería haber salido. Estando en casa día y noche frenaba algo espantoso que siempre estaba a punto suceder, algo que siempre aguardaba, algo que a diario, minuto a minuto, empujaba hasta volver a colocarlo en su sitio como un muro que se derrumba sobre ti si no te opones con todas tus fuerzas.

El reloj dio las seis.

Él dobló el periódico meticulosamente y la observó en silencio.

—No había erratas —anunció despacio.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ella—. ¡Gracias a Dios! Entonces no pienses más en eso del gato, Arthur. Da lo mismo. Huelen fatal. Tienes toda la razón. Voy a poner las patatas al fuego.

Y trotó hacia la cocina con una sonrisa vacía en los labios, agitando las manos en el aire en pequeños movimientos disuasorios, como si espantase moscas invisibles.

No quería ni imaginarse qué podría haber pasado si para colmo hubiese habido erratas.

LA MADRE

—¡Bobadas! —exclamó—. ¡Menudencias! No perdáis el tiempo con esas cosas. Los pañuelos están aquí; las camisas, en el cajón de la derecha.

Y ya está. Hay que centrarse en lo principal.

Le entusiasmaban las líneas rectas, las superficies lisas, las puertas

planas y sin molduras. Odiaba los techos de estuco y los circunloquios. Por las mañanas se levantaba siempre la primera. Iba por la casa haciendo repiquetear sus tacones de madera y retiraba las flores que tardaban demasiado en marchitarse.

Ellos, desde sus camas estrechas como ataúdes, escuchaban sus pasos.

Jamás los despertaba. No se metía en su vida. Pero ellos no tenían más remedio que importunarla. A intervalos regulares no tenían más remedio que preguntarle por los pañuelos y las camisas. No tenían más remedio que oírla repetir las mismas frases cortas y autoritarias una y otra vez.

¡Bobadas! ¡Menudencias! Observaban con desvalida fascinación su afilada nariz de halcón, sus mandíbulas de lucio, sus claros ojos saltones siempre poniendo coto y penetrándolo todo hasta la raíz del asunto. La seguían con la mirada desde los nichos sinuosos donde se ocultaban cuando ella repasaba cuentas, sumaba, preparaba presupuestos o llamaba al carnicero para encargar enormes tajadas de carne para asar o para hervir. Lo mismo daba. Ella ocupaba su sitio en la mesa con la espalda muy derecha y comía deprisa y corriendo, de modo que los demás se apresuraban a terminar a la vez que ella.

Por la noche, se retiraba a su habitación a romper cartas viejas y lazos de seda roja. La papelera amanecía todas las mañanas llena a rebosar. Cuando él entraba, la encontraba alisando las sábanas. No podía dormir con un solo pliegue en contacto con el cuerpo.

—A lo mejor podríamos... bueno... la vida es muy corta y a veces sueño que te llamas Leonora.

Ella entornaba los ojos y le ofrecía una mejilla seca y sin arrugas.

—Sí —decía—, eso también es una parte. No hay ningún problema.

No se inmiscuía en nada. Pero ellos sabían que todo se vendría abajo si faltaba un solo día, una sola hora. Si eso ocurriera, se perderían sin remedio por aquellos pasillos largos y sombríos, entre aquellos espejos del suelo al techo, aquellos ángeles de estuco improductivos, aquellos montones de flores moribundas y lazos de seda ondeantes robados por chiquillos de las coronas yertas del cementerio; aquellas blandas camas celestes con el cabecero lleno de calcomanías, aquellos brazos cariñosos recubiertos de algas que se extendían hacia ellos por doquier, aquel olor dulzón y asfixiante a incienso y putrefacción.

—Lo principal —decía ella, y estaba en lo cierto—. Lo sensato, lo

brillante, lo recto, lo plano.

Cuando él no la importunaba, leía. Le gustaban los versos con rima como es debido y los garabatos reconcentrados en libros pequeños que aprovechaban cada página al milímetro. Ciertos ensayos, filósofos, memorialistas que entendían el raro arte de no irse por las ramas.

Despreciaba las novelas y los cuentos. Una pérdida de tiempo. Apartaban a la gente de la realidad. Eran retorcidos, tortuosos y desiguales. ¡Bobadas!

Cuando leía, la casa quedaba sumida en el mayor de los silencios. De vez en cuando, se dejaba ver por el pasillo y ellos se asomaban a la puerta de sus dormitorios sin aliento de tanto escuchar y acechar.

—En la juventud hay que divertirse —decía ella—. Hay que pasarla antes de que sea tarde.

Entonces ellos sacaban sus camisas y pañuelos y salían a divertirse con sus caras tímidas y avejentadas. Jamás les preguntaba adónde habían ido ni a qué hora habían vuelto. Eso, otras madres, decía. Ellos, contritos, engullían los grandes pedazos de carne, avergonzados de sus uñas limpias con las medias lunas blancas y relucientes y de sus mentones bien rasurados.

Ella le mostraba las cuentas de la casa.

—El carnicero, el panadero, el tendero —decía dando un golpe con una uña ancha, seca y cuadrada por cada partida irreprochable.

—Sí —se apresuraba él a decir sonrojándose—. En realidad, no hace ninguna falta...

—¡Claro que sí! —exclamaba ella con el vientre liso y plano a la altura de su nariz—. Es necesario. Hay que hacerlo.

—Madre —la llamaban ellos.

Su mirada interrogante les hacía guardar silencio, pues nunca querían nada importante, ningún «asunto» concreto que ella pudiese solucionar de forma breve y precisa. Preguntaban: ¿Dónde están las camisas? ¿Dónde están los pañuelos? Y sus respuestas los tranquilizaban. Al instante aligeraban su corazón de la culpa, hacían que respirar no fuese tan penoso.

Y la observaban sin cesar desde sus recovecos secretos, desde sus

torres azotadas por la tempestad, desde la horrible sinuosidad de sus almas, sus escotillones y sus arrugas sin estirar. ¡Bobadas!, exclamaba ella.

¡Menudencias! ¡Id al grano!

—Creced —decía.

Y se pasaban la vida escuchando angustiados, nunca muy lejos de ella cuando, por las noches, despedazaba lazos de seda y cartas. Aquello nunca tenía fin. Y jamás se preguntaron quién vaciaba la papelera y bajaba la basura cada mañana. No tenía importancia alguna. Tal vez sus mujeres, tal vez alguna asistenta...

UN BUEN NEGOCIO

El agente inmobiliario detuvo el coche frente a la manzana donde vivía la joven pareja que quería ir a ver casas. Con una amplia sonrisa, abrió la portezuela y los invitó a subir. Los dos le parecían muy simpáticos. El marido pasaba por poco de los treinta y llevaba escritos en el rostro su carácter firme y su capacidad para salir adelante en la vida. La mujer, que ya estaba en la recta final de un embarazo, no hablaba mucho. Era evidente que iba flotando en una nube rosa y que rebosaba una admiración sumisa por todos esos negocios de los que ella no entendía. Una pareja fácil. Les había tocado en suerte una herencia de cuya cuantía le habían informado con precisión. En resumen —arrancó el coche—, gente sin grandes complicaciones. El marido, eso sí, era bastante crítico, pero a él le agradaban los jóvenes con la cabeza en su sitio.

—Hoy iremos a Bregnerød —anunció—. Tengo algo perfecto para ustedes. Tres dormitorios, un cuartito pequeño, calefacción central y un precioso jardín. No hagan caso si la ven un poco vacía. La propietaria se ha divorciado y le urge vender. Lo único que le interesa es el monto de la entrada.

—¿Cuánto pide? —preguntó el marido, para quien la entrada también era lo fundamental.

—Veinticinco mil. —Tiró la ceniza del puro—. Pero seguro que baja.

—¿Tiene algún hijo? —preguntó la mujer, apoyando la cabeza en el hombro de su marido mientras le retorcía un botón de la chaqueta.

—¿Alguno? —El agente soltó una sonora carcajada—. Tres. Uno de ellos aún duerme en la cuna.

—¿Está bien la caldera? —preguntó el marido. Ya iba empezando a reconocer los puntos débiles de una casa.

—Todo es de lo mejorcito. El marido acaba de largarse.

—¡Ay! —exclamó ella compasiva—. ¡Con tres hijos!

Le echó una mirada fugaz al suyo. Él nunca haría algo así, pensó. El bebé se revolvió dentro de ella y en su rostro ovalado se dibujó una expresión dulce y ensimismada.

El marido observó con desagrado que el agente llevaba todo el cuello del abrigo salpicado de caspa gris. Cuando ascendiera en la empresa, él se fijaría mucho en esos detalles, y gente con referencias de primera no entendería por qué los postergaban. Una idea muy atractiva.

El coche dejó atrás la ciudad y atravesó los barrios residenciales de las afueras. La mujer veía jugar a los niños con una sonrisa en los labios.

Faltaba menos de un mes para que empujase un cochecito por la hierba evitando que al chiquitín le diese el sol directamente en la cara. Su jardín.

Su bebé. Ya no tenían mucho tiempo para tomar una decisión.

—Ojalá te guste esta casa —dijo.

Él le dio unas palmaditas distraídas en la mano. Últimamente había aprendido mucho acerca de las sutilezas del negocio inmobiliario. Nadie le iba a embaucar con una ruina disfrazada. Y había visto unas cuantas.

—¿Cuánto cree que estará dispuesta a bajar? —preguntó inclinándose hacia la gruesa nuca del agente.

—Ah, cuatro o cinco mil, seguro. Las mujeres en su situación son muy vulnerables ante el dinero en metálico.

—O sea, que está deseando vender, ¿no?

Encendió un cigarrillo y entornó los ojos para que no le entrara el humo.

El agente volvió a soltar su risa escandalosa, que culminó en un ataque de tos.

—No le quepa duda. No tiene donde caerse muerta.

—¿No irás a engañarla? —preguntó inquieta la joven esposa.

—Tú en negocios no te metas.

El marido le lanzó una mirada tierna y dominante.

—Estamos hablando de nuestro futuro. Y el del bebé —añadió en un tono más suave.

La casa estaba situada en un pueblecito con estación de tren. Al pasar por delante de la iglesia y de la fonda, que estaban pegadas la una a la otra, los dos hombres intercambiaron las bromas de rigor al respecto. Ella los miró un poco inquieta. Había surgido una especie de entendimiento mudo entre ambos a costa de aquella mujer que se veía obligada a vender su casa. ¿Y si no nos gusta?, pensó angustiada. ¿Y si nadie se la compra?

—Bueno, ya hemos llegado.

El agente la agarró del codo con aire paternal para ayudarla a bajar del coche. Por aquel entonces no soportaba que la tocase nadie más que su marido, ni siquiera mujeres. Solo salía de su apartamento si era estrictamente necesario.

—¡Pero si es preciosa! —exclamó nada más ver la casita pintada de rojo con contraventanas azules y una elegante verja de hierro alrededor de un jardín cuidado y mimado por manos expertas.

Con un pequeño codazo en el costado, el marido le recordó su advertencia de que se ahorrase todo tipo de manifestaciones de entusiasmo.

Se sonrojó un poco. Le costaba disimular sus sentimientos.

A mitad de camino por el sendero del jardín, los detuvo un chiquillo de ocho o nueve años con una mirada terca. Se había parado allí en medio con las piernas separadas como un hombre y una arruga vertical entre las cejas.

—Mamá ha cambiado de idea —dijo con aire sombrío mirando al agente, que al parecer lo conocía—. Al final ha decidido no vender la casa.

El agente soltó una risotada jovial y sacó la cartera.

—Veo que estás pidiendo a gritos un helado —dijo—. Toma y lárgate de aquí.

El muchacho lanzó la moneda al aire con estudiada facilidad y volvió a atraparla. Luego se alejó sin dar siquiera las gracias.

—No se preocupen por él —dijo el agente tirando el puro en un seto de forsitias—. Se le ha metido entre ceja y ceja esa idea absurda.

Ella se quedó mirando al niño. Llevaba zapatos, pero no calcetines.

Acababa de empezar mayo y hacía frío.

La mujer salió a abrir y los invitó a pasar con un gesto vago mientras sonreía al agente con aire inseguro. Estaba entre los treinta y los cuarenta.

Era muy guapa de cara, pero tenía el pelo descuidado y sin brillo. Llevaba puesto un delantal con una mancha húmeda, como si hubiese estado lavando. Una niña de cinco o seis años le tiraba del vestido y observaba a los extraños con semblante contrariado. El agente le dio una palmadita en la mejilla. Se diría que le costaba esfuerzo hacerlo; él no tenía niños. La pequeña se revolvió con timidez hasta apartarse de su manaza.

—¡Bueno! —exclamó el hombre frotándose las manos—. Disculpe que vengamos sin avisar, pero no sabía que le habían cortado el teléfono. He intentado llamarla.

—Se me ha olvidado pagarlo —se apresuró a aclarar la madre mientras deshacía el lazo del delantal—. Por favor, entren.

Pasó delante de ellos a una sala grande, separada por una puerta de cristal de otra habitación de la que salía el llanto insistente de una criatura.

Miró hacia la puerta.

—Estaba a punto de darle el pecho —se disculpó—. Pero aún puede esperar un poco. Bueno, pues esto es la sala de estar —anunció estudiando a

los posibles compradores con una mirada alerta—. Siento que esté todo tan desordenado.

—No tiene importancia.

La joven esposa miró a su alrededor. En el suelo se veía la huella nítida de los muebles que acababan de llevarse. En las paredes deslucidas asomaba el color original a pequeños cuadraditos. En el centro del cuarto, el escaso mobiliario que quedaba componía una especie de «juego de las sillas» temporal organizado deprisa y corriendo. Los rayos del sol caían oblicuos sobre el alféizar de la ventana, donde la tierra de las macetas estaba tan seca que se cuarteaba.

Sintió frío y se envolvió en el cuello del abrigo.

—Aquí hay mucho espacio. —Interrogó al marido con la mirada.

Podría poner una cara un poco más amable, pensó.

Él levantó la vista hacia el techo y señaló una mancha oscura.

—¿Hay goteras? —preguntó con recelo.

El agente se encogió de hombros.

—Una nadería —contestó—. Una teja rota. El arreglo supondrá cuatro o cinco coronas.

—Esas cosas deberían estar ya solucionadas.

El joven lanzó una mirada fría a la dueña de la casa. El llanto del bebé se había convertido en un gemido resignado.

—Por nosotros no hay inconveniente alguno en que le dé de comer —se apresuró a decir su esposa—. El señor Henrik puede seguir enseñándonos la casa mientras tanto.

Empezaba a cansarse de estar de pie. Le vendrá bien ver estas cosas, pensó mientras intentaba desembarazarse de la triste sensación que comenzaba a embargarla. La gente que vende casas siempre oculta sus defectos.

El marido la miró y sus ojos adquirieron una expresión más cálida.

—Pero, Grete, siéntate —dijo, y el rechazo instintivo que le inspiraba aquella desconocida encontró algo tangible a lo que aferrarse. Como madre debería comprender que a una mujer embarazada se le ofrece por lo menos una silla.

El agente volvió a echarse a reír. La risa le retumbaba en la tripa como un tonel vacío rodando por una cuesta. Observó con gesto tierno cómo se sentaba Grete.

—Hombres —dijo sin necesidad en tono apesadumbrado—. ¿Subimos?

Alimente usted al bebé, señora. Yo me apaño.

La mujer titubeó, como si no confiara mucho en que fuese a

«apañárselas» de forma satisfactoria. En la pausa que siguió, se oyó con claridad la voz de la pequeña, que seguía agarrada a una punta del vestido de la madre:

—Cuando llueve caen chorros de agua del techo.

La madre se soltó el vestido con gesto nervioso y las mejillas encendidas de exasperación.

—Cierra la boca —amenazó.

La niña se protegió el rostro con el brazo como si temiera que fuesen a darle un bofetón. Tenía la misma expresión terca que el hermano un rato antes.

El agente se moría de risa.

—Si no se anda con cuidado, estos críos le espantan a todos los compradores —consiguió decir.

La diversión se le borró de golpe del semblante como si hubiese pasado una mano invisible. Grete advirtió de pronto un brillo en sus ojos que le inspiró algo de miedo. Sonrió a la niña, que no le devolvió la sonrisa.

—Bueno, debe de darles mucha pena tener que dejar su casa —dijo amablemente—. Es natural.

El agente asintió y le cortó la punta a otro puro.

—Los niños no entienden que las cosas se hacen por su propio bien.

Miró a la madre como si esperase respaldo por su parte.

El marido frunció el ceño.

—¿Es cierto eso de que entra el agua? —preguntó en tono de

interrogatorio.

A la madre empezó a descenderle el rubor lentamente por el cuello como a una niña cazada en una mentira. Abrió la boca para responder, pero el agente se apresuró a tomar la delantera.

—Eso no son más que disparates —se limitó a decir.

Aunque seguía irradiando la confianza jovial que requería su profesión, Grete volvió a sorprender una expresión de advertencia o de amenaza en sus pálidos ojos, una expresión que no estaba las otras veces que habían ido a ver casas con él. Tampoco entendía las miradas que intercambiaba con la mujer. Ella parecía tenerle miedo. Tenía los brazos cruzados delante del pecho, a la defensiva.

El agente dio un paso hacia la puerta del recibidor.

—Vamos al piso de arriba —dijo cambiando de tema—, así las señoras podrán charlar. Seguro que su mujer está demasiado cansada para subir por las escaleras.

La propietaria se quedó de pie mirando a los hombres como si deseara salir tras ellos. Perdida, indecisa. Luego sus ojos pasaron a la voluminosa figura de Grete como si hasta ese momento no la hubiese visto.

—Ese agente tiene algo que no me gusta —dijo mohína mientras se desabrochaba el vestido, y añadió con amargura—: Si usted supiera lo que tiene que pasar una mujer en mi situación...

Grete la miró con timidez.

—Lo... lamento mucho —dijo insegura.

Y de pronto sintió que no era ni por aquella desconocida ni por sus hijos por quienes lo lamentaba. Era por algo más y había comenzado ya en el

camino hacia allí. Llevaban mucho tiempo haciendo planes con la casa donde su hijo crecería sin que hubiese nada malo. Habían visto muchas casas con el agente; casas bonitas, bien conservadas, donde vivían personas corrientes y serias a quienes no parecía irles la vida en el hecho de vender la casa o no. Y los dos hombres habían hablado

con ellas de un modo corriente y serio. A ella le habían gustado casi todas las casas, pero siempre había algo que no convencía al marido. Y cada vez que decidía no comprar se mostraba tan satisfecho como si acabase de cerrar un buen negocio, por más que aún no habían hecho ninguno. ¿Por qué se había quedado mirando de esa manera aquella manchita del techo? Igual que miraba a la mujer y a la niña, casi como si fuesen una especie de taras de la casa con las que bajar el precio. Seguro que tampoco quería comprar esa. Y, de regreso en la suya, tendría cara de haber hecho el negocio más astuto de su vida. Estaba harta de ver casas, poseerlas por un instante con el pensamiento y perderlas otra vez. Tenía la horrible sensación de que jamás serían propietarios de una vivienda y estaba al borde de las lágrimas.

—¿Le gustaría ver al bebé?

La mujer se levantó con una expresión cálida. La niña estaba jugando con una cocinita en un rincón de la sala. Se oía caminar a los hombres por el piso de arriba.

Sostuvo al bebé en sus brazos y miró a Grete con orgullo.

—¿No es una preciosidad? —preguntó al tiempo que se sentaba y llevaba el pezón hasta la boca del bebé.

—Sí.

Grete observó con curiosidad la cabecita arrugada, que tenía la nuca calva como todos los recién nacidos. Sonrió.

—Tengo tantas ganas de que nazca el mío… —confesó en tono de confidencia.

Una sombra recorrió el rostro de la madre.

—Llevábamos casados once años —dijo sin hablar con nadie en particular—. Entonces mi marido conoció a una chica joven en la oficina.

Levantó la vista y miró a Grete a los ojos.

—Todavía no me cabe en la cabeza —dijo—. Que de verdad no vaya a volver. Y me deje a mí con todo. «Tú vende la casa y quédate el dinero», me dijo. Y sabe que yo no entiendo una palabra de esas cosas. No conocemos a la persona con quien nos casamos.

Grete agachó la cabeza como ante un golpe invisible.

—No —dijo en voz baja y con la angustia atenazándole el corazón. No veía la hora de volver a casa.

Los hombres bajaron por las escaleras y, entre susurros, mantuvieron una animada conversación en el recibidor. Se quedaron en la puerta. El agente daba ávidos chupetones al puro.

—¿Verdad que estaría dispuesta a bajar a veinte mil? —preguntó mirando a la madre. Y, en vista de que ella no contestaba, añadió—: Contantes y sonantes encima de la mesa. Y el apartamento es bueno, un dormitorio y un cuarto pequeño. Barato.

Era un trueque.

El marido se apoyó en el marco de la puerta y sopesó con ojo experto las dimensiones de la sala.

Ella hizo un ademán involuntario para cubrirse un poco más el pecho.

Un sinfín de pensamientos se arremolinaban en su mente. No había que confiar en nadie. El agente se llevaba un uno por ciento del precio total, así que lo único que le interesaba era la venta. A él la entrada le traía al fresco.

Ella no le caía bien. ¿Qué demonios le había hecho? Si al menos los niños dejaran de soltar esas cosas. Le hacían pasar una vergüenza espantosa. Pero ellos no entendían nada. No querían marcharse de la casa: habían crecido allí, tenían amiguitos en su misma calle. Iban sin calcetines. La cuenta del tendero crecía sin parar, los comerciantes empezaban a ponerle pegas. La miraban con la misma expresión que los dos hombres que estaban en la

puerta. Incontables personas habían irrumpido en su casa a grandes zancadas y se habían marchado sin comprarla. Mientras no apareciese de repente el niño como la última vez y les contase lo de la alcantarilla que de vez en cuando se desbordaba e inundaba todo el sótano... Veinte mil. Al fin y al cabo, era un montón de dinero. Estaba exhausta. La había abandonado un hombre y dependía de otros que parecían entender por qué la había abandonado y la miraban como se mira a un inválido. Y los niños se habían vuelto muy desobedientes. A veces ellos también tenían esa mirada.

Lanzó un hondo suspiro y se levantó con el bebé en brazos.

—Si a ustedes les parece justo... —dijo.

El rostro del agente quedaba oculto por una nube de humo. Ella se inclinó sobre la cama y arropó bien al bebé.

Los hombres intercambiaron un guiño a sus espaldas. Grete bajó la vista y se alisó con esmero una arruga del vestido. En el aire se mascaba la tensión.

—Pero yo contaba con veinticinco.

Se incorporó y se apartó el pelo de la frente con el dorso de la mano. Sus ojos buscaron los de la joven esposa, que evitaba su mirada como si encerrase algún tipo de peligro. Le zumbaban los oídos. ¡Él se había decidido! Ya no tendría que ir por casas extrañas pisándole los talones a aquel agente tan insufrible. ¿Por qué accedía Ejnar a engañar a aquella pobre mujer? Si siempre habían hablado de veinticinco mil. Pero a lo mejor no la estaban engañando. Eran hombres, entendían de negocios. Cuando pintasen y reformasen, quedaría todo precioso. Y a la madre y sus tres hijos

¿les gustaría su pisito? El corazón le latía a toda velocidad. «No conocemos a la persona con quien nos casamos.» Qué raro, decirle algo así justo a ella.

Lo que vale para unos no necesariamente les vale a otros.

—Es lo que habíamos acordado —dijo la mujer, apocada—. Es muy difícil tomar una decisión cuando no tienes a nadie que te aconseje.

El agente volvió a frotarse las manos como si estuviese a punto de zambullirse en una piscina llena de agua gélida.

—Para eso me tiene usted a mí —dijo—, yo solo pienso en su beneficio.

Y se encogió de hombros como si se disculpase.

—Estos jóvenes no pueden entretenerse más.

—De acuerdo —dijo ella en voz baja—, supongo que no me queda más remedio que aceptar.

El agente se sacó el puro de la boca y de pronto pareció animado y eficiente. Invitó a todos a sentarse alrededor de la mesa y sacó los documentos de la cartera.

—Firme usted aquí.

Entregó una estilográfica al marido mientras charlaban en un tono profesional y casi exaltado. Palabras como *prioridad*, *contribución* o *hipoteca* revolotearon en torno a las dos mujeres, que guardaban silencio ensimismadas.

Una vez resuelto todo, el agente contempló a la simpática pareja con aire satisfecho. Dos personas felices, pensó con la agradable aunque algo vaga sensación de haber sido su benefactor. El marido se apresuró a ponerse en pie. Le parecía que el aire estaba viciado. Veía a Grete muy pálida.

—Adiós. Ha sido un placer hacer negocios con usted —dijo ceremonioso mientras le estrechaba la mano a la propietaria—. Mañana le mando el cheque.

Grete intentó despedirse de la niña, que seguía en el suelo con su cocinita, pero la pequeña le lanzó una mirada hostil y escondió ambas manos detrás de la espalda.

Entonces dio media vuelta un poco cohibida. Le habría gustado ver el piso de arriba, pero los hombres parecían tener mucha prisa por irse de allí.

Se detuvieron en el jardín a contemplar la casa.

Él le pasó un brazo por los hombros a su mujer.

—Qué —preguntó cariñoso—, ¿ya estás contenta? Ha sido un buen negocio, puedes creerme.

Ella agachó la cabeza y escarbó en la tierra con la punta del zapato.

—¿Por qué no has querido darle lo que pedía? —preguntó—. Si tenemos el dinero.

Los dos hombres rieron de buena gana.

—¡Mujeres! —exclamó el agente en un tono lleno de condescendencia.

Se estaba poniendo el sol. Las sombras caían por el muro rojo. La asaltó una náusea repentina. Se apoyó en su marido.

—Menos mal que tú piensas por los dos —le dijo.

—Por los tres —corrigió él con una sonrisa.

El agente ladeó la cabeza como un pájaro mimoso.

—La juventud —dijo conmovido.

Luego soltó una vez más y sin motivo aparente su singular risotada, que rodó por el camino del jardín como una pelota blanda.

Los tres fueron hacia el coche.

Por detrás de las cortinas, la madre los seguía con la mirada.

EL PAJARITO

Bajó del taxi a la puerta del edificio de apartamentos para jubilados y le pidió al taxista que la esperase. No tardó en salir de nuevo, esta vez en compañía de su madre, a la que ayudó a subir al vehículo. Dio el nombre del hospital. Era una carrera bastante larga.

—No tiene ningún sentido —dijo la madre en tono sumiso con un suspiro—. Cuando te he llamado, pensaba que Asger tendría un momento para llevarme.

—Lo están matando a horas extras en la oficina.

La propia Vera detectó lo agrio de su tono y añadió con voz más suave:

—Andamos los dos muy liados. La ayudante de la guardería se ha puesto enferma. Ya verás como hoy lo encuentras mucho mejor.

—Ojalá, pero lo dudo.

Se había pasado la vida esperando lo peor.

La luz de una farola le iluminó el rostro un instante. Llevaba el sombrero torcido sobre el pelo blanco y la cabeza le temblaba levemente. Vera sabía que era senilidad. La madre lo llamaba «nervios».

—Villy se quedó espantado cuando lo vio ayer.

Su voz sonó un poquitín triunfante.

—Después dijo que jamás había visto tan mal a su padre. Él y Asta siempre son tan amables de llevarme, pero esta noche han recibido una invitación y no han podido.

Asta era la cuñada de Vera, la tercera mujer de Villy. Vera también había pasado por tres matrimonios. Pero esta vez Villy había tenido suerte: Asta

era una chica muy simpática y lo adoraba.

—Es que no tengo carné —explicó cansada—. Y Ole se pone muy triste si salgo de noche.

Ole era su benjamín, un hijo tardío de siete años.

—Lo entiendo perfectamente —lloriqueó la madre—. Tampoco quería que tuvieras que llamar a un taxi.

—No tiene importancia —replicó Vera con tono forzado.

Empezó a sudar. ¿Por qué rayos lo habían ingresado en un hospital que estaba en la otra punta de la ciudad? Y, sobre todo, ¿por qué era incapaz de coger a su madre de la mano y consolarla? Iban cada una en una punta del asiento y lo único que se rozaba eran sus abrigos. Villy sí hacía ese tipo de cosas. La abrazaba, la hacía reír. Villy siempre había sido el orgullo de la familia. Era un chico muy guapo y muy despierto y había heredado el carácter brioso y juvenil de la madre. Cuando eran niños, madre e hijo siempre sabían crear un ambiente divertido del que ella y el padre estaban al margen. Al margen y por separado. Vera no recordaba haber mantenido una conversación de verdad con su padre nunca. Cuando al fin tuvo edad suficiente para que eso fuese posible, él ya había empezado a perder el oído.

Además, ¿de qué iban a hablar? Él le sacaba cuarenta años y siempre le había parecido un viejo. Había compartido el dormitorio con sus padres los catorce años que había vivido en casa y había sido testigo de una convivencia tan mísera y deplorable que no entendía que a esas alturas no pudiesen pasar el uno sin el otro. ¡Dios santo, qué discusiones! Y al final el pobre hombre siempre cediendo. Habría sido buena idea casarse con un hombre diez años mayor que ella. Así a lo mejor habría podido retenerlo.

Todos los maridos de Vera habían sido más jóvenes que ella.

—Por cierto, hace algún tiempo que no vemos a Asger —dijo la madre desde su rincón—. No estará enfermo, ¿verdad?

El corazón de Vera se disparó. El viejo miedo de la infancia comenzó a reptar por ella. Sintió que los ojos de la madre la escrutaban.

—Ay, no —contestó febril—, no le pasa nada. Solo son unas negociaciones salariales. No le dejan un respiro.

Bastaba con soltarle palabras que no entendiera.

—No te imaginas cómo echa de menos Mochi a papá —dijo de pronto la madre en tono de confidencia—. He tenido que pasarme toda la tarde haciéndole mimos.

Mochi era su periquito. Habían tenido varios. Siempre se llamaban Mochi y siempre —para disgusto del padre— los sacrificaban o los vendían cuando llegaban a esa edad en que «se pasaban el día restregándose», como decía su madre muerta de asco.

—Alegra esa cara, mamá —dijo en el larguísimo pasillo del hospital—.

Hay que animar a papá.

Ella, por su parte, adoptó el semblante que siempre empleaba frente a los padres de niños difíciles. Lo sentía de veras por el anciano y tenía todas las razones del mundo para desearle una pronta mejoría. Entre otras, que el trayecto de ida y vuelta de la madre le salía por cerca de cuarenta coronas.

Y había empezado a ser consciente del valor del dinero.

Al ver el rostro curtido y flaco de su padre vuelto hacia la puerta, Vera sintió una punzada en el corazón. Parecía haber encogido en la semana que había pasado desde su última visita, al día siguiente de la operación, y tenía un tono amarillento. También el blanco de sus ojos se había vuelto amarillo.

Aun así, sonrió de alegría al besar a su mujer en las mejillas. Solo después advirtió la presencia de Vera. Ella le dio unas palmaditas torpes en la mano.

—Buenos días, papá —gritó—, te veo estupendo.

—¿Cómo?

Lo repitió más fuerte aún y él se incorporó con una mueca de dolor hasta apoyarse en un codo.

—Es que me encuentro muy bien —dijo—. Yo creo que volveré a casa en un par de días.

Respiraba muy deprisa y la madre se dejó caer en una silla y lo

observó con un gesto de honda preocupación. Levantó la mirada hacia el tablero que había sobre la cama.

—Está fatal —le dijo a Vera—. Le ha subido el pulso a ochenta.

—Es lo normal —contestó ella muy molesta—. Si no tiene ni fiebre.

Como no se le ocurría nada que decirle, se limitó a sonreír en un intento de animarlo. Era una habitación doble. En la cama de al lado había un hombre con la boca abierta y la mirada fija en el techo. Se pasaba así casi todo el tiempo, según la madre. Venía de un manicomio y allí iba a regresar.

Nunca recibía visitas.

El padre volvió a hundirse en la almohada. Le habían extirpado un tumor de la cadera. Los médicos le habían dicho a Villy que era benigno, pero seguro que era lo que siempre contaban a la familia. La operación había ido bien, teniendo en cuenta su edad, decían.

—¿Cómo habéis venido? —preguntó con un hilillo de voz.

—En taxi —le chilló la madre al oído—. Ya le he dicho a Vera que iba a ser muy caro, pero Asger no tenía tiempo para traerme y ya sabes cómo soy con los tranvías.

—Ya —susurró él lanzándole una mirada de reproche a Vera, que estaba inclinada a los pies de la cama—. Mamá siempre se hace un lío —añadió algo más fuerte y con evidente esfuerzo—. Es incapaz de orientarse por la calle de noche. Los tranvías la vuelven majareta.

—Sí, menos mal que tenemos a Villy y a Asta —dijo la madre quitándose el sombrero. El temblor de la cabeza cobró un poco más de fuerza, como si lo hubiesen privado de su punto de apoyo.

Hacía mucho calor y Vera se desabrochó el abrigo. ¿Cómo podría zafarse de invitar a su madre a tomar un café cuando volvieran? La última vez, Villy se había hecho cargo del problema. La madre no soportaba quedarse sola. No se acostaba hasta bien entrada la noche y dormía con la luz encendida.

El anciano dormitó unos instantes. Por los labios entreabiertos asomaban los raigones negros de unos dientes que ya nunca se tocaban. Del pecho escapaba un silbido fatigoso.

—¡Ay, Dios!

La madre se secó los ojos por detrás de las gafas.

—¡Vera, no sale de esta! ¿No ves que está todo amarillo?

—En estos procesos es normal que haya algo de ictericia —dijo sin importarle si el dato era correcto o no—. No se puede enterar de cuánto te afecta. Cuéntale algo que le entretenga. Algo del pájaro.

Él abrió los ojos sin saber que había dormido.

—Mochi te echa de menos —dijo la madre moviendo exageradamente los labios—. Está muy inquieto. Le hace falta picotearte la barba.

Una sonrisa iluminó el rostro apergaminado del anciano.

—Sí —dijo—, es un pájaro muy listo. Este nos lo quedaremos, ¿verdad?

A la madre se le agrió el gesto.

—Solo hasta que sea adulto —contestó—. Lo sabes perfectamente.

Al ver que aquella respuesta lo desanimaba, volvió a pegarle la boca a la oreja.

—La hija de Emmy se va a divorciar —anunció triunfante—. El marido ya ha encontrado a otra.

—Vaya —murmuró él satisfecho—, ¿en serio? Entonces ahora se les bajarán los humos.

Emmy era prima de Vera, hija de una hermana de su madre. Cada vez que Villy y Vera se divorciaban, esta hermana alardeaba de que su Emmy jamás armaría un escándalo semejante. Las dos hermanas siempre habían rivalizado. La madre de Emmy había pescado a un obrero cualificado, mientras que la menor tenía que conformarse con uno sin cualificar.

Después la cuestión pasaron a ser los hijos. Emmy se casó con un trabajador estable mientras que Vera y Villy se situaron mejor en la escala social. Pero luego llegaron los divorcios, que a la larga no pudieron

ocultarse. Puede que Emmy no fuese de tanta categoría, pero al menos no estaba divorciada. Siempre había sido una buena chica.

Vera no veía a Emmy desde que eran niñas. Y se le había olvidado que

tenía una hija.

—Si es lo que siempre le he dicho a Amanda —gritó la madre—. ¡Aquí cada uno tiene lo suyo!

Su hermana Amanda tenía ochenta y seis años.

Vera se sentía agotada. El olor acre del hospital empezaba a darle náuseas. No era nada práctico que el horario de visitas comenzase tan tarde.

¿Ahora cómo rayos podía llevarse a su madre derechita a casa?

Pasó la enfermera a arreglar un poco las almohadas del paciente.

—Ha acabado el horario de visitas —anunció con discreción.

En ese instante entró Villy por la puerta, recio y sólido, de etiqueta y con el cabello negro perlado de gotas de lluvia. Vera enrojeció de alegría y alivio. Villy también había caído en la cuenta del problema, él lo solucionaría.

—Buenas noches a todos —saludó con su vozarrón—. Hola, papá. Te veo fenomenal.

Estrechó la mano flácida del padre y pestañeó con rapidez un par de veces al ver lo mal que estaban las cosas. Luego se volvió hacia la madre y le plantó un gallardo beso en la mejilla. Tranquilizó a Vera con una sonrisa por encima del hombro de la madre.

—Hola, hermanita —la saludó con cariño.

La cogió de las dos manos.

—Os llevo yo a casa —anunció alegremente—, primero a ti y luego a mamá.

Aunque lo había dicho sin concederle mayor importancia, de inmediato empezó a mascarse la tensión entre ellos y la madre. Lo único que se oía era la respiración sibilante del padre. Había vuelto a dormirse. Por el pasillo se alejaban los visitantes.

La madre se puso el sombrero con gesto ofendido.

—Con las ganas que tenía de saludar a Asger y a los niños —dijo—.

Para volver a una casa vacía siempre hay tiempo.

—Bueno, bueno —vociferó Villy, que, a pesar de sus casi cincuenta años, por un momento pareció un niño—. Es que tengo que volver con los demás. Me he escapado en plena cena.

Se rascó el pelo y evitó la mirada de Vera.

—Mamá tiene que volver a casa con el pájaro. Si no sería una lástima.

Mochi no está acostumbrado a pasar tanto tiempo solo.

Miraron los tres al padre como si casi se hubiesen olvidado de él. Él correspondió a su pasmo con un remoto destello de esa energía que, en un tiempo ya muy lejano, era capaz de poner en cosas completamente intrascendentes. Luego cerró los ojos y su pecho silbó y volvió a silbar. La avalancha de visitas se fue disipando y la enfermera asomó de nuevo la cabeza por la puerta.

—La hora de visitas ha terminado —les recordó con gesto severo.

—Sí, sí —gimoteó la madre; le temblaba la cabeza mucho más de lo habitual—. Pues me vuelvo entonces... ya que es lo que él quiere... Quién sabe cuánto tiempo seguirá entre nosotros.

Introdujo la mano bajo el brazo poderoso y solícito del hijo, que de camino al ascensor se dio la vuelta hacia Vera.

Intercambiaron una sonrisa de alivio.

LOS ZAPATITOS

Helene se despertó por la mañana temprano con la sensación de que toda su vida era un enorme fiasco. Había perdido el control. Atribuía tan paralizante y desesperada sensación a muy diferentes causas, igual que un animal atrapado en una trampa busca salida tan pronto por una esquina como por otra. Pero todos los días terminaban con la firme convicción —la única convicción firme que tenía— de que carecía de la más mínima influencia sobre su entorno, de que no estaba en su mano cambiar ni un solo elemento de su existencia ni cambiar a las personas que la habían convertido en eso, un fiasco.

Su marido tosió en la habitación de al lado y la cama crujió cuando se dio media vuelta. Helene pensó que un día habían sido felices, que un día se habían amado. Hacía más de medio año que ya no la estrechaba

entre sus brazos, y ese último abrazo había sido distinto a todos los demás. Ahora le parecía que ya esa noche estaba claro que era una especie de despedida.

Que parecía hacer intentos desesperados, aunque inútiles, de obligar a su pasión a resurgir; después la había observado largo rato con una mirada muda de reproche.

Helene sentía un sabor a polvo en la boca y percibía el olor a sudor y a sueño de su propio cuerpo. Un cuerpo que había acabado por resultarle tan extraño como a él. Si los demás no la querían, tampoco se quería ella. Al cerrar los ojos, oyó la voz de Hanne en la cocina. Ella y los niños, frescos y bien dispuestos, tomaban el café juntos mientras, desde el cuarto de su hijo, el tocadiscos, monótono, reproducía una melodía pop sin ningún ingenio.

Había un ruido demencial todo el santo día en torno a aquella joven difícil a la que Helene tomaba la determinación de echar a la calle una y otra vez sin decidirse a hacerlo. No eran más que tonterías, pensó, y, sin embargo, allí acurrucada bajo el edredón, la existencia de aquella chica la llenaba de una rabia sorda. Cuando se quejaba de ella, su marido decía entre muchas risas que tenía que verlo por el lado cómico. «Hanne no es una persona, es un fenómeno», aseguraba divertido. Últimamente estaba de muy buen humor, muy contento, muy centrado en su trabajo. Helene ya no trabajaba. Era psicóloga infantil y la había hecho muy feliz colaborar con la unidad de psiquiatría, pero cuando su vida dio un vuelco, Henrik le explicó que desde el punto de vista fiscal les salía más a cuenta que no ganase dinero.

Probablemente había sido un enorme error por su parte ceder ante los irrefutables argumentos de su marido. Los días se le hacían eternos sin nada mejor que hacer que cuidar de su desaliento. Ni siquiera lograba concentrarse lo suficiente para leer. Ya no le interesaba la compañía de las amigas. Se sentía rodeada por una especie de zona de soledad que tal vez hubiese creado ella misma.

Eran las ocho y Hanne esperaba que se levantase cuando los niños se fueran al colegio para poder empezar a limpiar. No malgastaba energías en mostrarse complaciente. Helene estaba segura de que su muchacha sabía lo desgraciada que era y quizá también por qué.

En el preciso instante en que ponía los pies desnudos en el frío suelo de linóleo, Henrik abrió la puerta que separaba sus dormitorios y se dirigió a su mitad del ropero común —un armatoste que ocupaba

media pared—, donde comenzó a revolver las camisas limpias sin dignarse siquiera a mirarla. Aun así, ella le notaba en la espalda que buscaba algo amable que decirle.

—Ya me levanto —anunció—, díselo a Hanne. Y haz que apague ese maldito tocadiscos.

Helene buscaba las zapatillas debajo de la cama. De un tiempo a esta parte siempre se sentía desaliñada o mal vestida cuando lo tenía cerca.

—Entonces cantará ella —dijo él—. No le podemos cortar las cuerdas vocales.

—Por desgracia.

Rio con gratitud, como si Helene acabase de contarle un chiste, y volvió a su habitación con la camisa colgando encima del hombro de su pijama de rayas. Ella se dio cuenta de que jamás hablaban de otra cosa que de Hanne, como si fuese el único lazo entre ellos. Era una locura.

Se puso la bata vieja y echó a andar por el pasillo en dirección a la cocina.

—Buenos días —saludó apoyada en el marco de la puerta—. Mi marido se está levantando, ya puede hacer el café. Y haga el favor de apagar el tocadiscos.

Hanne levantó la vista hacia ella y la miró por la estrecha ranura de sus ojos verdes. Estaba sentada con los codos apoyados en la mesa y una taza entre las manos. Un basto suéter de punto le acentuaba un busto más que generoso. Helene tuvo que dominar el fuerte impulso de despedirla en el acto. Se quedó inmóvil hasta que la muchacha se puso en pie muy despacio con una sonrisa descarada que irradiaba toda la arrogancia estúpida y consciente de su sexo que tiene la juventud. El tipo de sonrisa, pensó Helene furiosa, que se dedica a una congénere vieja ya desechada.

De camino al baño se tropezó con los zapatos de su hija. Recogió uno y lo estudió minuciosamente al tiempo que acariciaba la delicada piel roja con gesto mimoso. Era un zapato pequeño, del treinta y seis, abierto y de tacón alto, con el empeine un poquito levantado, un zapatito afectado y coqueto que no parecía apto para mucho más que cierto contoneo, aunque Linda se movía con ellos puestos sin ningún problema. Pensar en su joven Linda, con sus dieciocho años, era refugiarse en un terreno vedado del corazón sin hogar de Helene. Y

allí, en el pasillo oscuro, con aquel pequeño objeto tan

femenino en la mano, la ternura hacia su primogénita actuó como un bálsamo sobre su torturada conciencia. Henrik quería a Linda y la mimaba como siempre había hecho ella. Como padrastro, no podía ser más de manual. Quería mucho a la chica y hacía heroicos esfuerzos para ocultar su antipatía hacia el chico. Cuando se casaron, los niños tenían siete y cuatro años. El primer marido de Helene había muerto de tuberculosis. Ella nunca había asumido aquella tragedia y le costaba un gran esfuerzo recordar sus circunstancias exactas. Para ella el pasado jamás era real del todo.

—¿Puedo afeitarme ya? —preguntó Henrik cortésmente.

Ella dio un respingo. No lo había oído llegar.

—Sí, claro —contestó confusa, con la sensación de que la mirada de su marido pasaba del zapatito que sostenía en la mano a sus zapatillas planas y cuadradas del treinta y nueve, de las que los pies, siempre un poco hinchados por las mañanas, asomaban de una forma ordinaria y marujil.

Fue solo un instante; después él entró en el baño y ella se dijo a sí misma que estaba hipersensible, pero no logró evitar que aquel episodio insignificante diese al traste con su frágil alegría.

Vagó sin rumbo hasta el comedor y se sentó, de un humor de perros, a la enorme mesa, casi de reuniones, que estaba poniendo Hanne con aspavientos innecesarios y haciendo ruido sin venir a cuento. Helene consiguió adoptar un semblante que excluía cualquier conversación. Todo lo que Hanne decía la llenaba de un miedo y una inquietud cuya causa última no era capaz de vislumbrar. Ella no estaba hecha para tener muchacha. Ella no estaba hecha para ser una mantenida dependiente. Y, sobre todo, ella no estaba hecha para pasar de los cuarenta y tener unos hijos casi adultos. Hanne era la consecuencia de dos hechos decisivos en la vida de la familia. El primero era el ascenso de Henrik en la empresa, un puesto de confianza incompatible con la existencia modesta que habían llevado hasta entonces. Ese puesto, cuyas funciones concretas Helene desconocía, exigía un hogar más señorial. Gracias a los contactos de

Henrik, consiguieron un piso de seis dormitorios en pleno centro de Copenhague, vendieron su casita, encargaron a un experto que decorase su nuevo hogar y, por último, contrataron a Hanne, el testimonio viviente de su escalada social. Los muebles que no tiraron

fueron a parar al cuarto de la muchacha, donde sucesivos jóvenes se pasaban las tardes repantingados en el sofá rojo, orgullo de su anterior sala de estar. Hanne era omnívora en lo que a hombres se refería y creía firmemente que lo importante era la cantidad. Habían dado dos fiestas en el medio año que llevaban en la casa y Helene se había sentido una auténtica inútil en su papel de anfitriona de los colegas de Henrik y sus perfectas y parlanchinas esposas, que parecían muy al tanto del trabajo de sus maridos. Algo de compraventa de hierro. Sus aptitudes domésticas también valía más olvidarlas, de modo que había entrado en escena Hanne, con sus pantalones largos y con su cara insufrible y autosuficiente de no valer un ápice menos que los demás. Puede que contratarla supusiera el fin de su matrimonio.

—He estado pensando —Hanne se inclinó hacia ella al dejar una fuente de pan blanco sobre la mesa— que podríamos donar ropa para Argelia.

Linda y Morten tienen montones de cosas que nunca usan. Linda tiene más zapatos de los que podría gastar en toda su vida. Y Morten y yo hemos encontrado un montón de jerséis y calcetines que ya no le valen. Está muy entusiasmado con la idea. Es un chico altruista de verdad.

Hanne tiraba de una serie de ideas grandiosas y humanistas para llevar adelante una lucha de clases privada en el seno de la familia.

¿Por qué habría estado confabulando con Morten a propósito del problema de Argelia? No, una ya no pintaba nada allí. Hanne estaba pegada a ella, joven, rebosando resentimiento social y autocomplacencia. Helene hizo equilibrios con la cucharilla en el borde de la taza. Apartó un poco la silla del cuerpo recio de la muchacha.

—Reúna usted unas cuantas prendas —dijo con frialdad.

Hanne se sentó sin más y se quedó mirándola con los ojos entornados.

—La cosa es —dijo cortante— que si no se las ayuda de inmediato va a morir un millón de personas.

Evidentemente, Helene tenía la culpa de que muriera un millón de personas.

Henrik atravesó el pasillo para vestirse envuelto en un olor a *aftershave* y loción capilar que a Helene le recordó que debería lavarse antes de desayunar con él.

—Vale, vale. —Echó la silla hacia atrás y se levantó—. De momento ocúpese del café.

Obedeciendo a un impulso repentino, abrió la puerta de Morten y entró en su habitación. Era un cuarto de chico desordenado con tocadiscos, radiocasete, una cámara de fotos con trípode y una buena cantidad de tesoros algo más infantiles, como toscas espadas de madera, una navaja, una colección de mariposas polvorientas y un aparato para experimentos químicos de fabricación casera. Las paredes estaban cubiertas de cuadros abstractos más o menos conseguidos pegados con celo, y las cortinas que había elegido el decorador llevaban ahora el sello personal que imprimen las manos sucias. En el suelo había, en efecto, un montón de ropa vieja, y Helene se sentó a contemplarla en la cama deshecha de su hijo. Hanne pasó contoneándose por el pasillo con la cafetera y le dedicó una mirada de triunfo por el hueco de la puerta. Helene se volvió hacia la ventana y vio un libro abierto sobre el escritorio manchado de tinta. Con aquel miedo extraño encogiéndole de nuevo el corazón, se acercó a verlo. Era *El amor de la A a la Z* y llevaba en la portadilla el nombre de Hanne escrito con firmes letras de molde. ¿Para qué demonios le prestaba semejante libro a un crío de quince años? El chico había recibido una educación moderna y sabía lo suficiente de ese tema. Hanne tenía veintidós años. ¿Sería posible que...?

Apartó los zapatos rojos de Linda y, en un ataque de perspicacia, descubrió que estaban limpios por dentro, es decir, que eran nuevos. Ella jamás se acostumbraría a pedirle a su marido cosas que no fueran

estrictamente necesarias, pero para Linda no suponía ningún problema. Era irresistible cuando estiraba el piececito y decía: «Mira, Henrik, ya no se les pueden poner más medias suelas. He visto unos preciosos en el *Magasin*».

Todas las noches, Linda y él se quedaban en la sala, enfrascados en una animada charla, con el largo pelo rubio de la joven barriendo los problemas de matemáticas con los que él la ayudaba. Ellos no necesitaban hablar de Hanne. En el mundo de Linda, la muchacha simplemente no existía. Al principio rechazó una o dos invitaciones de Hanne para salir juntas y a Helene no le quedó más remedio que admirar la actitud distante y natural de su hija frente a aquel ser tan molesto. Linda nunca tendría problemas con sus empleadas domésticas.

Mientras se lavaba, Helene pensó que era un poco extraño que jamás hubiese habido ningún chico en la vida de Linda, ni siquiera de

pequeña; solo un par de amigas con las que tomar el té, compañeras de instituto a las que Henrik luego llevaba a su casa en coche con galantería. Estaba claro que era una chica familiar, satisfecha con sus libros y sus labores de punto, con una caricia en la mejilla al pasar, con su preciosa habitación de jovencita perfectamente cuidada sin ayuda de Hanne. A los amigos de Morten no los dejaban salir del cuarto y nadie los llevaba a su casa en coche. Como tenía que ser. Helene siempre había sido muy protectora con su hijo, y entre Linda y él no había más celos de lo normal entre hermanos.

Observó en el espejo su rostro verdoso. Era por ese fluorescente tan chillón que nunca tenía energías para cambiar. Deberíamos haber tenido un hijo de los dos, pensó de repente. Fatigada, apoyó la frente en el espejo y oyó que Hanne cantaba en la cocina: «¿Por qué te fuiste? Vuelve, vuelve...». Henrik tarareaba con ella desde el comedor y Helene se sintió excluida y traicionada. En esa casa ocurría algo, entre los demás, a sus espaldas, al margen de ella y delante de sus narices. Algo que cada día se acercaba más y más. Fue a su habitación y se vistió con premura. Blusa y falda. El corazón le latió con fuerza mientras sacaba sus zapatos más

incómodos y menos toscos: unos negros de punta, con una fina correa en el tobillo y tacones curvos ni altos ni bajos. De repente vio a su madre. Habían ido a una zapatería porque Helene necesitaba zapatos nuevos. Fue poco antes de entrar a servir en su primera casa, tendría catorce años. Su madre le había dicho: «Que sepas que son los últimos zapatos que te pagamos». Y de pronto se vio con los ojos de sus padres: una consumidora, un gasto del que librarse. Helene nunca había estado en muy buenos términos con su madre y para ella era un orgullo haber sabido crear un lazo más cálido y más perdurable con sus propios hijos. Pero ¿era cierto? ¿Se llega a conocer alguna vez a los hijos?

Se sentó frente a Henrik y observó su rostro fino, algo ajado, con las ojeras teñidas de humo. Tenía la sensación de que no lo conocía en absoluto.

—He encontrado un libro de educación sexual en la habitación de Morten —dijo bajando la voz—. Se lo ha prestado Hanne. Esos dos cotorrean demasiado.

Henrik se echó a reír y mordió un trozo de pan.

—Lo que te pasa es que estás celosa. Será muy sano si lo seduce. Es toda una tradición que los hijos de la casa se acuesten con la criada.

A sus ojos asomó una expresión veloz y serpentina, como si valorase el efecto de sus palabras sobre Helene. Me odia, pensó ella paralizada.

—No es más que un niño —murmuró sin convicción.

—Va a cumplir dieciséis años —dijo él con sequedad—. Las madres se evitarían muchos disgustos si entendiesen que sus hijos se hacen mayores, aunque aún vayan al colegio.

—Podría enamorarse de ella —dijo perpleja, y bruscamente guardó silencio, porque era como si hablasen de cosas distintas.

Henrik se encogió de hombros, se levantó y volvió colocar la silla bajo la mesa. Ella también se puso de pie y dio unos pasos hacia él, como si fuese a acompañarlo a la entrada, como hacía cuando todo iba bien entre ellos.

Él le miró los pies y se quedó de una pieza.

—¿Por qué te has puesto zapatos de fiesta por la mañana?

Y se marchó sin esperar a que le contestara y sin decir adiós.

Ella se dejó caer en una silla y miró por la ventana. La luz gris de noviembre se filtró hasta su interior y la revistió por dentro de una polvorienta desesperación. Hanne entró contoneándose con sus andares afectados y puso las tazas en la bandeja.

—¿Puedo sacar la ropa vieja de Linda? —preguntó incansable—. Como he dicho, nunca llegará a gastar todos sus zapatos. Su marido le compra demasiadas cosas. Si me permite que lo diga, lo veo demasiado encandilado con ella...

No continuó.

Todo el miedo y la desesperación de Helene confluyeron en un formidable estallido de ira. Al levantarse empezó a verlo todo lleno de puntitos rojos, y la muchacha retrocedió varios pasos de manera automática.

—Puede... puede... —tartamudeó Helene—, puede usted recoger todos sus bártulos y marcharse de esta casa ahora mismo. Ya no la necesitamos.

—¡Lo que faltaba!

Hanne se rehízo de inmediato y en sus ojos, estrechos y muy juntos,

comenzó a brillar un lóbrego triunfo.

—Pero entonces quiero que me paguen todo el mes.

Helene corrió a su cuarto sin decir nada, tiró con fuerza del cajón del escritorio y sacó el talonario. Aún le quedaba una modesta suma de sus días de bonanza. Rellenó un talón con mano temblorosa.

—Aquí tiene.

Sin darse la vuelta, le tendió el cheque por encima del hombro a Hanne, que había ido detrás de ella.

—Recoja y márchese inmediatamente.

Canturreando, aquel ser insoportable se alejó por el pasillo en dirección a su cuarto mientras Helene se descalzaba de una patada, estiraba los maltrechos dedos de los pies y, con la cabeza apoyada en la mesa, rompía a llorar.

Carecemos de influencia en nuestro entorno. No somos dueños de nuestro destino. Lo más que se puede hacer es evitar a la gente cuyas palabras remueven algo, algo secreto que no se debe tocar.

Hanne hizo las maletas sin cerrar la puerta de su habitación y armando un ruido tremendo a modo de protesta.

Algo aliviada tras la llantina, Helene fue a buscar *El amor de la A a la Z*

y se lo dio a la muchacha con la misma cara con la que le habría entregado las páginas del libro de Satán.

—Mi hijo —aseguró con mucha dignidad— puede pasar perfectamente sin esto.

Hanne se había sentado encima de la maleta.

—¿Y la ayuda para Argelia? —insistió—. Tiene que mandar la ropa, aunque solo sea por Morten. Lo tiene muy preocupado. Y todos esos zapatos de Linda...

—Deme la dirección —se apresuró a decir Helene, temiendo oír algo más—. Yo lo mandaré todo.

Hanne se la dio. Cuando Helene volvía por el pasillo cubierto de alfombras, se agachó a recoger los delicados zapatitos de Linda y

atravesó el comedor, con su suelo de parqué, con ellos en la mano. Los sostenía a distancia con el brazo estirado, y una vez en el cuarto de su hija, del tamaño de un armario y con el techo de un rosa tenue a juego con el papel pintado, los dejó caer al fondo del ropero con todos los demás, que se apiñaban cariñosos unos contra otros como amigas confiándose secretos insospechados.

EL MEJOR CHISTE

Una mañana se encontró sentado al borde de la cama y a punto de divorciarse. Oía hablar a su mujer en algún punto de la habitación. Algo de su madre y de otra persona. A casa de mamá, encontrado otra persona. Y

eso a las siete de la mañana, cuando uno aún no está en sus cinco sentidos, tiene frío y hay que ir a trabajar. Se hurgó la nariz sin acabar de entender cómo una persona podía volverse tan fea en solo cinco años. A lo mejor no era fea, a lo mejor simplemente le resbalaba, como siempre habían hecho las mujeres. No se le metían debajo de la piel. La suya tenía un callo rojo en el dedo gordo del pie. ¿Por qué irían siempre por ahí descalzas en cuanto se casaban? Si lograra que dejase de echar chispas un momento, podría marcharse. Ahí estaba, con un pijama demasiado estrecho y rascándose la barbilla con aire melancólico. Pensó: ¡Un hombre de mi posición! Ella lloraba y chillaba con los brazos levantados, y si se hubiera calzado, él le habría dicho que la quería o algo similar. Habría anulado el divorcio. Pero daba igual. Daba igual estar casado o divorciado. Tenía que escribir un discurso para el jefe, un brindis. El libro donde había buscado inspiración antes de dormirse seguía en la mesilla. Se llamaba *Los mil mejores chistes del mundo*. El mejor chiste del mundo era su relación con las mujeres. Sus amigos se morían de la risa cuando se lo contaba. Tenía muchos amigos y a sus mujeres nunca les gustaban. Eran hombretones grandes, alegres y bulliciosos a quienes las mujeres también les traían sin cuidado. Raro.

Jamás conseguía aguantar a una chica más de un par de horas, pero antes de que se fueran ya era demasiado tarde. Se había casado cuatro veces. Tenía

tres hijos extraconyugales. Cuando no se casaba con ellas, tenía hijos con ellas. Para él no significaban nada. No tenía ganas de verlos. Hijos, hipaba ella, ¡si al menos hubiésemos tenido hijos! Era una idea muy desagradable, como si de repente empezaran a crecerte los brazos y las piernas. Prefería encogerse antes que expandirse. Ante todo, no estaba despierto. ¿Por qué se transformarían tan deprisa las mujeres?

Al cabo de diez minutos le decían siempre que era un niño grande. Y poco después estaba columpiándose en el jardín de sus suegros. Un niño grande, vociferaban todas, y lo metían de cabeza y con las piernas temblando en un piso que le había esperado desde siempre. Y una mañana aparecía una desconocida descalza y medio desnuda chillando que quería divorciarse. Y ya estaba. Sus amigos se reirían. Él mismo se reía. Era un tipo con gracia, un insecto larguirucho y lastimoso que se frotaba las patas como un saltamontes.

—Tu mejor amigo —dijo ella—. ¡Sí, cornudo! Con tu mejor amigo, ¡ese al que tanto abrazas cuando estás curda!

El callo rojo subía y bajaba y él levantó los ojos con curiosidad hacia su cara, tan roja como el callo. Entonces ¿era él? Se levantó y fue hacia su mujer. Ella se atragantó como si se le hubiese metido una mosca en la garganta. Ya estaba fresco y despabilado. ¿Cómo?, preguntó con la voz ronca. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Tienes chupetones? Cuéntame todo, amor, cuéntame...

El libro de los mil chistes cayó al suelo.

—¡Ah! —exclamó ella en el colmo de la felicidad—. ¡Mi niño grande!

¡Ah...!

DOS MUJERES

Cuando Britta se sentía tan deprimida, tan nerviosa y tan inquieta que ni siquiera cambiar de sitio todos los muebles de la casa o preparar una cena muy complicada servía de nada, solo había dos cosas capaces de aliviar sus sufrimientos: ir a la peluquería o a la consulta del médico. A veces a los dos sitios. Antes la peluquería, por supuesto.

Era lunes y no había más clientas. Al entrar en el coqueto local, donde hasta los secadores estaban pintados en suaves tonos color pastel y el aroma a perfume y a jabón caro salía a su encuentro como una dulce anestesia, se le ocurrió que ese tipo de salones de belleza debían ser a las mujeres lo que bares y tabernas a los hombres. Por la sencilla razón, se dijo ya de mejor humor, de que siempre están iluminados con luz artificial, incluso a primera hora de la tarde.

No acudió nadie a ayudarla con el abrigo y, algo intranquila por el silencio reinante, lo colgó ella misma en una de las perchas rosas del guardarropa. Una figurita azul salió apresurada del fondo del local y Britta sonrió aliviada al ver que era la menuda señora Mikkelsen, la que solía peinarla. Estaba muy pálida y —Britta tuvo que luchar

contra el impulso de salir corriendo por la puerta— tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese estado llorando. Qué locura, si la que tiene un día espantoso soy yo, pensó.

Soy yo y no ella la que ha llorado, la que está mal de los nervios, la que no conoce a nadie que de veras la comprenda...

Cerró los ojos mientras le lavaba el pelo y al contacto de las suaves yemas de los dedos que le masajeaban y le acariciaban el cuero cabelludo

casi se olvidó del cambio operado en la peluquerita. Era la sensación más relajante del mundo. Comenzaba a adormilarse cuando recordó de pronto un verano en la playa; el verano de su gran amor, mucho antes de Verner, cuando un joven jugueteaba con su pelo mientras ella deslizaba los dedos por la arena caliente, sintiendo cómo todo su ser se abría y se dejaba llevar por una marea de felicidad; pero de repente se nubló el cielo y todos los bañistas desaparecieron. Se quedó sola con una lluvia gélida cayéndole por el pelo. Despertó dando un gritito:

—¡Ay, el agua está muy fría! ¿Qué es lo que le pasa?

Sus ojos horrorizados se alzaron hacia un rostro tan trastornado como ella sentía el propio, y comprendió que ocurría algo, algo increíble, espantoso, algo con lo que ella, Britta, que había ido a aplacar sus nervios, ahora estaría irremediablemente encerrada durante un par de horas. Su pobre corazón empezó a martillear con una prisa inquietante. Lo hablaría con el médico, esa sensibilidad ante el sufrimiento ajeno. Era enfermiza.

Meneó la cabeza lánguidamente en respuesta al balbuceo de disculpa de la peluquera y volvió a cerrar los ojos con resignación, mientras los dedos que se alzaban sobre ella la sumergían de nuevo en otra jabonada.

Ay, dedos extraños que frotaban con demasiada fuerza y ya no le arrancaban pensamientos tiernos y dolientes.

Pero una vez frente al espejo —que reproducía sus rasgos a la luz más favorecedora imaginable, pero por algún motivo hacía que el rostro de aquella mujer mucho más joven que ella pareciese aún más pálido— la curiosidad venció a cualquier otro sentimiento.

—¿Qué le ocurre, señora Mikkelsen? —preguntó compadecida—. No es propio de usted estar tan callada. ¿No estará enferma?

La tenue figura celeste le dio la espalda y Britta reparó con desagrado en que tenía el pelo alborotado y sin brillo por detrás.

—Ayer me abandonó mi marido. ¿Quiere que se lo deje más largo por delante, como de costumbre?

Apenas hubo una pausa entre ambos comentarios, pero —como después Britta contaría al referir el episodio— el corazón casi dejó de latirle al ver rodar dos lagrimones por las mejillas de la joven.

Era demasiado, una auténtica injusticia, que tuviese que ocurrirle precisamente ese día, que se había despertado del peor humor del mundo al lado de la huella aún caliente de Verner en la cama. Le entraron ganas de reír como una histérica, porque ella había venido, no, había corrido hasta aquí para olvidar, para verse sosegada por un gorjeo hueco, pero dulce y familiar, para sentirse rodeada de perfumes fabulosos y tratada por manos cuidadosas, casi amorosas, y en cambio...

—No sabe cómo lo siento —dijo, pero oyó que su tono, a pesar de sus esfuerzos, encajaba mejor con una frase como, por ejemplo, «y a mí qué me cuenta».

Después se acercó al espejo y, cediendo a un impulso irresistible de ser vil, añadió:

—Sí, déjemelo como siempre. A mi marido le chifla este peinado,

¿sabe?

Con un retintín casi imperceptible en las palabras *mi marido*.

Se arrepintió de inmediato, pero al ver que la cara de la peluquera enrojecía lentamente, recordó el frío comentario de Verner días atrás, justo cuando salían por la puerta para ir al teatro: «Querida, no te lo tomes a mal, pero ¿no podrías peinarte de manera más acorde con tu edad?».

Oh, Dios, la noche entera arruinada, por más que él había tratado de arreglarlo de inmediato con la disculpa del cansancio y el trabajo, que con el tiempo —ella no entendía por qué— había empezado a ocupar todas las horas. Y los días que siguieron, ¿cómo los arrostró? Los niños ya eran mayores y solamente pensaban en sus cosas. Irene, la mayor, decía entre risas a sus amigas: «Perdonad a mi madre, está en una edad de cambio,

¡como nosotras!». Se suponía que era de lo más chistoso. ¿Y ahora qué? ¡El corazón! Con qué fuerza latía en medio del silencio. No lo soportaba, de

pronto la sorprendía estar encerrada allí con una desconocida que lo sabía todo de ella. ¡Todo! Le había confiado cosas que no le había contado ni a su mejor amiga. ¡Y ella la había malinterpretado, había abusado tanto de su confianza que se creía con derecho a soltarle aquellas cosas tan triviales sobre su vida privada! Como si fuese una a la peluquería a pasar el rato precisamente con esas cosas de las que quería huir por un momento.

—Por favor —se llevó la mano al pecho y esquivó la mirada de la otra

—, no me encuentro bien. Si pudiese usted abrir una ventana... el aire está muy cargado.

Sí, tenía que ir a ver al médico de inmediato. Le dolía el corazón. No tenía más remedio que ser más dura y no ceder siempre a la sensiblería. Por su propio bien. Figúrate si llega a contarme todo, pensó molesta. Me pregunto por qué las personas del montón siempre tienden a expresarse de una forma tan dramática cuando ocurre una desgracia. «¡Ayer me abandonó mi marido!» Jamás había relacionado, vaya usted a saber por qué, el escueto «Sra.» que iba delante del apellido de la peluquera con la idea de un marido.

¡Me pregunto —pensó mientras la muda que había detrás de ella abría la ventana obedientemente antes de continuar sujetándole los rizos con horquillas— qué haría Verner si de repente el barbero le confesase que su mujer se había largado! Por cierto, estaba segurísima de que Verner nunca hablaba con su barbero de nada que no fuese el tiempo. Había ciertas situaciones en las que solo se metía ella. Era demasiado cándida, demasiado confiada.

Estaba sentada ya bajo el secador, con la figura celeste perdida al fondo del local, cuando sintió que alguien le estrujaba con firmeza el corazón.

Dejó escapar un gemido y cerró los ojos para escapar del horror que se aproximaba agazapado, arrastrándose, como una bestia insidiosa que lleva tiempo al acecho, aguardando a su presa. No sabía lo que era. Sus ideas huyeron asustadas, pero volvieron a ser capturadas y comprimidas en una

breve frase que escapó de entre sus labios en un jadeo susurrante, inaudible:

«¡Lo estoy perdiendo!».

Pero, como si un ser desconocido se limitase a intentar poner a prueba sus fuerzas (no se explicaba de otra manera aquellos bruscos cambios de humor) o a jugar con ella como juega un niño con un pollito, se hizo la luz en su interior apenas esas palabras quedaron dichas, ¿o se habría limitado a pensarlas? Sin transición alguna, la invadió la alegría y se sintió casi como la veían todos sus amigos: cálida, impulsiva, llena de ocurrencias divertidas y siempre lista para dejar lo que tuviese entre manos y llegar a la carrera, como una ambulancia, tan pronto alguien cercano a ella caía abatido por la desgracia.

Respiró hondo y le sonrió a su reflejo. Ah, sería un dechado de alegría en cuanto saliese de allí. Compraría regalos para los niños, para la muchacha, prepararía una cena deliciosa con ese vino que a Verner tanto le gustaba. Se arreglaría a lo grande y se mimaría en especial el pelo. Porque, dijese Verner lo que dijese —solo por fastidiarla, naturalmente—, a pesar de sus cuarenta y cinco años seguía teniendo un pelo arrebatador, brillante y lleno de vida y de luz como una gavilla de trigo. Se negaba a envejecer. Y, como si hasta ese momento no hubiese vuelto a acordarse, le preguntaría sin más rodeos de quién era aquella voz femenina que había llamado una semana atrás sin decir su nombre y que al oír que él no estaba en casa había colgado y punto. Porque seguro que había una explicación de lo más natural. No conocía a una sola mujer casada que no se enfrentase a ese tipo de misterios de vez en cuando. Hacía falta estar loca para creer... No, era ridículo.

Ya más tranquila, empezó a hojear una de las revistas que había en el estante, bajo el espejo, y sus pensamientos regresaron a la peluquerita: pobre chica, tan joven y tan bonita; a ella no le faltarán hombres en el mundo.

Consultó el reloj. Hoy ya no llegaba al médico; además, ¿qué iba a hacer allí? Era una suerte que el corazón aún pudiese latirle de forma irregular, igual que de joven.

Cuando la señora Mikkelsen, aún muda y con los ojos rojos, pobre criatura, le quitó las horquillas y la peinó, Britta le dedicó una sonrisa afable a través del espejo y dijo con la más sincera cordialidad:

—No esté tan triste, querida. Piense que es una suerte que no hayan tenido hijos. ¡Le aseguro que en el caso de una vieja como yo la cosa

sería muy distinta!

Y soltó una risotada bonachona que no obtuvo respuesta.

Luego se levantó, aliviada ante la perspectiva de escapar al fin —no volvería a poner un pie allí ni muerta—, cogió el bolso de la mesa y añadió una generosa propina al dinero que había metido en la mano de la joven con gesto maternal. A pesar del calor que hacía en el local, la mano estaba helada, y Britta la soltó como si se hubiese quemado.

—Gracias —dijo la peluquera agachando la cabeza mientras acompañaba a su clienta hasta la puerta.

—Adiós, señora —dijo ella.

Y, escondida detrás de la cortina, la joven siguió con la mirada a la clienta del absurdo peinado de quinceañera mientras, sin ser consciente de ello, estrujaba el billete de diez coronas hasta dejarlo reducido a una bolita.

Le habría gustado disponer de tiempo para llorar hasta reventar, pero ese día estaba sola y la puerta ya se abría dando paso a la siguiente clienta.

REPETICIÓN

La casa parecía tallada en mantequilla, un cuadrado amarillo y blando que podía derretirse o venirse abajo en cualquier momento y tal vez no estar ahí por la mañana. A Edith ya no le parecía como las demás casas. Volvía en bici de comprar tabaco en la máquina que había en la esquina de la tienda y no vio un alma en todo el camino. La vara del carro de la Osa Mayor apuntaba hacia ella. La luz de la luna iluminaba todo y la capillita del cementerio, con su hastial escalonado, se dibujaba como una frágil silueta de encaje de esas que los niños recortan con muchas capas de papel charol. Edith desmontó y abrió la pesada cancela. Después dejó la bici y se quedó unos minutos de espaldas a la casa, contemplando las estrellas, la carretera y los árboles que se alzaban en la linde del bosque como una abrupta ladera. Se acordó del viaje a España; de cuando, para su desilusión, no había sentido nada al ver montañas de verdad por vez primera en su vida. Y había hecho ese viaje por las montañas. ¿Qué habría ocurrido?

Deseaba ardientemente que pasara alguien, alguien conocido. El vecino, por ejemplo. Buenas noches, señor Bruun, lo saludaría, y si él se detenía: ¡Qué tiempo tan agradable! Sí, rara vez hace tan bueno a finales de septiembre, contestaría él. Venía bien decirle esas cosas a

una persona cualquiera. Pero no pasó nadie. La gente estaba metida en casa con las persianas bajadas y, tal vez, la estufa encendida, porque las casas se habían quedado frías, eso también se lo habría comentado al señor Bruun. Qué cantidad de cosas de esa calaña se podían llegar a decir. Y mientras hablaba así todo el santo día, con voz clara y animada —a los niños, a los tenderos, a la asistenta—,

mantenía con vida una esperanza imprecisa, vaga, una esperanza infantil, la oración angustiada de una niña: Querido Dios, ¡haz que todo vuelva a ser como antes! ¡Haz que vuelva mi papá!

Con los ojos llenos de lágrimas, Edith se alejó de aquel mundo desierto y entró en casa. No había hecho falta comprar cigarrillos, no le apetecía fumar. Lo único que esperaba era encontrarse con alguien, una persona a quien decirle algo, en cuyos ojos verse reflejada: Edith Jørgensen, casada con el profesor adjunto Klaus Jørgensen, madre de tres hijos, forastera, aunque aceptada por su carácter amable... ¿o no? Nadie sabe qué impresión causa a los demás y Edith no sabía lo que los demás significaban para ella.

No eran cosas que hubiesen de preocuparla mientras tuviera un marido. Y

ella lo tenía aún porque aún estaban casados. Pero su marido —fue por la casa tratando de no hacer ruido para no perturbar el sueño de los niños, se sentó en el sillón junto al teléfono y contempló la sala de estar sin fijar la mirada en ningún punto en concreto—, su marido amaba a otra mujer, y en ese instante, las 21.15, tal vez le dijese: Debes tener un poco de paciencia, hay que hacerlo despacio, por mi mujer y mis hijas. No, por Edith y las niñas, porque se conocían hacía tanto tiempo que debía de resultarles natural referirse a ella por su nombre.

Edith tenía frío, pero estaba demasiado cansada para ir a buscar la estufa, demasiado cansada para todo. También para refrenar aquellos pensamientos angustiosos. Ocurría lo mismo todas las noches y lo único que ayudaba era tomar un par de somníferos. Bajo su efecto narcótico, pasaba siempre la hora escasa que tardaba en quedarse dormida programando febrilmente todos los detalles prácticos que conllevaría el divorcio. Aunque, en realidad, no le interesaban mucho. Todo iría bien: sabía apretarse el cinturón si era necesario, y ahora lo era. Klaus había dicho que todo se haría como ella quería y que las cosas se dispondrían de modo que ella y las niñas no pasaran apuros. ¡Qué magnánimo debía de parecerle a todo el mundo! Lo pensó sin amargura, pero también sin encontrarlo tan «magnánimo». No era

esa la necesidad que la preocupaba. Podía volver al trabajo sin demasiado problema y ya no dependerían de él.

Edith se sentó frente al escritorio de su marido, en lo que él llamaba su

«gabinete». Había polvo por los papeles, por las pilas de periódicos de hacía meses que nadie podía tocar, pese a no ser ya de ninguna utilidad. Y

al encontrar una hoja amarilla con un borrador y abrir el cajón de los lápices y los bolígrafos, cayó en la cuenta de que era muy extraño que jamás hubiera sabido explicarle a nadie en qué consistía el trabajo de su marido.

Sabía, naturalmente, que enseñaba en un instituto público. Además, hasta hacía cuatro meses se sentaba todos los lunes por la mañana frente a ese mismo escritorio a escribir artículos para una revista cuyo nombre en ese instante ni siquiera lograba recordar, artículos sobre algo que alguien reclamaba por teléfono si no los llevaba en el tren de las once. Esos artículos, que ya no escribía, debían de reportarle algún dinero. Y como a duras penas podía salirle gratis haberse enamorado de una jovencita de veinte años, la creciente pila de facturas sin pagar tenía una explicación muy clara.

Los somníferos empezaban a hacer efecto. Bostezó y relajó un poco su actitud alerta. ¿Qué le importaban a ella todas esas facturas? Sin embargo, sí tenían relevancia. Su siempre meticuloso y cumplidor marido debía de encontrarse en una emergencia, y por un instante sintió por él una singular e impersonal compasión. El mundo desconocido del marido, del sostén de la familia, pasó en un destello por su conciencia borrosa. Impuestos, cuentas, la academia de baile, un abrigo infantil que tendría que esperar al mes siguiente. Las humedades de la pared, que cada año llegaban más arriba, las tejas sueltas del cobertizo... Siempre algo que resolver, algo que lo perseguía día tras día, algo que jamás dejaría atrás ni se quitaría de encima.

Quería dejarles la casa a ella y a las niñas, la casa de luz de luna que parecía

un pegote de mantequilla capaz de cambiar de forma y que se podía cortar, mermar, gastar. Y de repente ya no se podían desgastar las

cosas, había que ahorrarlas, conservarlas, guardarlas, como si hasta una mirada fuese a estropearlas. Un horror antiguo brotó en su interior al recordar las sillas siempre cubiertas con telas oscuras, el salón protegido cuidadosamente de la luz del sol, el mundo sumido en una eterna penumbra. Y la expresión catastrófica de su madre al verla volver de la escuela con un rasgón en la ropa o cuando unos zapatos ya no podían salvarse con medias suelas. No serían así las cosas, ¿o sí? Solo que de un modo que únicamente percibían los niños.

Inclinada encima del escritorio y con el cabello rubio cayéndole a un lado y a otro del rostro como dos alas de pájaro desmadejadas, Edith escribió con su letra solemne e infantil: Una casa, posiblemente en venta, entrada aproximada veinte mil coronas.

Se detuvo a observar la cifra. ¿Por qué será que el dinero, a pesar de todo, trae cierto consuelo? ¿Será el sucedáneo de algo? Los hombres que abandonan su hogar arrojan avergonzados un saco de dinero a sus familias sin volver la vista atrás. Compran su libertad, pero en el cuartito más alto de la casa hay una niña arrodillada que susurra: Querido Dios, haz que vuelva mi papá. Y en la sala de estar, que ya ha adquirido ese sello insulso e indefinible que marca cuanto tocan solo manos femeninas, la madre está haciendo planes para el futuro. La suma que él le ha entregado «de una tacada» servirá para pagarle una educación a la niña y que ella nunca se vea en una situación semejante. Eso era lo principal; y así, pensó Edith, en su ciega soberbia los padres creen saber qué es lo importante para sus hijos.

Incluso ahora le quedaban restos del viejo rencor en el corazón. Porque

¿acaso no era ella la que, de un modo oscuro e inexplicable, tenía razón? Su madre se lo dijo una mañana: Edith, cariño, papá nos ha abandonado. El mundo no volvió a estar de una sola pieza y ella jamás dejó de buscarlo. Lo veía aparecer por todas partes, pero cuando, jadeante, llegaba hasta la

persona que había estado persiguiendo, no era más que un extraño. Y ahora todo esto no sería tan terrorífico y tan fatídico de no haber ocurrido ya aquella vez. Tal vez entonces no hubiese ocurrido, pues aquello que los padres temen para sus hijos es el destino hacia el que ellos se dirigen de manera inevitable sin saberlo, ¿o sí? Y como todo no era más que una repetición, Edith sabía que sus hijas le guardarían para siempre un secreto rencor. Dijese lo que dijese, siempre le echarían a ella la culpa. Creerían por toda la eternidad que su padre trataba de entrar en contacto con ellas desde su paradero desconocido

mientras la madre, con la atroz omnipotencia del adulto, se lo impedía.

Edith apartó el papel y permaneció inmóvil con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos. Observó la cortina verdemar, y la sala donde estaba fue como una isla de luz que se alejaba a la deriva por un mar oscuro y embravecido llevándola a ella sola, sin marido, sin hijas, sin futuro. Luego pensó de nuevo en las montañas.

Maravillosas, dijo Klaus entusiasmado. Después añadió que siempre había sabido que una montaña de verdad podía ejercer un tremendo efecto sobre quienes la veían por primera vez. ¿Qué le habría ocurrido a él? Era curioso, pero jamás se lo había preguntado. Puede que muchas desgracias tengan origen en el terrible desinterés que nos inspiran los sentimientos de la persona que nos es más cercana.

Los ojos empezaban a cerrársele y ella siempre los abría haciendo grandes esfuerzos. Con la fugaz sensación de que había comenzado a parecerse a su madre, se palpó el rostro con una especie de curiosidad lejana y quedó pasmada al no encontrar los profundos surcos de la nariz a la boca, la amargura que tensaba los músculos de la mandíbula y la piel que colgaba bajo el mentón. Qué sola tuvo que sentirse su madre. ¿Por qué no nos entra en la cabeza que nuestros padres han tenido una vida propia hasta que es demasiado tarde para preguntar por ella? Y si no la conocemos, el conjunto sigue oculto y lo más importante en este mundo es para siempre

inaccesible. Una pequeña esperanza revoloteó temerosa en la oscuridad que envolvía sus pensamientos. ¿Y si les contaba la verdad a las niñas? La verdad sobre un padre para quien el amor a una mujer reducía su cariño a sus tres hijas a una leve punzada en la conciencia cuando —y alguna vez tenía que ocurrir— tropezaba en la calle, en el tranvía o en el tren con una niña parecida a alguna de ellas. Un dolor que era menor a cada abrazo, a cada noche de amor, y que al final desaparecería en el poder estremecedor que emanaba de un cuerpo de mujer joven y hermoso. Pero ¿hay hijo en este mundo que comprenda que no significa nada para su padre? ¿Acaso lo entendía ella?

Edith tenía el torso echado sobre el tablero en desorden de la mesa. Con la cabeza apoyada en la sangradura del brazo, oía un suave pitido. Le recordaba al timbre del teléfono; lo habían cortado por no pagar la última factura. Unas niñas de seis, ocho y doce años quieren mucho a su padre y para ellas es mejor culpar a la madre de todo lo que está por suceder que conocer la verdad. Además, ¿cuál es la verdad? ¿Tan importante es? Lo principal, pensó Edith, es lo que le

ocurre a una persona al ver las montañas. Lo principal es precisamente eso que no se puede tener. Le atribuimos toda la felicidad del mundo. ¿Klaus sería feliz? De repente empezó a tararear la melodía de *Mi niña brilla como el ámbar*. Él había estado cantándola esa mañana con voz fuerte y animosa, mientras se afeitaba. Estaba tan contento que no podía ocultarlo. Las niñas reían y jugueteaban con él en el cuarto de baño. Una vez, una sola, el padre de Edith la levantó por los aires, y al mirarlo a los brillantes ojos oscuros ella comprendió, sin tener aún palabras para ello, que jamás había visto a su padre, inmenso y algo melancólico, tan contento como en ese instante.

Contento con ella, claro está, con su hijita, la niña de sus ojos, ¿con quién si no? ¿Cuántos años tenía? Seis o siete. Se sale adelante gracias al odio, que brota en el alma como una llama alta y clara capaz de mantener la desesperación más o menos a raya. La madre odiaba a la otra y la niña

odiaba a la madre, y así se le fue la infancia. La madre había muerto de cáncer tres años antes, Edith ahora tenía treinta y cinco; puede que el corazón solo esté listo para la reconciliación cuando ya es demasiado tarde.

Y todo estaba relacionado con las montañas.

Edith se levantó y empezó a desnudarse con gestos lentos. Dormía en el gabinete de su marido desde que él se lo contó. Le habría gustado odiar a aquella joven y verla como la mujer que estaba robándole un marido a su esposa y un padre a sus hijas. Pero no podía, porque aquel día, cuando desde el angosto desfiladero, bajo el sol ardiente, contemplaban la larga cadena montañosa que se alzaba al otro lado del desierto salpicado de olivos achaparrados, solo pensaba en sí misma. Se había apoderado de ella una terrible decepción, se había sentido excluida, había viajado en vano, había ido a buscar algo que no era para ella. Y al ver el rostro extasiado y transfigurado de su marido, había pensado: No lo conozco, es un extraño.

Igual que cuando de niña había echado a correr entre la multitud en pos de un hombre parecido a su padre con el corazón a punto de estallar de dicha y de miedo... solo para descubrir que había sido un error tremendo. Y al volver de aquel viaje, su amor estaba muerto. Sí, tenía que estarlo. ¿Por qué, si no, se había tomado todo con tanta calma? Porque lo estaba tomando con calma, si se exceptúa el

intervalo sutil y peligroso entre la hora en que las niñas se acostaban y el momento en que él volvía de sus oscuros placeres. Lo habían hablado con tranquilidad y habían estado de acuerdo en que el divorcio no corría prisa. Sin lágrimas, sin discusiones, sin odio. Casi lo había visto venir.

Había llegado como algo irreversible, algo que era inevitable que ocurriese con un hombre desechado como si fuese un enigma irresoluble, una madeja de lana enredada sin remedio. Seguro que se le habían escapado un sinfín de advertencias, de sutiles señales que las mujeres alerta no

pasaban por alto; ellas se amoldaban hasta conjurar el peligro. Pero Edith había estado completamente enfrascada en su hogar y en sus hijas, en sus amigas y en sus propios gorjeos cantarines con gente que no le interesaba lo más mínimo. Vida social, libros sobre la educación de los hijos, psicología infantil, juegos con las niñas, desvelos por su comida, por sus dientes, por su alma. Después del viaje malogrado solo había vivido de verdad a través de las niñas y solo había visto el mundo con sus ojos. La realidad de las niñas. Cuánto se parecían a ella las tres. Tenían la piel clara y el pelo rubio, pecas doradas en la nariz y un carácter afable, pausado. Las comparaba a menudo con unas fotos que guardaba de su propia infancia. Cuando Klaus estaba de buenas, decía: ¿Qué tal están hoy mis cuatro niñas? Pero a veces parecía olvidarse de ellas. Cuando eso ocurría, Edith pensaba que estaba ocupado. No había visto nada, no había entendido nada. Él se iba por las mañanas y volvía por las noches, oscilando como un péndulo entre sus dos polos. Como todos los hombres. Y una chica joven había salido a su encuentro y sabía algo de él que Edith había olvidado... o que tal vez no había sabido nunca. Porque lo único que despertamos en los demás es lo que nos hace falta.

Edith se hizo la cama en el diván y se encogió bajo el edredón, acurrucada como una niña. Pensó: ¿Por qué tuvimos que hacer aquel viaje?

Pero ella tenía tantas ganas como él. Habían ahorrado algo de dinero, fue antes de comprar la casa. A las niñas las dejaron con sus abuelos paternos.

Era curioso lo poco que recordaba del viaje hasta España. Klaus durmió lo suyo en el tren por Francia, y por un momento ella lo observó con atención y la asustó lo viejo y cansado que lo vio. Conmovida por una especie de ternura maternal, le cogió la mano y se la acarició, y le susurró al oído que pronto, muy pronto, estarían

frente a las montañas azules del anhelo y olvidarían todo ese polvo gris con que el día a día había enterrado su amor.

En aquellos tiempos no era raro que se dijeran cosas así. Habían compartido la expectación, habían sido dos en todo, habían sido casi felices.

De repente susurró en el silencio oscuro y vibrante: ¡Si volviese pronto a casa! El labio le temblaba y exhaló un hondo suspiro, como suspiran los niños después de un llanto largo y agotador. Los somníferos ya no le hacían efecto alguno, cuando llevaba mucho tiempo luchando contra el sueño no funcionaban. Sintió una urgencia imperiosa de contarle que ella no había sentido nada al ver aquellas montañas y que no había llegado ni siquiera a sospechar qué había sentido él. Que ella no tenía la culpa y que a las niñas, a sus tres hijas, les ocurriría lo mismo con el tiempo si no seguía junto a ellas. Ningún amor es eterno y él ya iba a cumplir cuarenta y cuatro, y...

El corazón le latía con violencia. Se incorporó y se quedó escuchando el ruido de la calle. El sonido de una llave que entraba en la cerradura. ¡Ya llegaba! Se deslizó de la cama sin hacer ruido y se escabulló hasta la puerta de la sala de estar, pero él subió derechito al dormitorio. Edith se puso la bata y, sin saber del todo qué iba a decirle, lo siguió descalza y abrió la puerta en el preciso instante en que él se quitaba los tirantes de los hombros.

La chaqueta ya colgaba del respaldo de una silla. La miró perplejo y abrió la boca para decir algo, pero ella, como si tuviese miedo de las palabras que iba a pronunciar, se adelantó atropelladamente:

—Perdona, no sabía que era tan tarde.

Él le sonrió cohibido y dejó de desvestirse.

—Ah —dijo—, siempre es más tarde de lo que pensamos.

Y, aunque probablemente no quiso decir nada especial con esas palabras, continuaron resonando en el interior de Edith por muchos años, mucho después de que las tres niñas se hiciesen mayores, se casaran y le hicieran muy contadas visitas de cumplido a su madre divorciada. ¿Cambiaría algo en sus corazones si un día viesen montañas de verdad? Edith jamás lo supo.

FELICIDAD PERVERSA

Cuando yo tenía diecisiete años, nos mudamos a un piso de dos dormitorios situado en lo que mi madre llamaba «un barrio mejor». El alquiler costaba veinte coronas más que el del apartamento de un dormitorio donde habíamos vivido hasta entonces. Mi padre estaba convencido de que sería nuestra ruina, pero a mi madre se le había metido entre ceja y ceja que había que mudarse. Jamás daba argumento alguno que justificara sus ocurrencias, lo que dejaba a mi padre sin nada con que oponerse a ellas. Mi hermano se había casado poco tiempo antes, solo por irse de casa. Tal vez mi madre creyese que dándome una habitación propia le iba a ser más fácil retenerme. Pero era tan poco mía como en la otra casa. Mi habitación era mía en la medida en que dormía en el diván que habían instalado allí para mí, y que antes ocupaba la alcoba de mis padres. Lo único que la separaba del cuarto extra al que mi madre llamaba «la sala de estar», reservado a las visitas, era una cortina de cretona. Solo mi tía Anna venía a vernos. Era la persona más dulce y alegre de toda mi infancia, aunque por aquel entonces a mí tan solo me interesaban los chicos y los poemas. Para mi madre ambas cosas eran elementos hostiles a la vida familiar. Todos mis versos trataban sobre el amor, y cada vez que ella le echaba el guante a uno rompía a llorar y decía que no entendía de dónde sacaba yo aquellas ideas obscenas.

El piso estaba en un edificio en chaflán y una de sus dos fachadas tenía un aire de lo más fino: ciertos adornos de estuco en los, por lo demás, lóbregos muros de las casas y una calle con chiquillos con menos mocos que en el lugar de donde veníamos. En la esquina había un café donde

siempre se oían peleas y jaleo, y por la otra fachada la calle era idéntica a la que habíamos dejado atrás. Pero allí vivíamos en la escalera interior, cosa que solo al mudarme descubrí lo ventajoso que había sido para mí. Aquí tenía a mi madre siempre al acecho en mi habitación, abriéndome la ventana cada vez que yo volvía por la tarde o por la noche con un joven del que me despedía en el portal.

—¡Vaya horas! —me chillaba—. ¡Ya estás entrando inmediatamente!

Los jóvenes se asustaban y se marchaban corriendo sin que llegásemos a concertar una nueva cita. Cuando entraba (vivíamos en el bajo), me la encontraba vestida con su camisón floreado de algodón, mirándome con unos ojos furiosos e insomnes.

—Si quieres acabar siendo una perdida, vas por buen camino —

aseguraba.

Sentía predilección por ese tipo de expresiones, salpimentadas de vez en cuando con citas bíblicas, aunque no creía en Dios ni en el diablo. Jamás he deseado nada con tanto ardor en mi vida como deseaba entonces cumplir dieciocho años para marcharme de casa. Estaba empleada en un almacén donde empaquetaba latas durante ocho horas al día. Me pagaban veinticinco coronas semanales de las que daba veinte a mi madre. Por las noches, después de cenar, mi padre se acostaba a dormir en mi diván y mi madre tejía con movimientos frenéticos. A pesar de que mi padre siempre había dormido un par de horas después de la cena, para ella seguía siendo una grave ofensa en su contra. Se lamentaba de que mi hermano no venía nunca a vernos, pero las contadas ocasiones en que se dejaba caer por casa traía también a su mujer, a la que mi madre siempre miraba por encima del hombro. Yo me quedaba hojeando el periódico hasta que reunía el valor necesario para anunciar que me iba al cine con una amiga. Al final reinaba tal silencio que me parecía un estruendo el ruido que hacía al tragar saliva.

Por lo general, no decía nada hasta que mi padre se despertaba. Porque

algunas veces acudía en mi auxilio, aunque seguro que luego lo pagaba caro.

Después ocurrieron un montón de cosas de una sola vez, pero como al mismo tiempo andaba muy enamorada de un joven mecánico con motocicleta, solo las viví a destellos. Primero ingresaron en el hospital al marido de la tía Anna. Era un sujeto que nunca había tenido demasiada aceptación en nuestra casa, porque bebía y permitía que su mujer lo mantuviese. La tía Anna era costurera y solía venir a visitarnos al volver de entregar algún pedido en la tienda para la que cosía. Cuando venía, ella y mi madre reían como dos muchachitas y mi madre parecía otra persona. A lo mejor antes era así siempre. A lo mejor debería haberse casado con un hombre totalmente distinto y vivido una vida totalmente distinta. El caso es que yo solo la veía feliz de veras cuando la tía Anna venía de visita. Era su única hermana. Siempre se dejaba el sombrero puesto porque solo tenía intención de quedarse «un momentito», como si ese sombrero desmintiese que había estado allí varias horas cuando al fin se iba. Era evidente que mis padres esperaban que el marido se muriese. Por ella. Para mí significaba escabullirme por las noches con más facilidad, porque así mis padres tenían algo de que hablar. Al final el marido se murió de verdad y en el entierro mi tía lloró como una Magdalena. Yo también

lloré, vete tú a saber por qué, porque yo a él no lo vi en mi vida. Después fuimos a un bar, así, medio fino, a tomar café, y no había pasado ni un cuarto de hora cuando mi madre y la tía Anna estaban ya desternilladas con algún suceso de su juventud. Mi tía tenía unos dientes preciosos, sin un solo empaste, algo muy poco habitual en nuestra familia. Cuando salimos del bar, mi hermano se me acercó y me dijo:

—Lise se ha largado con otro. Estoy viviendo en una habitación en Larslejstræde.

Lo decía como si aquello le trajese al pairo, y creo que, en efecto, así era.

—No se lo cuentes a los viejos —me pidió.

Se lo prometí. En la calle me esperaba mi mecánico con su motocicleta roja. Me senté detrás de él sin despedirme de nadie, porque cuando mi madre estaba con la tía Anna se olvidaba de todo lo demás.

Mi tía empezó a venir por casa con más frecuencia y eso tenía a mi madre de mejor humor y a mí me daba más libertad. Perdió el interés por arrancarme a gritos de mis abrazos nocturnos. Mi mecánico se llamaba Kurt y comencé a ir a casa de sus padres, que se mostraban muy amables conmigo. Intercambiamos anillos en su presencia y, como ahora teníamos un compromiso en firme, empezó a darme vergüenza no invitarlo jamás a él. Ya no sabía qué hacer. Mi madre nunca había querido que estrechásemos lazos con gente ajena a la familia. Nunca había querido que creciésemos. Y

lo que menos quería en el mundo era que nos aliásemos con algún miembro del sexo opuesto. Tal vez tampoco había querido nunca tener hijos y tal vez nunca le hubiese ocurrido nada en la vida que ella quisiese. Yo no podía explicarle a Kurt una cosa tan rara. Podría haberle pedido a la tía Anna que convenciese a mi madre si hubiera podido hablar con ella a espaldas de su hermana. Mi tía no tenía hijos y a mi hermano y a mí nos adoraba, pero mi madre siempre había procurado que no tuviésemos ningún contacto directo con ella. De niños no nos dejaban ir a visitarla por el marido borracho. Ni siquiera sabíamos con exactitud dónde vivía.

Andaba yo dando vueltas a este problema cuando un día mi madre se plantó a la salida de mi trabajo. Le noté en la cara que ocurría algo espantoso. De camino a casa, me contó que habían ingresado a mi tía en el hospital. Había empezado a sangrar y, por sus insinuaciones,

comprendí que ya no estaba en esa edad.

—Es un cáncer, por supuesto —aseguró con la voz rota—; si se muere, ya no tendré motivos para vivir.

En la esquina de Valdemarsgade con Enghavevej estaba Kurt, a horcajadas sobre su motocicleta y dando gas al motor con alegres estallidos.

Siempre me esperaba ahí. Le indiqué por gestos que no debía presentarse y me enfurecí con mi madre, que apoyaba en mi brazo casi todo su peso como si de pronto fuese una abuelita a punto de caerse si yo la soltaba. También estaba furiosa conmigo misma por sacarle una cabeza. Estaba furiosa con toda mi infancia. Era como si nunca fuera a terminar, y con paso rígido y torpe pasé con ella por delante de mi prometido y de su motocicleta roja y su chaqueta de cuero, que brillaban a la luz del sol de otoño. El anillo de pedida, comprado a plazos, estaba en mi bolso. Me había faltado valor para enseñarlo en casa.

Como las desgracias nunca vienen solas, mi padre perdió el empleo poco después del ingreso de mi tía. Mi madre se había enterado de que la mujer de mi hermano se había largado y se lanzó a construir todo nuestro futuro sobre su regreso a casa. Yo no le hacía mucho caso cuando la oía urdir sus planes y me pedía que lo convenciera. Siempre estaba pronta para irme con Kurt, en cuya casa todo era feliz y normal. Pero al mismo tiempo había mandado varios poemas a una revista, porque no tenía intención de pasarme el resto de mi vida empaquetando latas. Sentía que no podía seguir viviendo dos existencias y en lo más profundo de mi corazón había comenzado a preguntarme si un mecánico sería un marido adecuado para una poeta. Perdí las prisas por invitarlo a venir a casa. Además, ahora era más imposible que nunca, con mi padre permanentemente en el diván leyendo una enciclopedia vieja; solo tenía mi cuarto para mí sola de noche. No podíamos permitirnos calentar más que una habitación, y aun así muchas veces teníamos que estar en casa con el abrigo puesto para entrar en calor. El subsidio de mi padre y mis veinte coronas semanales apenas llegaban para mantener a raya la miseria más extrema. Me faltaban unos meses para cumplir dieciocho años y poco a poco me di cuenta de que, en efecto, mi única salvación era que mi hermano volviese a casa, solo que jamás venía a vernos, y al pensar en nuestro plan sentía mucha pena por él. Fue el único sentimiento bueno que conservé en medio de aquel muro de frío consciente que en aquel tiempo

levanté entre mi familia y yo. Por eso retrasaba una y otra vez mi visita a su cuarto.

Operaron a mi tía y en el hospital le dijeron que no tardaría en curarse, pero que aún le harían falta muchos cuidados hasta que recuperara las fuerzas. ¿No tenía familiares que pudiesen acogerla? Mi madre se mostró encantada ante la idea de llevarla a casa con nosotros y la instaló en la cama de mi padre. A él no le quedó más remedio que dormir en el sofá retorcido del gélido cuarto de estar, y sus ronquidos no paraban de despertarme a través de la cortina hasta que me acostumbré. Ahora había otra boca que alimentar, aunque al final resultó no ser tan grave, porque mi tía era, por decirlo de algún modo, incapaz de comer nada. Mi madre se pasaba el día pegada a su cama y al principio no se oía nada más en aquel dormitorio que sus risitas y sus cuchicheos. Ahora que las miradas de reproche de mi madre ya no lo obligaban a pasarse horas hojeando la enciclopedia, mi padre retomó su vieja costumbre de dormir un par de horas después de cenar. Yo podía ir a donde me pareciese, aunque no iba a ningún sitio, porque me habían contestado de la revista. Querían publicar dos de mis poemas, que el editor encontraba «sumamente prometedores». Como por arte de magia, aquella noticia cambió mi carácter, mi forma de ver la vida.

Pensé que en los ilustres círculos literarios en los que no tardaría en moverme todo lo que me gustaba de Kurt estaría fuera de lugar. En apenas unos días me sacudí el plumaje de mi amor por él, acepté una invitación a cenar con el editor de la revista y, envuelta en una bruma de altanería recién adquirida, recibí mi carta de despido de la empresa donde empaquetaba latas después de que el gerente me sorprendiera en el desván escribiendo versos en papel de estraza. Acudí presurosa al editor, un señor soltero de mediana edad de esos a los que les gusta rodearse de jóvenes. Me consoló diciéndome que podía ganarme la vida con mi pluma y que, si aun así alguna vez me veía en apuros, él siempre había creído que había venido al mundo para apoyar a las artes.

Era imposible contar en casa todas estas cosas. Mi padre había conseguido encontrar un trabajo temporal y empezó a ausentarse por las noches. Es de suponer que bajaba al bar, porque en el mundo de mi madre resultaba totalmente superfluo. Así logré al fin quedarme la habitación para mí y pude leer libros y escribir versos hasta la madrugada. Los días los pasaba en la sala de lectura de la biblioteca para hacer creer a mi madre que iba a trabajar, y el dinero que gané con los poemas lo guardé bajo llave en mi costurero incrustado de madreperla, la pieza con que mi hermano había obtenido la oficialía y

mi regalo de confirmación. Era una preciosidad. Si levantabas la tapa, tocaba *Lucha por todo lo que te importa*. Al menos esa era la letra que yo cantaba para mis adentros al oír la delicada melodía.

Una noche llamaron a la puerta. Era Kurt, con su chaqueta de cuero ajustada y el casco puesto, que exigía hablar conmigo en términos algo rudos. Cuando, confusa, lo dejé entrar, mi madre abrió la puerta del dormitorio y gritó:

—¡Corre a buscar al médico! Tiene unos dolores terribles, que venga de inmediato. ¿Quién es?

Saqué a Kurt de casa a empujones sin contestar, le expliqué que mi tía estaba enferma y le pedí que me llevase enseguida al médico. Salimos disparados a una velocidad de vértigo, cosa que ya no me impresionaba. Por el camino me fue gritando que estaba harto, que él podía tener todas las chicas que quisiera. No sé si llegué a contestarle, pero frente al portal del médico me puso delante de las narices la mano derecha con los dedos separados para que viese que llevaba puesto el anillo. Me pareció ridículo y pensé en mi editor, un hombre con conocimientos de arte y con los medios para apoyarlo. No me apetecía explicárselo a Kurt. Lo único que quería era librarme de él. Por alguna razón, subió conmigo hasta la consulta del médico de mi tía.

—¡Santo Dios! —exclamó el médico al saber por qué estábamos allí—.

Bueno, ya no puede quedar mucho.

Entonces comprendí que mi tía iba a morir. ¿Lo sabría ella? ¿Lo sabría mi madre? Cuando Kurt me llevó de vuelta a casa, le pedí que esperase en la calle mientras iba a buscar mi anillo de compromiso. Lo aceptó titubeando y vi en su rostro una pena que ya no era asunto mío. No volví a saber de él y no tardé en olvidarlo.

La jovialidad de mi tía iba consumiéndose y mi madre se cansaba de pasar tanto rato a su cabecera. Cuando estaba yo en casa, insistía mucho en que la reemplazara. La ventana del dormitorio daba a un patio cerrado desde cuyos tejadillos los gatos se pasaban las noches lanzando alaridos de amor. El café tenía una puerta trasera en el patio por la que siempre sacaban a los clientes más borrachos. Cuando abrías la ventana, la habitación de mi tía se llenaba de peste a vómito y mierda de gato, aunque nada comparable al hedor putrefacto que había empezado a extenderse alrededor de su cama.

No creo que ella notara nada. Tenía un aspecto terrible: las encías en

carne viva siempre a la vista, incluso cuando dormía, y los dedos amarillos y esqueléticos recorriendo sin descanso el edredón, como si buscaran algo.

Dos veces al día venía una enfermera a inyectarle morfina. Al cabo de un rato empezaba a susurrar sin volver la cabeza como si me confundiese con mi madre. Tenía que echarme prácticamente encima de ella para oír lo que decía, y aquel olor nauseabundo me dejaba sin aliento. Hablaba de la ropita que había cosido para las muñecas de mi madre y de sus aventuras de jovencitas. Sus intentos de reírse siempre acababan en tremendos accesos de tos.

—¿Te acuerdas —susurraba— de cuando escondiste al barbero dentro del armario? Si Niels no se hubiera ido tan deprisa, se habría asfixiado.

Niels era mi padre. Yo me echaba a reír, porque la verdad es que me reía mucho en aquella época. Entonces mi tía descubría que no tenía la oyente que ella pensaba y se apresuraba a hablarme de todos los vestiditos que me había hecho cuando yo no era más que una niña.

Mi madre se quedaba en mi habitación sollozando en el delantal.

—Pero ¿cuánto tiempo más va a durar esto? —preguntaba—. Dios se apiade de nosotros si no la redime pronto.

Yo la habría consolado si se hubiese expresado de un modo menos pomposo. Me parecía que así envolvía su dolor en una luz falsa. Además, a mi edad y con mi espíritu crítico, me parecía antinatural estar tan unida a una hermana, teniendo marido e hijos.

Poco después mi padre volvió a perder el trabajo y mi madre rozaba apenas el pan con una pizca de margarina y nos daba gachas tres veces por semana. Era un invierno terriblemente frío y mi tía seguía negándose a morir. Creían que yo aún empaquetaba latas, pues gracias al editor continuaba aportando mis veinte coronas todas las semanas.

Un mes antes de cumplir dieciocho años, me armé de valor y fui a Larslejstræde a ver a mi hermano. La casera me miró con suspicacia cuando le dije que quería hablar con mi hermano. Eso dicen todas, replicó cáustica mientras me abría la puerta del cuarto. Lo encontré en una habitación casi vacía, encolando una silla. Al verlo sentí de pronto una oleada de ternura.

Hacía mucho que no tenía noticias suyas. Él también parecía alegrarse de verme y nos sentamos los dos en la cama deshecha.

—Papá está sin trabajo —anuncié— y la tía Anna se está muriendo, no tienen con qué vivir.

—No veo qué tiene eso que ver conmigo —se obstinó él—. Ellos arruinaron lo mío con Gunhild. Nunca he podido llevar a una chica a casa sin que mamá se volviese loca. Aquí por lo menos vivimos tranquilos.

—¿Es que ya estás con otra? —pregunté asustada. Aunque era un chico muy guapo de veintiún años, era una posibilidad que no se me había ocurrido.

—Sí —respondió con firmeza—. Y esta tengo intención de que me dure.

Entonces, para mi asombro, rompí a llorar a moco tendido. Él jamás me había visto así. Nunca expresábamos nuestros sentimientos. En casa no se

estilaba. Me pasó el brazo por los hombros por primera vez en la vida y yo empecé a escupir una confidencia detrás de otra: el compromiso roto, el despido de la empresa de las latas, los poemas y mis planes de futuro, y el editor, que por lo visto se había enamorado de mí y tenía poder para hacerme sacar cabeza en la vida. Y todo eso, le expliqué, solo sería posible si él volvía a casa. Si no contaban con la ayuda de uno de los dos, pasarían hambre y frío. Siquiera por algún tiempo, rogué como una desalmada, para suavizar las cosas cuando yo me fuese.

Se puso de pie en silencio y empezó a pasear por el cuartucho.

—¿Y ganas algo con eso de... la escritura? —preguntó tímidamente.

—Nada digno de mención —contesté—, pero lo haré. Y entonces los ayudaré.

Una sonrisa llena de melancolía asomó a sus ojos castaños.

—Bueno, bueno —dijo con un suspiro—, entonces no se hable más.

Pero deja de llorar. No hay quien lo aguante. Ya verás, vas a ser famosa.

Seguro que ese editor se casa contigo.

No le miré al despedirme. No le pregunté quién era su prometida.

Sabía que jamás la invitaría a casa de nuestros padres. No éramos una familia a la que incorporar nuevos miembros.

Me mudé a un cuarto alquilado tres días después de la muerte de mi tía. Mi madre estaba tan destrozada que no se dio mucha cuenta. Me aproveché de su estado para anunciar que iba a casarme. Entonces dijo algo extraño: «Da igual con quién nos casemos». Nunca he sabido qué quiso decir.

Mi hermano cumplió su palabra y se instaló en casa, al otro lado de la cortina de cretona, y yo me olvidé de todos, me olvidé por completo de mi hogar y viví mi propia vida.

Pero a veces, cuando alguien me abandona o cuando descubro sin querer en la mirada de mis hijos un destello de frialdad, de distancia despiadada e

insalvable, saco el costurerito de mi hermano y levanto muy despacio la tapa de madreperla. Lucha por todo lo que te importa, toca el viejo mecanismo desgastado, y una pena sin nombre me atenaza el alma, porque todos están muertos o han desaparecido, y entre mi hermano y yo no existe ya ningún lenguaje.

Notas

1. La reina de la noche *(Selenicereus grandiflorus)* es una planta suculenta que florece una única noche. *(N. de la t.)*

Document Outline

- Sinopsis
- Portadilla
- EL PARAGUAS
  - EL PARAGUAS
  - EL GATO
  - MI MUJER NO BAILA
  - LA MADRE DE ÉL
  - LA REINA DE LA NOCHE
  - UNA MAÑANA EN UN BARRIO RESIDENCIAL
  - UN CHICO DISPUESTO
  - LA TERCA VIDA
  - NOCHE
  - DEPRESIÓN
- FELICIDAD PERVERSA
  - EL PUÑAL
  - EL MÉTODO
  - MIEDO
  - LA MADRE
  - UN BUEN NEGOCIO
  - EL PAJARITO
  - LOS ZAPATITOS
  - EL MEJOR CHISTE
  - DOS MUJERES
  - REPETICIÓN
  - FELICIDAD PERVERSA
- Notas
- Créditos
- ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!